

Marzo 8/73

BIBLIOTECA DE LA FAMILIA

CUENTOS DE SALON

[por

T. GUERRERO Y C. FRONTAURA

4 RS. en Madrid.

5 RS. en provincias.

LAS MADRES

por

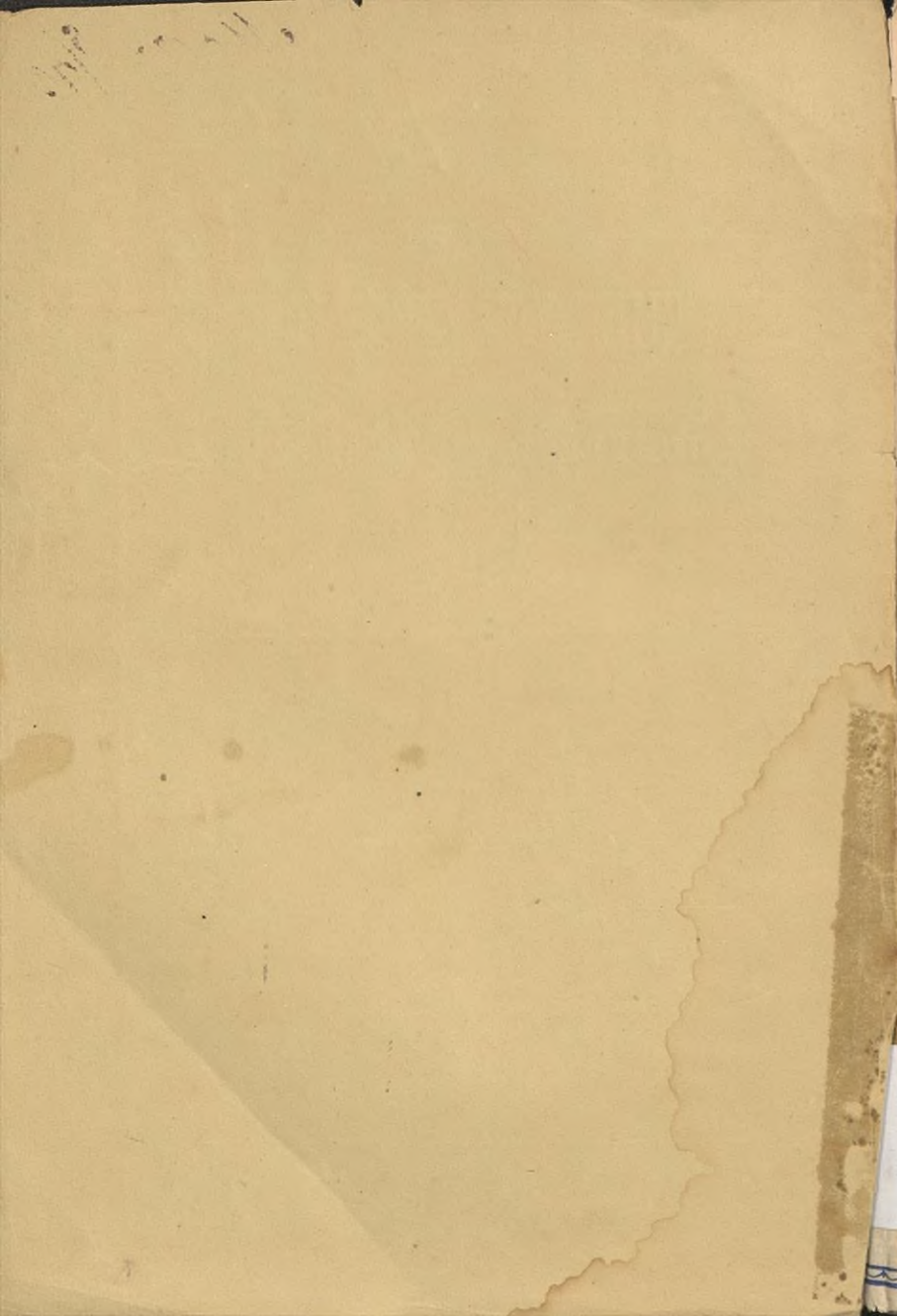
CÁRLOS FRONTAURA

MADRID

IMP. JENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
calle del Cid, núm. 4, Recoletos

1872

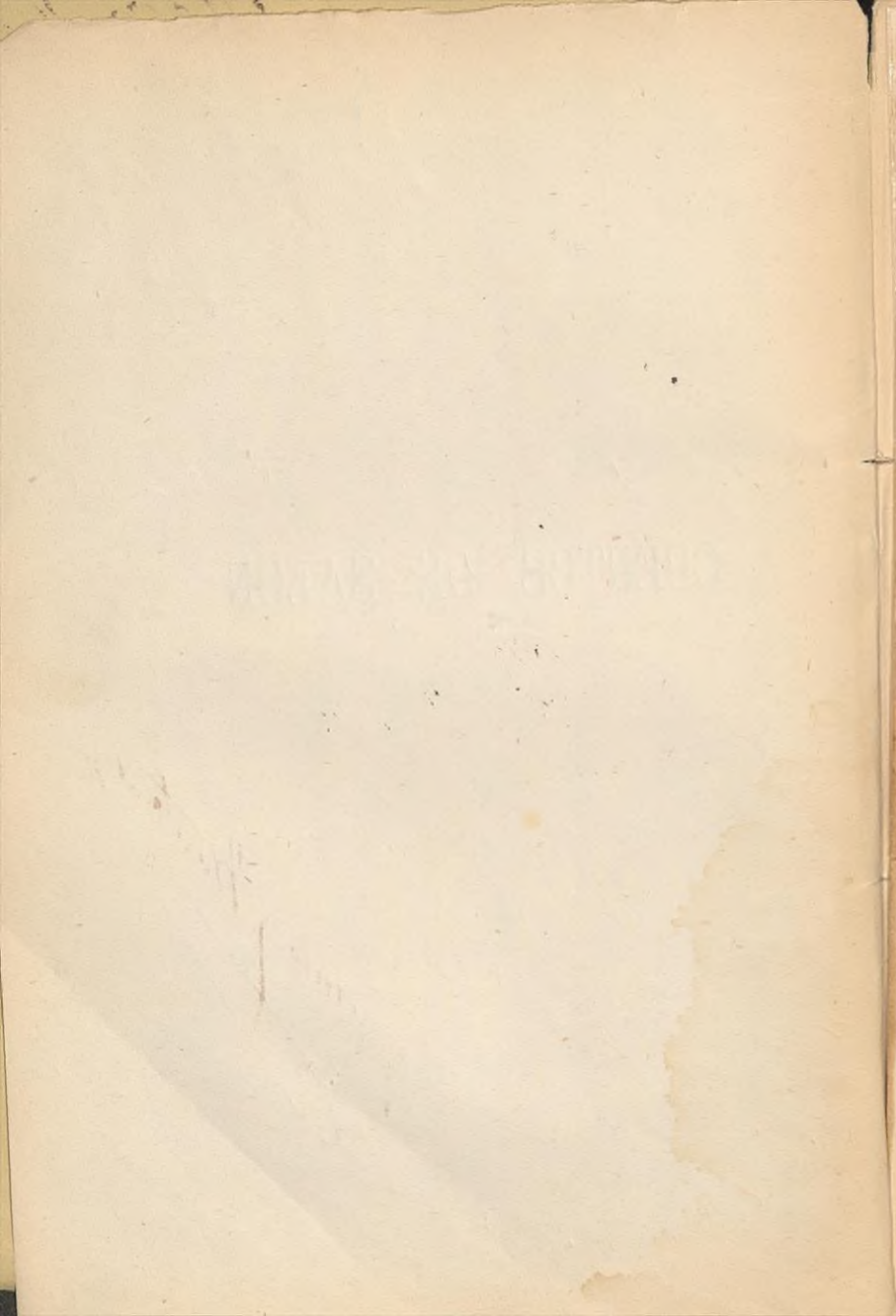
6912



6912

CUENTOS DE SALON

Emmett Henry Huntington



14360

CARLOS FRONTAURA

LAS MADRES

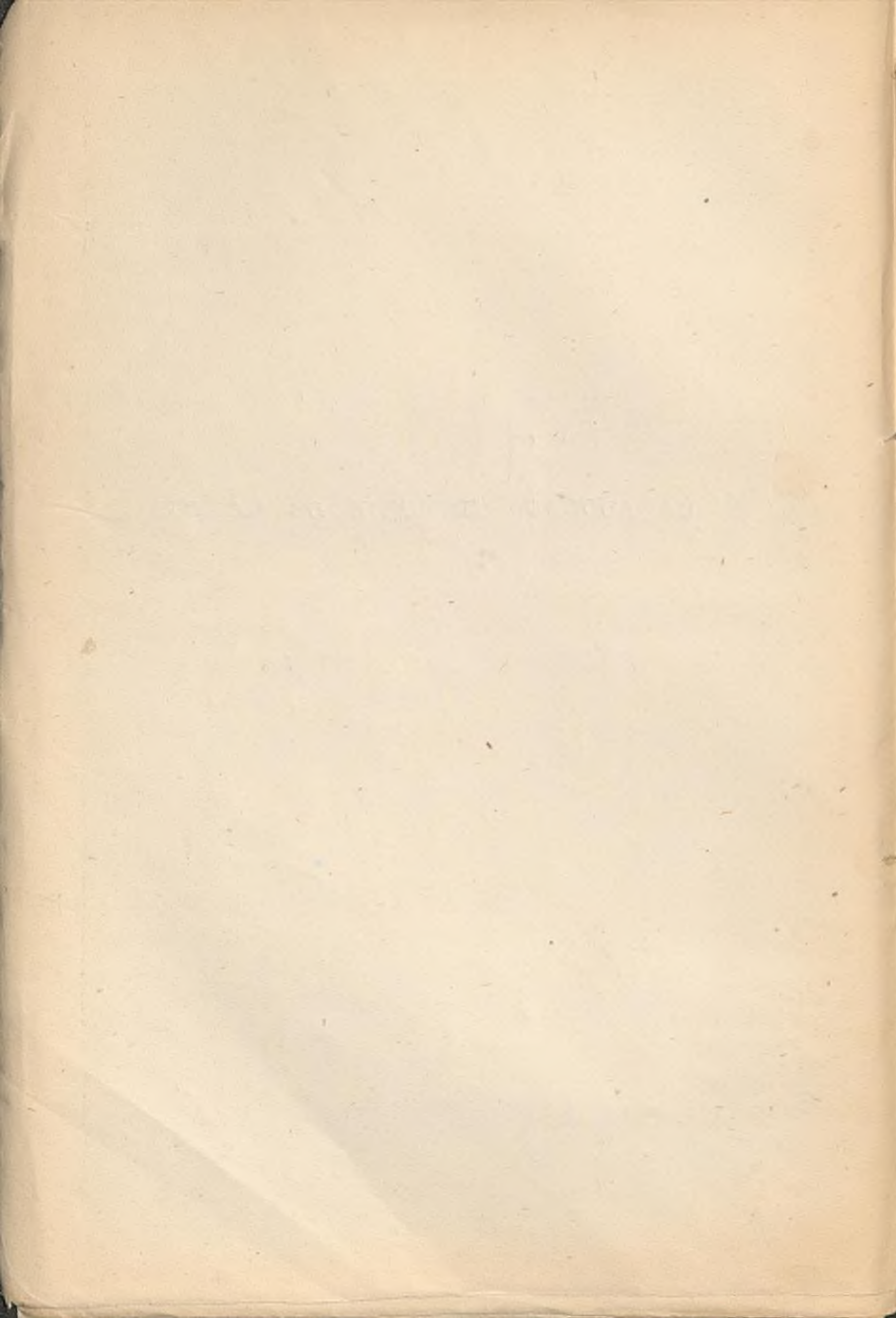
CUENTOS DE SALON

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872

A LA ADORADA MEMORIA DE LA MIA



I

CARMEN

I

Bella como la virtud, delicada como una sensitiva, tierna como el recién abierto capullo de la primera rosa de Abril, era Cármen la alegría de sus padres, el encanto de cuantos la conocían, el consuelo de los pobres, la amiga, la hermana de todos los que sufrían... Dios se había complacido en reunir en ella todas las humanas perfecciones, como si hubiera querido hacer ver que Cármen era una de sus más predilectas criaturas.

El padre de Cármen era un hombre de bien, dueño de cuantiosa fortuna, no debida á malas artes,

sino al trabajo honrado é inteligente de sus antepasados; y Cármen fué educada con el mayor esmero, siendo á los diez y ocho años una jóven llena de distincion, instruida, prudente y por todos conceptos estimabilísima.

Mirábanse en ella sus padres, y en ella cifraban toda su felicidad, todo su orgullo, el legítimo, el santo orgullo paternal; pero una idea les preocupaba grandemente, una idea que les atormentaba, acibarando su existencia, que, sin esta preocupacion, hubiera sido completamente venturosa. Cármen tendria pronto edad para casarse: ellos habrian de separarse de su hija para entregarla á un hombre que así podria hacerla feliz como labrar su eterna desdicha.

Cuando por la noche se recogian los venturosos padres, despues de haber besado á su hija y rogado á Dios por ella, siempre por ella, pasaban largas horas hablando de su constante preocupacion.

—¡Dios mio! exclamaba Doña Andrea, que así se llamaba la madre de Cármen, cada dia que pasa es mayor mi pena; porque cada dia pasado nos acercamos al terrible momento que tanto debemos temer.

—Dices bien, decia el bueno de D. Julian, lo mismo que á ti me pasa á mí. Llegará el dia en que nuestra hija ame á alguno más que á nosotros...

—¿Más que á nosotros?... Lo que es eso...

—Sí, Andrea, sí, más que á nosotros. Y es natural, y no la podremos culpar; al contrario, nosotros mis-

mos deberemos aconsejarla que le ame más que á nosotros...

—Eso es horrible, Julian.

—No, esposa mia, eso es lo que debe ser, eso es lo que Dios ha dispuesto, con admirable sabiduría.

—¿Y si el hombre á quien la entreguemos no es digno de ser amado?...

—Esa es mi preocupacion; que podemos engañarnos y considerar hombre honrado y digno á quien realmente no lo sea. ¿Quién puede asegurar que un hombre será lo que aparenta? ¿quién responde de la constancia de un hombre en el bien en un tiempo en que el mal todo lo invade y viste tan seductores atavíos? Siempre estoy pensando en esto, Andrea, y tiemblo por nuestra hija.

—Yo tambien; se ven tales ejemplos, se saben tan tristes historias de matrimonios desdichados... Recuerda lo que le pasa á Luz nuestra sobrina; su marido, un hombre de talento, se ha dejado arrastrar por el abominable vicio del juego, y está perdido, lleno de deudas, pobre, despreciado de todos, olvidado de su mujer, envilecido.

—¡Pobre hija mia! Si ella tuviera la suerte de Luz...

—Se moriria, porque ella no tendria fortaleza para sufrir.

—Recuerda las amarguras que sufre la pobre Luisa, la hija de nuestra amiga la marquesa; su marido está derrochando el caudal que debia ser de sus hijos con una aventurera despreciable, y Luisa ¡infe-

liz! mucho me temo que haga lo peor que puede hacer una mujer cuando la agravia y la ofende su marido; mucho me temo que Luisa, ciega de ira y venganza, falte á sus deberes...

—No será difícil; hay en el mundo tantos miserables que acechan á las esposas ofendidas...

—Si nuestra hija diera con un marido como el de Luisa, no faltaria ella á sus deberes; eso bien se puede asegurar, pero se moriria... No tendria fuerzas para resistir esa amargura, esa humillacion. ¿Y el infortunio de Carlota, la hija de ese coronel retirado que vive enfrente?

—¡Oh! es horrible; casada con un hombre que parecia el más honrado del mundo, que gastaba y triunfaba como si tuviera fortuna, y ha resultado ser un estafador... A los veinte meses de matrimonio, Carlota es la mujer de un penado, de un hombre que cuando salga de presidio tendrá cerca de sesenta años...

—¡Desdichada mujer! Se casó con la esperanza de mil venturas, y ha encontrado sólo la tristeza, la soledad, la pobreza y la deshonra.

—Calla, calla, siento una angustia mortal pensando que nuestra hija pudiera verse en esa situacion.

—Dios la proteja y la bendiga.

—Nosotros hemos sido felices: ¿por qué no lo ha de ser nuestra hija?...

—Ahora ella no ama más que á nosotros.

—¡Oh! cualquier dia, cuando ménos lo pensemos,

cuando nos hallemos más tranquilos, vendrá un hombre, un desconocido acaso, tal vez un malvado, y con una mirada, con una frase de amor, quizás mentido, nos arrebatará ese corazón que es ahora todo nuestro.

—¿Otra vez?

—¿Y dí? ¿cómo es posible desechar esa idea?... ¿Cómo es posible pensar en otra cosa?...

—Los padres somos muy egoistas.

—¿Cómo ha de ser egoismo el más santo de los amores?

—Pero si Carmen se casa y es feliz...

—¡Ah! esa sería la suprema ventura para nosotros; entonces podríamos decir que nadie en el mundo habría sido tan dichoso como nosotros.

—Pues eso puede suceder.

—Sí, pero ¡ay! que también puede suceder lo contrario.

.....

Esta conversacion, ó parecida, tenían todas las noches los padres de Carmen, en tanto que la angelical criatura dormía inocente, soñando que socorría á los pobres, como lo hacía siempre, ó que su primo Dimas le *hacía rabiar* retardando la terminacion de un dibujo que ella había de bordar, ó que se moría el jilguerillo de celos del canario, á quien ella había acariciado más, ó que la tonta de la doncella dejaba morir, falta de agua, una rosa muy bella, regalo de su primo Dimas; ó acaso se le representaba en sueños alguna tiernísima escena de la novela de Fernan

Caballero que habia leido, con permiso de su padre, ántes de acostarse.., Todavía no habia llamado á su corazon el amor: por eso era tan apacible y tranquilo su casto sueño.

Cármen amaba á Dios, á sus padres, á su primo Dimas, á sus pajarillos y á sus flores.

II

Cármen no amaba á ningun hombre, pero habia un hombre que amaba á Cármen, y este era Dimas, su primo Dimas.

Tenia Dimas veinticuatro años, y era lo que se llama en el mundo un infeliz.

No tenia ningun atractivo personal; la boca grande, la nariz grande, las orejas grandes, el pié grande y los ojos pequeños, pero vivos, brillantes, expresivos, inteligentes. Aquellos ojos tan pequeños eran, por decirlo así, toda la fisonomía de Dimas, y en ellos se veia claramente que Dimas no era un tonto, sino todo lo contrario.

El pobre Dimas, como le solia llamar su tia Andrea, era hijo de una prima de esta, y á los diez años quedó huérfano y sin recurso alguno en una pobre

aldea de la Mancha. Su tía Andrea habló de tan gran infortunio á su marido, y éste, siempre bueno y deseoso siempre de complacer á su digna compañera, fué á la aldea y se trajo consigo al triste Dimas.

Cármén, como tenia tan buen instinto y corazon tan compasivo, vió en Dimas un desgraciado que necesitaba amor y consuelo, y le amó como á un hermano. Era el huérfano sombrío, taciturno, receloso; pero este carácter cedió, y no podia ménos, ante la ternura, la delicadeza de Cármén, siempre tan buena, tan afable, tan cariñosa con él. Conmoviósese profundamente aquel corazon hasta entónces cerrado á toda expansion y un tiernísimo y profundo sentimiento de gratitud vino á darle dulce calor, y á fortalecer su ánimo, ántes apocado y triste. Dimas no amó á Cármén, la adoró con verdadera idolatría.

Y esta adoracion profunda, respetuosa, capaz de todos los sacrificios, hizo nacer en el huérfano el deseo de ilustrarse, de elevarse, de hacerse, en fin, digno de la proteccion que hallaba en aquella excelente familia.

Dimas estudió con verdadero afan, y á los veinticuatro años, cuando empieza esta historia, era Dimas un médico de gran ciencia, que todos los años durante sus estudios, habia sido premiado en primer lugar, logrando así no ser gravoso á sus tíos, puesto que por su mérito extraordinario se le dispensaron todos los gastos de matrículas, y al fin tambien los de doctorado. Y no era Dimas solamente un médico inteligentísimo; era tambien hábil pintor, excelente

músico y eruditísimo en literatura. Pero no era pedante, y no hacia alarde ninguno de su vastísima instruccion.

Y Dimas, hombre ya, y hombre superior por su saber, conservaba el mismo profundo respeto á aquella niña de diez y ocho años, como que por ella habia abierto su corazon á la esperanza, como que la de Cármen fué la primera sonrisa de afecto que vió en el mundo, como que Cármen habia sido la primera que al mirarle, no habia reparado en la fealdad de su rostro, como que á la tierna niña debia él sus nobles pensamientos, su afan de estudiar, sus triunfos de estudiante, y la ciencia que poseía; y tanto amaba á Cármen, tal era su adoracion y tal su respeto, que muchas veces, cuando pensaba en ella, que siempre pensaba en ella, se decia:—¡Ah! no, no soy yo digno de ella.

Y Dimas tambien pensaba que algun otro pudiera enamorarse de Cármen; y que ella podria corresponder al amor de otro hombre.

Y esta idea le atormentaba como atormentaba á los padres de Cármen, le atormentaba mucho más.

Pero nadie en la casa podia adivinar aquel amor; él lo guardaba en su corazon como un avaro guarda su tesoro, y era dichoso con ver todos los dias á Cármen y con el cariño de sus tios, á quienes jamás habia dado el más leve motivo de queja.

Jóvenes como Dimas no se hallan muchos: no habia entrado en un billar en su vida; desconocia por completo todos los vicios y entretenimientos en que

tanto y tan precioso tiempo pierde la juventud; jamás había fijado la atención en ninguna mujer, y nunca gozó los placeres de la vida de café, que deben ser grandes cuando hay tantos que en el café se pasan la vida, ni se le vió en siete años tomar parte en ningún motín estudiantil, ni se le oyó su opinión política, sin duda porque creía que más importante que declarar sus ideas políticas, era demostrar que aprovechaba las lecciones de los libros y los maestros.

Al principio, sus discípulos, alegres y traviesos, se reían de él, y le llamaban el viejo, porque por lo grave, lo severo y lo formal, lo parecía efectivamente.

En la sala de disección era donde más se burlaban de él.

—Mira, decía uno á otro, mira á Dimas junto al muerto ese: no se sabe si el muerto es él ó el otro, porque él está más serio que el muerto.

—¡Y con qué miramiento y cortesía trata al muerto!

—Parece que tiene miedo de hacerle daño.

—Ya verás cómo en sabiéndose en el hospital que Dimas trata á los muertos con tanta galantería, todo enfermo que haga testamento le deja el cuerpo á Dimas para que se lo cuide.

Y Dimas callaba, y no se sonreía siquiera.

Sus discípulos acabaron por reconocer la superioridad de Dimas, y todos le amaron y respetaron, porque su modestia era aún mayor que su talento, y porque cada día descubrían en su compañero un nue-

o rasgo de nobleza, de generosidad, de ingenio.

Cármén amaba mucho á Dimas. Naturaleza generosa la suya, cuando vió Cármén á aquel pobre muchacho que venia de la aldea, pobre, huérfano, ignorante, tan encogido, tan temeroso, como quien no ha visto más que la miseria y el infortunio, como quien no ha sentido nunca alegría, como quien á nadie ha inspirado amor, y en fin, como quien ha vivido sin madre—la de Dimas murió al darle á luz,—no pudo ménos de interesarse por él, y sin darse ella misma cuenta de su nobilísima accion, parecia como que habia formado empeño en dulcificar el carácter de su primo. Desde la edad más temprana se manifiestan los buenos corazones y se descubren los sentimientos generosos. Si Dimas no hubiese hallado tan oportunamente á Cármén en su camino, habria sido un hombre oscuro, retraido, acaso la duda y el escepticismo habrían emponzoñado su corazon, tal vez la envidia habria nublado su inteligencia, quizá hubiera sido un pobre menestral, ó ¿quién sabe si un vicioso ó un criminal?...

Esto mismo pensaba Dimas, y bendecia á todas horas á la angelical criatura que habia sido instrumento elegido por la Providencia para su bien.

III

Una noche, en lo más recio del invierno, sucedió que en la misma casa donde vivía Cármen se oyeron voces de alarma y en demanda de socorro. Había fuego. Vistiéronse sobresaltados los padres de Cármen y acudieron á avisar á esta, que, aturdida, cubrió su cuerpo únicamente con una bata que podía darle muy poco abrigo, y con su madre se dedicó á recoger joyas y objetos de valor, por si el incendio tomaba incremento y había necesidad de ponerse en salvo.

El incendio no duró más de una hora, y solamente causó algun daño en la parte alta del edificio; pero como se presentó imponente al principio, fué grande el sobresalto de todos los vecinos, y Cármen se sobrecogió mucho, bien que, para no asustar á sus padres, procuró dominarse y disimular. Cuando, terminado el fuego, hablaban sus padres de los incidentes á que había dado lugar, entró Dimas, que bajaba del último piso, donde había estado ayudando á la

extincion del destructor elemento, y fijando la mirada en Cármen, exclamó:

—¡Dios mio! ¡tú estás mala!

—¿Qué dices? exclamaron á un tiempo los amantes padres.

—Es preciso que se acueste inmediatamente, añadió Dimas.

Cármen confesó que en efecto no se sentia bien, y casi en brazos de sus padres volvió al lecho, con la voz apagada, la mirada triste y la respiracion fatigosa.

La pobre niña tenia una pulmonia.

—Llamen Vds. á un médico inmediatamente, dijo Dimas.

—¿Tú no te atreves á asistirla?

—¡Oh! sí, amado tio, yo la asistiré; pero es preciso que uno de los grandes maestros de la ciencia, uno de los más eminentes profesores se encargue de la enferma.

—Se lo diremos á Cármen.

Cármen contestó que sólo en Dimas tenia confianza; que no queria otro médico que su primo Dimas.

Y éste no tuvo más remedio que encargarse de asistir á Cármen en una enfermedad que desde el primer momento se presentó con todos los más graves síntomas.

Dimas pasó los más amargos dias junto á la cabecera de la enfermita, temiendo á cada momento que todo su cuidado, toda su ciencia fuesen impotentes para evitar que la muerte, siempre implacable, lle-

gase á posar la mano sobre aquella frente virginal.

—¡Oh! si muere, pensaba Dimas, no la sobreviviré yo mucho tiempo. ¿Para qué quiero la vida si ella no vive? ¿Cómo podría vivir aquí, en presencia de los pobres padres, que no sabrían olvidar que su hija habia muerto en mis manos?... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡haz un milagro para que viva esta inocente criatura, en la que has reunido todas las perfecciones de alma y de cuerpo, en prueba de tu omnipotencia!

Días fueron aquellos para el atribulado médico de inacabable angustia, de cruel incertidumbre, de sensaciones imposibles de describir; y al mismo tiempo, ¡qué felices momentos aquellos en que alentaba en su corazon la esperanza dulcísima de salvar á Carmen!

Esta victoria seria la felicidad suprema para él; por eso no se atrevia á confiar en alcanzarla. Si Carmen se salvaba, deberia á Dimas profunda gratitud, y entónces, ¿quién sabe, se decia el jóven médico, si le pareceré digno de ser su marido?

Cármén se salvó. Dimas declaró al fin que se hallaba fuera de peligro, aunque todavia necesitaba por algun tiempo los más exquisitos cuidados.

Los padres de Cármén, que habian comprendido el inminente riesgo en que se habia hallado su hija, bendecian á Dimas, y no sabian qué hacer para manifestarle su agradecimiento, su amor.

Y en uno de aquellos momentos de expansion, exclamó D. Julian:

—¡Oh! tú, y no otro, debe ser esposo de nuestra hija.

Dimas no pudo ocultar á su tío que este era su más ardiente deseo, y que su realizacion seria para él la mayor ventura que pudiera esperar en la vida.

—Pero no quiero que se hable de eso á Cármen; ahora la pobre niña, agradecida á mi, creyendo que yo la he salvado—y sólo Dios es quien lo ha hecho,—no se atreveria á contrariar la voluntad de su padre, y yo no sé si Cármen me ama...

—¡Oh! sí.

—Me ama como á un hermano, pero todavía no me ama como se ama á quien se elige por esposo. Déjeme V. aspirar á merecer ese amor.

—Como quieras. Nuestra preocupacion constante es el temor de que Cármen no elija buen esposo; si tú eres el elegido, entónces viviremos y moriremos tranquilos, contentos, seguros de su felicidad. Puede tener nuestra hija brillantes partidos, pero á mí nada me satisfará tanto como verla unida á un hombre tan bueno y tan honrado como tú.

Cármen tuvo larga convalecencia, y quedó tan débil que era preciso un cuidado extremo, para evitarle peligrosas recaídas, y, pasado ya algun tiempo, todavía no gozaba de completa salud.

Dimas dijo un dia á su tío:

—Es preciso que Cármen vaya á tomar las aguas á uno de los establecimientos de los Pirineos. Necesita fortalecerse, respirar otro aire, y así podremos combatir esa peligrosa predisposicion que tiene á

constiparse, y recobrará por completo la salud. Un mes ó mes y medio de estancia en esos baños, la distraccion que allí encontrará, el ejercicio, las cualidades climatológicas de aquella localidad, lo sano y nutritivo de los alimentos darán gran vigor á su naturaleza, que con suma dificultad ha resistido á la gran enfermedad que nos hizo temer por su vida.

—Tú nos acompañarás.

—Eso es imposible, tío; sabe V. que hago oposicion á una cátedra, y precisamente el mes próximo, que es el que Vds. deben aprovechar para llevar á Cármen á los baños, no puedo moverme de Madrid. No es preciso que yo vaya; Cármen, esté V. seguro, mejorará en cuanto llegue á esos baños. Además, recuerdo lo que V. me dijo acerca de lo que seria para mí la mayor ventura, y conviene que nos separemos, conviene que Cármen viva léjos de mí, aunque sea poco tiempo. Vds. conocerán si me ama. Al regreso de Vds. ya habré ganado la cátedra, tendré una posicion que ofrecer á Cármen, y sabré si realmente he merecido ser amado por ella. Parecerá inmodestia esta seguridad con que digo que ganaré la oposicion, pero bien sabe Dios que el corazon me dice que la ganaré, y yo tengo fé en los presentimientos.

Siguióse el dictámen de Dimas, y Cármen partió con sus padres para los Pirineos, y el médico enamorado quedó triste, angustiado como si le faltara la luz y el aire.

—¡Ahora comprendo cuánto la amo! exclamó cuando perdió de vista al coche que llevaba hácia la

frontera á la que era su esperanza, su vida.—¡Dios mío! añadió, no me atrevo á esperar que ella me ame, porque ¿qué he hecho yo, qué méritos tengo para lograr semejante felicidad?...

Cármen, al despedirse de Dimas, estrechó su mano con efusion, y no pudo contener las lágrimas, tributo del verdadero amor que tenia á su primo; pero este amor era otro amor que el que soñaba el pobre Dimas.

En cuanto llegó Cármen á los baños lo primero que hizo fué escribir á su primo Dimas, que creyó volverse loco de felicidad al ver aquella letra menudita que decia: *Mi querido primo*, y luego al fin de la carta: *Tu prima que te quiere mucho, mucho—Cármen*.

Mil veces besaba Dimas este nombre.

A los quince dias, recibió Dimas una carta tan cariñosa como todas; la carta terminaba en la primera carilla del papel, pero despues de la firma habia un rengloncito corto que decia así: (*A la vuelta*); lo que indicaba que en la carilla siguiente habia una *postdata*, y Cármen se lo advertia á Dimas para que no creyese que la carta concluia en la firma.

Dimas volvió la hoja, y leyó lo siguiente:

«No te lo iba á decir, pero para ti, á quien tanto quiero, no debo tener secretos. Has de saber, mi querido Dimas, que me ha salido un novio.»

Esta postdata hizo en el corazon de Dimas el efecto de una puñalada: le causó más dolor, porque una puñalada le habria dejado sin vida instantáneamente, y aquella revelacion le dejó sin reposo, sin espe-

ranza, sin aliento, sin fe, y con vida, con vida para sufrir, para llorar, para padecer eternas amarguras é inconsoleables dolores.

¡Pobre Dimas!

IV

Bien sabía Dimas lo que le convenia á Cármen. Apenas llegó á aquellos baños, lo pintoresco de la localidad, la riquísima leche de las saltadoras cabras, que todo el dia andaban correteando por la montaña, la sabrosa carne de aquellos ternerillos que con tan ricos pastos se criaban, y sobre todo las excelentes aguas y las inhalaciones de aquel grandioso establecimiento, empezaron á reanimarla y á vigorizar su delicada constitucion, y á los ocho dias daba ya largos paseos sin cansarse, corria como una chiquilla y se reia como una loca, con gran contento de los padres, cuyo más ardiente deseo era la salud de su hija.

Y ella y ellos bendecian á Dimas, que tan acertadamente habia comprendido lo que mejores resultados habia de dar para el completo restablecimiento de su prima.

En los baños habia gran concurrencia y mucho lujo. Casi todos los bañistas se hallaban en buen estado de salud, y por consiguiente no les faltaba humor para divertirse. Organizáronse bailes y conciertos en el magnífico salon del establecimiento, y aunque los padres de Cármen no eran muy aficionados á estas fiestas, no tuvieron más remedio que asistir para que no se les murmurase, porque los establecimientos de baños son un gran semillero de chismes, cuentos y enredos; como que la gente está ociosa, por lo regular, y es preciso sacrificarse por el ¿qué dirán?... y no singularizarse, para evitar que le quiten á uno el pellejo bonitamente. Además el bueno del médico Dimas habia dicho que á Cármen le convenia alguna distraccion, y este dictámen facultativo era para ellos una autorizacion en la más debida forma para permitir y aún desear que Cármen asistiera á los bailes y conciertos que se anunciaban en el salon de recreo. Habia tambien en este deseo un poquito de orgullo de padres, porque era evidente que entre todas las bañistas no habia ninguna que aventajara á la protagonista de esta historia en belleza, elegancia y distincion, y ninguna tocaria el piano con tanta maestría y delicadeza, y ninguna tendria tan bonita voz y tan buena escuela de canto... Cármen sobresaldria seguramente en la reunion; y á este triunfo, ¿cómo habian de renunciar sus padres?

En efecto, Cármen causó gran sensacion cuando se presentó en la sala, magníficamente iluminada

por los galantes empresarios de los baños, bien que hacian pagar á los caballeros cuatro duros por el derecho de concurrir al salon; todos admiraron la peregrina hermosura de la amable jóven, y las de su edad hicieron esfuerzos supremos para disimular la envidia que les inspiraba la invencible belleza, la incomparable distincion y la sencilla y encantadora elegancia de la hermosa criatura.

Cármen bailó aquella noche por primera vez; por primera vez un hombre desconocido profanó con sus manos indignas aquel talle de virgen; por primera vez sonaron en sus castos oidos palabras de amor, frases apasionadas, lisonjas halagüeñas, y por primera vez bajó ruborosa la mirada al ver fijos en los suyos los ojos de un jóven apuesto, galan, que la miraba con ansia, con ardor...

Y alli estaban los padres de Cármen, gozando del triunfo de su hija, satisfechos, orgullosos, sin conocer que allí empezaban á ser realidad sus temores acerca del porvenir de la que era la vida de su vida, sin ver que aquel temible desconocido, que un dia llegaria á separar de su lado á Cármen, á ejercer sobre ella más influencia que ellos, estaba allí, allí estaba devorando con los ojos á la inocente niña, como el lobo se complace en contemplar á la ovejuela que va á ser su víctima, ántes de clavarle los agudos dientes en la garganta.

Cármen no pudo dormir aquella noche; estaba aturdida, fascinada; su corazon habia perdido la calma, y en su mente bullian en confusion penosa las

dudas y las esperanzas, y mil ideas vagas de cosas desconocidas, y todo esto la hacia llorar, y la llenaba de angustia. Pero cuando llegó el dia siguiente la hora de bajar al salon, Cármen quiso volver allí donde habia empezado á sufrir tanto. Los padres la suplicaron que no bailara, y ella, todavía obediente al amor paternal, no bailó; el gallardo galan que la noche anterior habia bailado con ella no pudo estrechar con sus impuras manos la cintura virginal de su víctima, pero pudo hablar con ella toda la noche el lenguaje más apasionado, pudo hacerse dueño de aquel tierno corazon inocente, pudo en fin, dar comienzo á la gran infamia que proyectaba.

Y todavía sufrió Cármen la segunda noche más penoso desvelo y mayor angustia, y sin embargo, aquel sufrimiento debia tener su encanto, porque, apénas llegaba la hora de bajar al salon, Cármen queria ir á sufrir aquel dolor, aquella pena, aquella fiebre que abrasaba su corazon. Cármen era la mariposa atraida por la llama, la cándida paloma fascinada por la serpiente. Cármen amaba, pero ¡pobre Cármen! amaba á un malvado.

Los padres de Cármen estuvieron torpes en adivinar lo que pasaba: embelesados en el triunfo de su hija, halagados por los elogios que oian, no advirtieron que un miserable les robaba aquel corazon de oro purísimo; cuando lo pudieron advertir ya era tarde.

Y cuando la madre quiso hablar á su hija de lo que ya habia advertido, Cármen se arrojó llorando en los brazos maternos.

—¡Pobre Dimas! exclamó doña Andrea, él si que te ama, hija mia, él si que te hubiera hecho feliz. ¿Qué le diremos ahora?...

Ya Cármén se lo habia dicho en la postdata de su carta, creyendo sin duda que Dimas la amaba sólo como ella amaba á Dimas.

V

Eso sí, el galán de Cármén era un jóven distinguidísimo, simpático, apuesto, hermoso, y tenia no pocas apasionadas en la buena sociedad de la córte. ¿Quién no conocia en Madrid á Pedro Guevara?... Tenia veintiocho años y habia estado á punto de ser gobernador de provincia, y si no lo pudo ser fué porque el dia ántes del señalado para firmar su nombramiento, cayó inesperadamente el ministerio.

No habia estudiado mucho, ni leído buenos libros, pero como para brillar en esta sociedad no se necesita eso, ni siquiera saber gramática, Perico Guevara no echó nunca de ménos la instruccion que le faltaba, y la suplió perfectamente con la osadía y el descoco, y á nadie se le ocurrió que aquel hombre tan elegante, tan distinguido, tan jovial, que hablaba con tanto desparpajo, era un grandísimo ignorante.

Su padre habia sido un hombre muy de bien, que ocupó altos puestos, y murió con fama universal de probo é íntegro, y esta buena reputacion del padre sirvió mucho al hijo, que era uno de los más considerados bolsistas de Madrid. Es decir, que habia elegido la carrera de capitalista.

Realmente, á los padres de Cármen no les disgustaba Perico Guevara; en él veian un jóven rico, brillante, amabilísimo, de esquisitos modales, de irreprochable apariencia, y comprendian que una muchacha se enamorase de tan apuesto galan; pero les inquietaba mucho la consideracion de que Dimas, por ellos mismos alentado en su amor, esperaba de ellos la felicidad, y ninguno podia tener más derecho al amor y á la gratitud de Cármen.

Y el bueno de D. Julian sentia no haber hablado de aquel amor á Cármen cuando pensó hacerlo, y temia mucho que el triste desengaño matase al pobre Dimas.

Este escribió á Cármen, pero no se dió por entendido de la noticia que por *postdata* le habia dado su prima, y tuvo la extremada delicadeza de no escribir tampoco á sus tíos sobre el asunto. Aún se hacia ilusiones el triste, aún creia que aquello seria un mero pasatiempo, acaso una broma de su prima, ó tal vez sus padres la habrian hablado ya del amor que él les habia confesado, y su prima diria por él que *le habia salido un novio*.

Cuesta mucho renunciar á la esperanza del bien; para Dimas, renunciar á la de ser amado de Cármen era como renunciar á la vida.

Al fin llegó el día del regreso de sus tios y su prima. Dimas bajó á esperarlos; cuando llegaron, sus tios y su prima le abrazaron con el cariño de siempre; con ellos venia un elegante jóven, que no era otro que Perico Guevara, el cual se despidió de los padres de Cármen y de ésta, y saludó con esquisita cortesía á Dimas, que en aquel punto sintió en su corazon los más terribles impulsos de odio y venganza.

—Ese es, pensó, ese es el infame, el odioso rival que me roba la felicidad de toda mi vida.

Dos días despues, cuando ya no habia esperanza para el pobre Dimas, cuando llamaba á la muerte, cuando sentia furiosas tentaciones de ir á buscar á aquel desconocido y matarle, recibió un pliego del ministerio, en que se le comunicaba que habia ganado la cátedra á que habia hecho oposicion en la facultad de medicina.

Dimas hizo pedazos el pliego y escribió un oficio acusando el recibo y renunciando la cátedra que tan legítimamente habia ganado.

El oficio en que Dimas renunciaba aquella brillante posicion, que para cualquiera hubiera sido una gran fortuna, merece ser conocido. Decia así:

«He tenido el honor de recibir la comunicacion de V. E. en que me anuncia haber sido elegido en la terna propuesta á V. E. por el tribunal de oposiciones para la cátedra vacante en la facultad de medicina. Mucho me honra esta inmerecida distincion, y grande es mi gratitud al tribunal de oposiciones y

á V. E., pero no me creo con autoridad científica y experiencia profesional bastante para tomar á mi cargo la difícil y trascendental tarea de enseñar lo que todavía no estoy seguro de haber aprendido bien. Permítame, pues, V. E. que decline la honra que el tribunal y V. E. me dispensan, y renuncie la cátedra que me ha sido otorgada. En ello ganará la enseñanza, porque persona más digna ocupará con gloria el puesto que yo estimo muy superior á mis merecimientos.

«Y ahora, Excmo. Señor, una súplica quiero hacer á V. E., que me atrevo á esperar será acogida benévola. En el pueblo de *** se ha desarrollado una epidemia de viruela, de carácter maligno, y el digno profesor titular del mismo ha sido una de las primeras víctimas de la mortífera enfermedad. Aquellos infelices habitantes carecen hoy de la asistencia facultativa, y esta falta agrava más y más la triste situación del pueblo. Allí está mi puesto, Excmo. Señor, y suplico á V. E. me autorice para pasar á encargarme de la asistencia de aquellos atribulados vecinos mientras dura la epidemia, sirviéndose disponer al propio tiempo que se faciliten á aquel municipio algunos recursos para que sea más eficaz mi celo en favor de los desgraciados. Para mí nada quiero; no faltarán en el pueblo vecinos que me hagan la caridad de darme cada día el indispensable alimento.

»Dios guarde á V. E. muchos años, etc., etc.»

El ministro quedó admirado de este nobilísimo

rasgo de modestia y de sublime caridad, y el día siguiente publicó en la *Gaceta* una real orden, en la que se daba cuenta de la comunicacion de Dimas, y se le autorizaba, en los más honrosos términos, para acudir al pueblo de *** á encargarse de la asistencia de los aterrorizados vecinos.

Ademas dispuso el ministro no proveer la cátedra, suponiendo que podria convencer al agraciado para que la aceptara.

La publicidad dada al asunto mortificó mucho á Dimas, que, como se ve, no era hombre de su época, pues desde hace mucho el afan de la publicidad se ha apoderado de todos, y apenas hay español que no haya merecido un *suelto* en *La Correspondencia*.

En casa de sus tios la determinacion de Dimas causó espanto; admiracion no, porque los padres de Cármen y ésta conocian demasiado que Dimas era capaz de toda accion buena, noble y generosa; causó espanto en Cármen, porque nunca habia imaginado que su primo, el que ella amaba como hermano, se separase de ella, y en Doña Andrea y D. Julian, porque comprendian el motivo que impulsaba á Dimas á renunciar una posicion que tanto habia deseado, y á buscar el peligro en un pueblo infectado por una epidemia.

Y ambos lamentaron su imprevision, que dió lugar á que otro hombre lograra inspirar amor á su inocente hija.

Dimas hizo sus preparativos de marcha, y entró á despedirse de sus tios y su prima.

—¿Te marchas al fin? le preguntó con tristeza Doña Andrea.

—Sí, tía; los pobres, los desvalidos necesitan de mí.

—Y á nosotros nos dejas llenos de tristeza y amargura, añadió D. Julian.

—Ustedes deben regocijarse de que empiece á dar fruto el bien que sembraron. Por Vds., nunca lo olvidado, he llegado á ser de alguna utilidad en el mundo. Ya es hora de que mis semejantes obtengan de mí algun beneficio, que á Vds. verdaderamente lo deberán.

—Eres muy bueno, Dimas, exclamó Doña Andrea conmovida.

—Muy bueno, repitió D. Julian.

—Muy bueno, sí, dijo Cármén llorando; pero abandona á su enferma, lo que no puede hacer en conciencia ningun médico.

—Libreme Dios de merecer esa acusacion; dejo á la enferma que ya curó, para acudir á los pobres que no tienen quien les cuide.

Los padres de Cármén y ésta lloraron mucho; Dimas tenia una gran fuerza de voluntad, y no lloró.

La despedida fué muy larga: cuando ya iba á salir de la casa, abrazó á Cármén, la besó en la frente, y le dijo con inefable acento de ternura:

—¡Dios te bendiga, alma buena, y te haga feliz!

En la calle le esperaba un coche en el que, con D. Julian, habia de dirigirse al sitio de donde salia la diligencia.

Cuando entró en el coche, ya no podía contener el llanto, y un torrente de lágrimas salió de sus ojos, y largo espacio estuvo sin poder articular una palabra.

VI

Una epidemia en la ciudad es temible y alarma y entristece, pero hay medios de aminorar el extrago y calmar en cierto modo la angustia de la población; se oculta el número de víctimas, se entierra de noche, á las altas horas, se establecen hospitales, se socorre á los pobres, se mejoran, aunque tarde, las condiciones higiénicas de los barrios donde vive la gente infeliz, y hay médicos, medicinas y recursos de todo género; mas en un pueblo aislado, rodeado de pantanos pestíferos, incomunicado con el mundo, empobrecido por la pérdida de la cosecha, es horrible una epidemia; y no hay nada más sombrío que el aspecto que presenta ese montoncito de casas que se llama pueblo, cuando Dios envía sobre él esa prueba tremenda.

Sin embargo, los marinos dicen que lo más terrible que puede haber en el mundo es la *peste á bordo*.

En el pueblo todos se conocen, se sabe quién ha sido atacado de la enfermedad, no se puede ocultar cuántos murieron ayer, cuántos han muerto hoy, y cuántos van á recibir á su Divina Majestad, y la madre que perdió al hijo amado sale despavorida á contar á todos su desventura, y la esposa que ve morir á su marido ablanda los más duros corazones con sus lamentos, y los huerfanitos van llorando por el pueblo publicando su infortunio, y se acaban las medicinas en la desprovista botica, y no hay medios de traerlas rápidamente, y el cura y el médico se rinden á la fatiga, pero sólo caen cuando la epidemia, avara de sus vidas, les ataca...

Cuando esto sucede, el espanto de los vecinos no se puede explicar; ya no tienen esperanza ninguna, ya no hay para ellos consuelo.

Esto habia sucedido en el pueblo á donde fué Dimas.

El médico y el cura habian sucumbido, y á los enfermos les asistia caritativamente el infeliz boticario, que, á no llegar oportunamente Dimas, se hubiera muerto de miedo en tan comprometida situacion.

El pueblo se hallaba sumido en la mayor consternacion. La terrible enfermedad parecia que aprovechaba la circunstancia de hallarse el pueblo sin medio alguno de combatirla para ensañarse más en aquellos pobres vecinos, y entre estos empezaba á manifestarse el egoismo, y no se encontraba quien quisiera asistir al pariente ó al amigo; solamente las

madres no abandonaban á sus hijos. Pero ya algun marido habia huido de su mujer moribunda, y algun hijo habia cometido tambien tan infame accion con su anciano padre... Si Dimas hubiese tardado tres dias más en llegar, hubiera hallado el pueblo desierto.

Pero Dimas llegó oportunísimamente, reanimó el abatido espíritu de los vecinos, corrió á auxiliar á los que lo habian menester, é hizo lo más eficaz en semejantes casos; dió ejemplo de serenidad, de energía y de caridad y amor al prójimo. En varias casas habia cadáveres que nadie se atrevia á llevar al campo del eterno reposo. Dimas entró en la primera casa que le señalaron, donde habia muerto una pobre niña; envolvió el cadáver en una manta, lo tomó en sus brazos y fué á darle sepultura. Volvió é hizo lo mismo con otro muerto, y cuando se dirigia á recoger otros dos, presentáronse dos mozos del pueblo dispuestos á imitar tan notable ejemplo de abnegacion, y ya no se demoró un momento en los dias siguientes el sepelio de los que sucumbian á la traidora enfermedad.

El gobierno le habia dado recursos, y él los supo distribuir tan equitativamente que todos los vecinos los recibieron en proporcion á sus necesidades, y ni uno solo, por descontentadizo que fuera, tuvo motivo alguno de queja. Veinte dias duró aún la epidemia, y en aquellos veinte dias apenas descansó algunas horas el *médico bendito*, como le llamaban en el pueblo, y todos, viendo su incesante trabajo, atribuian á pro-

teccion providencial que, en medio de aquella desolacion, se conservase la salud del que ménos precauciones tomaba y más expuesto estaba al contagio.

A los veintiun dias, el pobre Dimas, que tan pocas alegrías se prometia ya en el mundo, tuvo una, más pura, más grande, más legítima que todas las que puede tener el más poderoso en la tierra; habia vencido á la enfermedad, habia salvado de una muerte segura á más de cien personas.

—Por él no me he quedado sola en el mundo, decia una pobre madre que ántes de ir Dimas habia perdido á su marido, y su hijo estaba de la mayor gravedad cuando aquel llegó.

—El me ha devuelto á mi madre, exclamaba una hija amante.

—El enterró á mi niño, murmuraba una infeliz que no tenia otro consuelo en su infortunio.

—El nos trajo pan y abrigo cuando estábamos muriendo de hambre y de frio, decia un anciano labrador, padre de numerosa familia, arruinado por la pérdida de la cosecha.

Era un interminable coro de alabanzas y bendiciones en honor del médico, y todos los vecinos se disputaban la distincion de que se sentara á su mesa; y el pobrísimo municipio acordó unánime que en habiendo dinero se mandaria hacer en la córte una lápida en la que constase la fecha de la llegada del médico al pueblo y el agradecimiento de los vecinos á su desinteres y abnegacion, y tambien se acordó

reunir como se pudiera entre todos mil reales y dárseles al médico.

Profundamente conmovió á Dimas este rasgo de gratitud, pero rehusó los mil reales y propuso que se distribuyeran entre los vecinos faltos de todo recurso, como así se hizo.

Cuando ya hubo vencido á la enfermedad, escribió á sus tios y á Cármen, que se hallaban con suma inquietud. La carta era cariñosa, humilde y llena de sinceridad y agradecimiento. Cármen fué la encargada de contestar.

«Puesto que ya has devuelto la salud y la calma á esos pobres, le decia, vente pronto, primo mio, que tu enferma te quiere mucho y está muy contenta, y desea que tú participes de su contento. ¿No lo estarás tu estándolo yo?...»

Dimas leyó con tristeza este párrafo de la carta, comprendiendo perfectamente el sentido. La inocente estaba orgullosa de tener novio, y creia, en su candidez, que Dimas se alegraría de aquella satisfaccion suya.

Dimas estaba ya muy resignado. El triste espectáculo de la epidemia, los crueles dolores de que habia sido testigo, los infortunios que habia hallado en aquel montoncito de casas, tan aislado del mundo, le habian hecho reflexionar mucho.

—¡Fuera de mí, habia dicho, esta pasion egoista! No me dejaré vencer por ella, no; que seria ceder al influjo miserable de la soberbia. Cármen no es para mí, no; ella merece más que yo, y Dios es quien me

inspiró venir aquí para enseñarme dónde está mi puesto, cuál es mi destino, y hacerme comprender que mi amor es una locura, un imposible. Cármen tiene razon; yo debo alegrarme con su alegría, yo debo desear, primero que la mía, su felicidad. Para mí ya no debe haber otra que la de arrancar á la muerte á mis hermanos, prolongar la existencia del padre de familia que hace falta á sus hijos, conservar la del niño que es encanto y esperanza de la desvalida viuda... sacrificarme, en fin, por todo el que sufre. No hay destino más honroso en el mundo, y Dios debe recompensar con largueza en la otra vida á los que lo han cumplido bien.

Dimas habia dicho en el pueblo, que, terminada la epidemia, volveria á Madrid, pero el pueblo habia resuelto oponerse; y aunque en aquella época no se conocian los derechos individuales, bien que todo el mundo los ejercia mejor y más provechosamente que ahora cuando tanto se encarece esa conquista revolucionaria, el pueblo entero, con el municipio y el nuevo párroco á la cabeza, que entónces los municipios no estaban sino muy en armonía con el párroco, y en los pueblos no habia libre-pensadores á quienes estorbara el cariñoso ministro de Dios, hizo una manifestacion, no imponente como las de los radicales cuando quedan cesantes, pero sí conmovedora y elocuente, para pedir, no con banderitas y pendones, inscripciones de relumbron y discursos amenazadores, sino con palabras de amor y gratitud, que no se fuera del pueblo D. Dimas, que D. Dimas ocupara en

propiedad la plaza de médico titular, que, aunque estaba pobremente dotada, como que el pueblo era pobre y sobre él habian caido calamidades sin cuento, en cambio le aseguraba el cariño y el agradecimiento de todos los vecinos.

Y Dimas, que habia rechazado la brillante posicion de catedrático en la facultad de medicina, por donde pronto hubiese hecho carrera y logrado fortuna y honores, no supo resistir á las súplicas de aquellos palurdos, á las lágrimas de aquellas viejezuelas y de aquellas mozas y á las caricias de aquellos chiquillos desharrapados, que ya habian aprendido de sus madres á bendecir al *médico bendito*, y sobre todo no pudo ser insensible á las elocuentes palabras que le dirigió en estilo familiar y sencillo el virtuoso cura párroco que dos dias despues de la llegada de D. Dimas al pueblo habia ido á reemplazar al cura difunto.

Dimas prometió no marcharse, y tuvo que sufrir los abrazos de los palurdos, algun que otro beso de alguna vieja bigotuda, y no faltaron mozas que le abrazaron tambien con entusiasmo.

Los padres de Cármen recibieron carta en que Dimas referia sencillamente este acontecimiento, y manifestaba su propósito de quedarse en el pueblo. Y terminaba la carta con estas palabras:

«Dios les bendiga á Vds., á los tres; yo estoy en el puesto que me corresponde, que no puede ser más honroso y digno, como que en él puedo hacer algun bien á mis semejantes. Algun dia iré á Madrid, cuan-

do esté completamente asegurada la salud en este pueblo, donde hay bastante que hacer para sanearlo y evitar que se reproduzca la epidemia. A Cármen, que me alegran mucho sus alegrías, y que le pido á Dios que sea dichosa. Si lo es tanto como merece serlo, será la mujer más dichosa del mundo. Si, lo que Dios no quiera, cayese enferma, que me llame al momento, si es que tiene siempre la misma confianza en el entrañable cariño de su primo.»

Y Dimas, escribiendo estos renglones, tenia que levantar la cabeza y secarse los ojos para que no cayeran las lágrimas sobre el papel.

¿No era Dimas digno de ser amado, amable y discreta lectora!

VII

Más lo era que el elegante, simpático y apuesto Perico Guevara, á quien Cármen tuvo la desgracia de amar.

Todos los informes que tomó D. Julian, tan celoso del porvenir de su hija, fueron favorables á Guevara, que tenia, como se verá luego, el gran talento de engañar á todo el mundo y aparecer á los ojos de to-

dos exento de aquellos vicios que más arraigados estaban en él. Era, pues, Guevara un hombre temible, como que era un hipócrita. No hay maldad de que no sea capaz el hipócrita.

No sólo supo cautivar el corazón inocente de Carmen, sino que también la voluntad de los padres, tan temerosos siempre de que su hija no eligiese bien el compañero de toda su vida.

Perico Guevara era amabilísimo; su carácter parecía el más apacible, dulce y compasivo; y, sin embargo, sería difícil hallar persona menos dispuesta á la benevolencia, menos tolerante con todo el mundo. Parecía un hombre temeroso de Dios y religioso, y era lo que se llama un ateo; es decir, un refinado egoísta, tan ignorante como soberbio, que niega lo que no comprende, en su mísera inteligencia.

Pero con decir que Perico era lo contrario de lo que parecía, está dicho qué casta de pájaro le salió á la pobre Carmen por novio. Novio era éste, que ni de encargo podía hallarse peor; y, sin embargo, todas celebraban y encarecían la buena suerte de Carmen, que iba á casarse con el mejor mozo de la corte, que sobre ser tan buen mozo, era tan bueno, tan sencillo, tan amable, tan á la buena de Dios, y luego, tenía tanto acierto como bolsista, y ganaba tanto dinero, y estaba destinado á ser millonario ántes de mucho.

Los padres de Carmen vieron llegar el temido instante del casamiento de su hija con más calma de la que manifestaban en sus conversaciones acerca del porvenir de la hermosa y digna jóven. Creían que

habian encontrado para ella el hombre mejor del mundo, el que mejor comprenderia la sensible y delicada naturaleza de aquella alma de Dios; el que con más amor y dulzura la trataria; en fin, el marido más perfecto del mundo. Solamente su sobrino Dimas hubiera sido tan buen marido para su hija; pero Guevara tenia sobre Dimas la ventaja de tener una cara más regular y presentable que la de Dimas, y un cuerpo ménos desgarrado y lácio. Era preciso querer mucho á Dimas y conocer sus bellas prendas para acostumbrarse á aquella cara tan mal avenida con las reglas de la estética. Allá en el pueblo nadie reparaba en la fealdad del médico, y, por el contrario, á todos parecia el hombre más hermoso, como que para ellos habia sido ángel enviado por el cielo.

Ya estaba todo dispuesto para el casamiento de Carmen y Perico; pero á la hermosa jóven le preocupaba mucho la ausencia de Dimas. Quería que su primo, el que habia sido su hermano cariñoso, á quien tanto amaba y que tanto la amaba, fuera testigo de su casamiento.

—Si él no está aquí, tendré mucha pena, habia dicho Carmen á su padre; y éste, dispuesto siempre á complacer á su hija, fué al pueblo á buscar á Dimas.

Perico Guevara oia en casa de su novia hablar siempre de Dimas, del pobre Dimas, con tanto elogio y encarecimiento, que le pareció prudente manifestarse él tambien dispuesto al entusiasmo respecto de un hombre de tan relevantes cualidades, y tambien

expresó su deseo de que el primo Dimas asistiera á la solemne ceremonia.

¿Y qué habia de hacer el pobre Dimas?... ¿Cómo no habia de acceder á las súplicas de su tío, á quien tanto debia, y de su prima, á quien tanto amaba?... Además, era para él aquella una ocasion propicia de mostrar su humildad, su resignacion, su obediencia á la voluntad de Dios, era ocasion de sufrir, y hubiera sido soberbia y cobardía esquivarla.

Llegó Dimas á Madrid á tomar parte en la fiesta, y la primera visita que recibió fué la de Perico Guevara, que, amable, rendido, humilde, iba á ponerse á sus órdenes y ofrecerle su amistad. Perico empezó adulando extraordinariamente á Dimas, ponderando su talento, encareciendo sus buenas acciones, y manifestándole el afan que tenia de conocerle y estrechar su mano. Aunque tenia tantas picardías Perico y sabia tratar á las gentes del modo más apropiado para lograr general simpatía, no comprendia que á las personas de verdadero talento y grandes merecimientos enoja y fatiga la adulacion, que suena tan agradable en los oídos de los necios y de los vanidosos.

Esta primera entrevista no favorecia mucho á Perico en el ánimo de Dimas, y no era porque estuviese prevenido contra él, como que en él veia un rival favorecido que le arrebatava el bien que tanto habia codiciado, porque Dimas era hombre de tan rectas ideas, de tan nobles sentimientos, que hubiera reconocido y proclamado las virtudes de su más fiero

enemigo con el mismo entusiasmo, con igual sinceridad que las de la persona más amada. Dimas conoció en la primera conversacion que Perico era un hipócrita, que decia lo que no sentia, y nada repugnaba tanto á su hidalguía como la doblez y la mentira.

Cármen preguntó á Dimas:

—¿Qué te ha parecido mi prometido?...

—Cuando tú le has elegido estarás cierta de su amor.

—¡Oh! sí; me lo ha dicho tantas veces y en tales términos, que no es posible dudar. Mucho tiempo he vacilado, pero ya no debia vacilar más desde el momento en que mis padres aprobaron mi eleccion.

—Dices bien; las hijas deben casarse siempre con la aprobacion de sus padres.

—¡Oh! yo, por mucho amor que tuviera, no me habria atrevido á contrariar á mis padres. Y tú, ¿cuándo te casarás?... ¿no has pensado nunca en eso?

—No... no he pensado, ó si he pensado alguna vez, ya no pienso casarme.

—¿Quieres vivir solo?

—Sí.

—Es muy triste vivir solo.

—Yo no estaré tan solo; allá en el pueblo tengo una familia numerosa, que me ama y necesita de mí.

—¿Tus enfermos?

—Sí, nunca estoy solo; paso el dia con ellos, y la noche pensando en ellos, en cómo aliviaré sus males, cómo arrancaré su presa á la muerte.

—Pero eso esa una vida de constante trabajo y sacrificio.

—Es cumplir con mi deber, y nada más.

—Te encuentro muy cambiado, Dimas; ya no eres conmigo franco, expansivo.

—Podrá ser como dices, pero te quiero tanto como ántes y como siempre, y todo mi deseo es que seas dichosa.

—Nada me satisface y me anima tanto como ese deseo tuyo. Por supuesto que seguirás siendo mi médico siempre.

—A no ser que se oponga tu marido. Ahora tú ya no tendrás más voluntad que la suya.

—El no se opondrá, porque yo nunca toleraría otro médico.

—No se opondrá, en efecto, si te ama como crees.

Y llegó el día anterior al señalado para el casamiento.

Cármen no podía darse cuenta de lo que sentía, pero sentía una vaga inquietud, una intranquilidad, un deseo de llorar, un tormento, en fin, inexplicable.

Acaso en aquellos momentos, los últimos de la vida de soltera, tenía un presentimiento de lo que la suerte le reservaba, de las penas que iba á sufrir su hermoso corazón.

Quería aparentar calma, y estaba aturdida, inquieta, y no contribuía poco á esta inquietud la idea de que Dimas no veía con gusto su casamiento. Esta idea la mortificaba mucho, porque Dimas debía tener

alguna razon poderosa para no alegrarse de su felicidad.

Cármén fué á buscarle á su habitacion.

—Dimas, le dijo, ¿vas á ser franco y bueno conmigo?...

—Sí, prima mia. ¿Qué quieres?

—Quiero que me digas si estás contento de que yo me case.

—Yo celebro tu alegría y participo de ella, porque el mayor placer para mí es verte contenta.

—Eso no es decir nada; eso es lo mismo que me dices siempre.

—Pues ¿qué quieres que te diga?... Yo te diré lo que quieras.

—A tí no te parece bien mi prometido. ¿Por qué? Tú debes tener algunas razones.

—Hija mia, habiéndole elegido tú por esposo, le respeto.

—Pero no le quieres.

—Si te hace feliz, sí le querré; pero ántes de saber cómo se conduce...

—Luego tú crees que puedo no ser feliz con él.

—¡Cármén, por Dios! yo no creo nada. ¿Quién puede asegurar que lo serás ó que no lo serás? Lo probable, lo lógico es que lo seas, puesto que le amas y eres buena; y si él no te amase, seria tan infame y miserable, y... tan villano...

—¡Jesus! me asustas, exclamó Cármén al oír estas palabras y viendo brillar los ojos de Dimas de una manera extraña.

Dimas se contuvo, serenó el semblante, y en sus ojos brilló otra vez la dulzura con que siempre había mirado á su amada prima.

—Perdóname, añadió, te quiero tanto que es natural que me indigne al suponer que podría haber un sér tan malvado que te hiciera desgraciada. Tú serás feliz, Cármen.

Pero Cármen no se tranquilizó. Dimas no aprobaba su casamiento, y esto la preocupaba profundamente.

Sus padres, que ya estaban ciegos hacia tiempo, notaron la inquietud de Cármen, pero la creyeron muy natural.

El casamiento era un acto de tanta trascendencia, que no tenía nada de particular que preocupase mucho á Cármen, la niña mimada de sus padres, la que nunca había tenido penas, la que no había visto en el mundo más que flores y sonrisas.

El casamiento se verificó, asistiendo como testigo el pobre Dimas, que sufrió aquel día el más horrible dolor, la más profunda pena; cuando, terminada la ceremonia, Cármen fijó sus ojos en los de su primo, vió brillar en estos dos lágrimas.

Y entonces lo comprendió todo intuitivamente; entonces comprendió cuánto la amaba el pobre Dimas.

El siguiente día volvió Dimas al pueblo, donde fué recibido con el mismo entusiasmo que si su ausencia hubiera sido muy larga.

Y se notó mucho en el pueblo que el médico pa-

recia muy distraído, y que se le oía algunas veces murmurar esta frase:

¡Pobre Carmen!

Y esto preocupaba mucho al cura y el pueblo entero, que temían que el médico se les volviese loco.

VIII

Ha pasado cerca de un año.

La madre de Carmen ha muerto, víctima de una enfermedad aguda. D. Julian vive solo, triste y enfermo. Carmen vive con su marido, pero ya no es aquella hermosa y delicada criatura, siempre dulce, expansiva, sonriente; es la mujer sin ventura que sufre profundos pesares y dolores sin fin, es la esposa mártir de un miserable.

Dimas sigue en el pueblo, amado y bendecido de todo el mundo.

Un día, el cartero le entrega una carta de Madrid: la carta es de su tío.

«Por Dios, dice, por Dios, ven apenas recibas esta carta. Mi hija, tu amada prima, nuestra querida Carmen, se muere y clama por tí. Ven, por Dios, hijo mío. Tu tío—*Julian*.»

Dimas se puso en camino inmediatamente; su tío le esperaba en el sitio donde paraba el coche.

—Vamos, dijo á su tío, vamos.

—Si supieras... Mi hija sufre mucho, mi hija se muere abandonada.

—¿Abandonada?... Pues su marido...

—Su marido es un infame.

—¡Ah! no me engañaba el corazón.

—Perdóname, Dimas, hicimos mal su madre que esté en gloria, y yo, muy mal, en no hablar á tiempo á Cármen de tu amor.

—Vds. no; yo fui quien se lo impidió á Vds, Pero, ¿qué pasa?...

—Cármen está de parto, y se muere, se muere.

—Pero, ¿no la asiste nadie?... ¿Su marido sabe que yo vengo?...

—Sí, lo sabe ya, y no se ha opuesto. Yo creo, Dios me perdone, que el villano cree que su mujer ya no tiene remedio.

Dimas y D. Julian llegaron á la casa de Cármen. Perico Guevara habia salido. Cármen estaba en el lecho asistida por un buen hombre, que era cirujano, y no de los más expertos, y un amigo de éste, cursante de cirugía. Al ver entrar á Dimas, el cirujano demostró notable satisfaccion, y respiró como quien siente que le quitan un gran peso de la conciencia.

Hizo salir á Dimas al gabinete, y le dijo:

—Celebro mucho que venga V., yo no puedo más, yo no he visto nunca un caso tan grave y no sé qué

hacer. Mi deseo es bueno, pero no puedo más. Dios quiera que pueda V. salvar á la pobre señora.

En efecto, Cármen se hallaba en un estado gravísimo. Hacia dos días que sufría horribles dolores, y parecía imposible que su delicada naturaleza hubiese resistido tan penoso sufrimiento. Vió á Dimas y se animaron sus ojos, y una inefable sonrisa se dibujó en sus labios. La presencia de su primo le daba confianza. Quiso hablarle, pero no pudo.

Dimas vió inmediatamente el peligro en que se hallaba Cármen, y se dispuso á hacer lo posible para salvarla, poniendo en Dios el pensamiento, y pidiéndole que le diera valor y acierto en aquel supremo trance.

Era indispensable hacer en aquel delicado cuerpo una dolorosa y arriesgada operacion que ofrecia pocas esperanzas de buen éxito por el estado de prostracion y decaimiento en que se hallaba la paciente.

Dispuso Dimas una bebida que reanimó á Cármen, y luego le hizo comprender lo que era preciso hacer.

—En tí confío, le dijo la triste, pero sobre todo salva á mi hijo.

Hablaron bajo Dimas y el padre de Cármen, y ésta, adivinando de lo que se trataba, llamó á su primo para decirle:

—No quiero que me duermas; no, no quiero que me evites los dolores, porque no quiero morir sin ver, aunque sólo sea un momento, á mi hijo. Por él todo lo sufriré, para todo tendré fuerzas.

—Píde á Dios que te acuda, Cármen, y espera y confía.

Y Dimas, que sufría tanto en aquellos momentos de angustia, sereno, enérgico, imperturbable, hizo la terrible operacion; Cármen quedó privada de sentido, mientras Dimas sostenía en sus manos al hijo de Perico Guevara. Dimas no pudo contener un grito. El recién nacido era horrible. Tenía la pobre criatura una cabeza enorme, unos pies desproporcionados, una prominencia en las espaldas, y el pecho abultado en demasía.

Aún no había vuelto de su desmayo Cármen, cuando entró el marido, que, después de saludar á Dimas, le preguntó con la mayor indiferencia:

—Y ¿qué es lo que nos ha nacido, lo que nos ha enviado Dios?...

—Vea V., contestó Dimas, y presentó el recién nacido.

—¡Diablol... me parece que no debemos estar orgullosos de nuestro hijo. Puede que con el tiempo sea un Apolo, pero no lo parece. Bien decía su madre, que en viniendo V. saldría de su cuidado.

Dimas hubiera ahogado de buena gana á aquel hombre.

—Y la madre, ¿está bien?... preguntó Guevara.

—Puede V. comprender cómo estará después de lo que ha sufrido. Yo no puedo responder de salvarla, pero sí respondo de hacer todo lo posible. La pobre criatura que acaba de nacer, si vive, necesitará mucho el cuidado y el amor de su madre.

—¿Por qué dice V. eso?...

—Porque creo que será muy débil y enfermizo, y desdichados los niños de esa condicion que no tienen madre... Pero no debo separarme de ella, y vuelvo á su lado.

La criada de la casa, ayudada por Dimas, abrigó al niño. Allí habia un abandono extraordinario. Faltaba todo lo más preciso; faltaban amigas cariñosas que cuidaran á la enferma; D. Julian, interpelado por Dimas, dijo á éste:

—Si mi hija no se trata con nadie, si desde que se casó vive sola, aislada... Ya te contaré, ya te contaré.

Tambien á la criada que envolvía al niño, le pareció éste bastante desgraciado, y D. Julian no pudo ménos de exclamar:—¡Válgame Dios!... este niño es jorobado.

El día siguiente, la madre, al ver á su hijo, no reparó en su deformidad, y con una celestial sonrisa, le besó, diciendo:

—Bendito seas, hijo mio, bendito seas, y benditas las largas horas que he padecido para que tú nacieras. Hijo mio, ya no estaré sola en el mundo, ya seré fuerte para sufrir, ya no me arredra nada, ya no quiero morir para reposar; no, no; quiero vivir y padecer mucho por tí, alma mia, por tí. ¡Ya soy madre!...

Dimas la hizo callar, recomendándola el más absoluto reposo, y Cármen obedeció.

Después de quince mortales días de temores y esperanzas, Dimas dijo que á no sobrevenir algo anó-

maló é inesperado, Cármen se salvaria, y el chico, aunque débil y contrahecho, no parecia tampoco dispuesto á emigrar de este mundo, y la nodriza que lo criaba, miéntras la madre estaba en disposicion de hacerlo, aseguraba que podia ser el niño todo lo ruin de naturaleza que se quisiera, pero que tenia unas soberbias ganas de tragar á toda hora.

Un mes tardó Dimas en volver al pueblo, dejando á Cármen muy débil aún, pero ya completamente fuera de peligro inmediato. D. Julian le acompañó, deseoso de pasar con él tres ó cuatro dias y contarle sus penas.

Por él supo Dimas que Perico Guevara, no sólo no queria á su mujer, sino que la aborrecia. El que parecia tan noble y desinteresado cuando novio, resultó ser luego un trapisondista, que se habia casado con Cármen porque ésta le aportaba una considerable cantidad. Todo era en él engaño y fingimiento. Su fortuna era imaginaria, su amor mentira vil, su carácter, que tan dulce parecia, era iracundo, violento, injusto, insoportable. A los pocos dias de matrimonio comenzó Cármen á verle tal cual era; necio, soberbio, grosero, ateo, cínico, hipócrita y malvado.

Mis sensibles lectoras comprenderán el triste desencanto de la infeliz unida para siempre á semejante ente.

En pocos meses habia perdido en desatinadas jugadas de Bolsa y en sus vicios la dote de su mujer, y el mismo D. Julian comprometió en las disparatadas operaciones de su yerno una gran parte de su fortuna.

Cármén vivía sola; su marido no la llevaba á ninguna parte, y verdaderamente á donde él iba no podían ir señoras. Su vida era la más triste y amarga.

Era Perico Guevara tan incapaz de querer, que ni aún aquella mujer incomparable había podido conmover su corazón, aquella mujer que hubiera hecho la ventura de cualquier hombre de bien. Así, esperaba ella con ansia aquel hijo amado, que sería su consuelo único, su única alegría, la sola felicidad que ya podía lograr.

—Entonces, pensaba la desventurada, ya no me importará tanto que mi marido pase los días y las noches fuera de casa; yo estaré con mi hijo; no me preocuparán tanto los devaneos del padre de mi hijo, no sufriré tanto como sufro ahora. Ahora tengo miedo, tengo miedo á ese hombre; paso las noches desvelada, escuchando, y al más leve ruido ya pienso que ese hombre viene á ahogarme en el lecho; entonces, abrazada á mi hijo, dormiré tranquila, porque ¿quién se ha de atrever á matar á una madre que tiene en sus brazos á su hijo?...

Dimas no había formado muy ventajosa idea del novio de su prima, pero nunca hubiera creído que existía hombre de tan refinada maldad. Durante los días que pasó Dimas cuidando á Cármén después del parto, observó mucho á Perico, y comprendió que en aquel cerebro había algún trastorno, complicado con una lesión orgánica del corazón.

—Ese hombre, dijo á D. Julian, vivirá poco.

—¿Por qué lo dices?

—Porque le he observado, y creo que morirá repentinamente cualquier día que se agite un poco ó tenga alguna fuerte emoción, producida por la violencia de su carácter.

—Es triste pensar que esa es la única esperanza que puede tener mi pobre hija de vivir tranquila, ya que no venturosa.

—Sí, señor, triste esperanza por cierto. Y ¡ojalá no suceda ántes una desgracia!...

—¿Qué temes?...

—De un hombre así todo puede temerse. ¿No me dice V. que alguna vez ha proferido amenazas contra su mujer?

—Sí.

—¡Oh! estoy seguro que habrá sido algo más que amenazas. Su hija de V. habrá recibido algun golpe.

—¡Ah! ¡miserable!

—Y en él la enfermedad que padece aumenta y hace más temibles los efectos de su carácter, pero no atenúa su maldad. Si solamente á aquella causa pudieran atribuirse sus arrebatos, no sería, como es, hipócrita solapado.

—¡Pobre hija mía!

—¡Pobres de nosotros que tanto la amamos!...

—¿Y qué te parece el recién nacido?

—Querido tío, que es un desdichado.

—¿Vivirá?

—Puede ser: el amor maternal es muy poderoso, y Dios le permite hacer grandes milagros.

—Yo no puedo comprender cómo una niña tan

débil y delicada como mi hija ha podido sufrir tanto.

—El instinto maternal presta fuerza incontrastable, inmensa á las más débiles y flacas criaturas. Yo he visto algunos ejemplos en las clínicas de la facultad durante mis estudios.

IX

Cármén, á pesar de los malos tratamientos de su marido, á pesar del desamor que en él advirtió desde los primeros días de su matrimonio, todavía le juzgaba mejor de lo que era, todavía creía la infeliz que amaría á su hijo, que aquel inocente niño aplacaría su enojo, dulcificaría su carácter, movería su corazón á sentimientos más tiernos, más apacibles, más gratos.

Y este fué otro desengaño: el padre no amaba á su hijo, y claramente lo demostraba. apartándole cuando la atribulada madre se lo presentaba, y diciendo cínicas groserías á propósito de la raquítica naturaleza de la inocente criatura.

Y esto ofendió más que todo á la madre; más que los malos tratamientos, y las torpes injurias, y los soeces insultos, y hubiera mirado con horror y odio

á su marido si en su corazon pudiera caber el rencor, si su alma buena no fuera refractaria á todo lo que no fuese amor, nobleza y abnegacion.

Pronto llegó la catástrofe que Dimas [habia previsto.

Una tarde volvió á casa Perico más sombrío que nunca, más irritado; habia perdido en la Bolsa una cantidad de gran consideracion, atendido el estado precario de la fortuna de su mujer, que era la víctima de sus peligrosas combinaciones bursátiles. Carmen quiso calmarle, y sus palabras dulces, sus consejos, sus observaciones, llenas de resignacion y humildad, le exasperaban más y más, y tanto le exasperaron que, ciego de ira, fué á lanzarse sobre su víctima... Pero Dios, siempre justo, le hizo caer á los piés de Carmen, presa de horrible convulsion. Carmen, con su hijo en los brazos, corrió desolada á pedir auxilio, pero todo fué en vano. Su marido habia dejado de existir.

Su muerte fué, segun dijeron algunos periódicos, muy sentida, sin duda por los que no le conocian más que en visita, pero por su alma no subieron al cielo otras oraciones que las de la casta esposa mártir.

Dimas no podia alegrarse de la muerte de nadie, porque era bueno; pero al recibir la noticia, exclamó:

—Verdaderamente, ¿para qué estaba en el mundo ese hombre?

Y esta era la oracion fúnebre más generosa que podia dedicarle.

X

El difunto dejó no pocas deudas, y D. Julian las pagó con lo último que le quedaba, reservando únicamente la renta que le producía una casa en una calle extraviada, á una de cuyas habitaciones se trasladó con su hija y su nieto.

Cármén quiso que no quedase mala fama de quien había sido su marido, de quien era el padre de su hijo, y D. Julian fué del mismo dictámen. Hasta después de muerto recibió beneficios de su mujer aquel desdichado.

Cármén se consagró á su hijo, pobre ser á quien nadie quería más que su madre.

Todas las enfermedades de la infancia las tuvo aquel niño desventurado. Su rostro era, más que feo, asqueroso, plagado de granos, de pústulas, que le daban un aspecto repugnante. El cuerpo era un esqueleto, y las erupciones que le salían á la piel le hacían sufrir horriblemente. Cuando, rara vez, la cría la se atrevía á cogerle, no sin asco, el chico se desgañitaba, porque le hacía daño, aunque le cogie-

ra con cierto mimo; solamente su madre sabia cogérle sin hacerle mal, solamente en sus brazos callaba la encanijada criatura. Un día amanecía con ménos manchas en la cara, y la madre sentía una suprema alegría, pero le miraba, le llamaba... y estaba ciego. Pasaban días y seguía ciego; al fin abría los ojos, y el mismo día una erupción más fuerte que todas le convertía en un monstruo. Veíanlo los médicos, y todos quitaban á la madre toda esperanza de conservar aquella vida, y le propinaban medicinas costosas, que Cármen sólo podía obtener siendo gravosa á su padre, cuya renta era ya sobrado reducida. Y la incomparable madre vendía sus pocas alhajas, sus trajes, sus libros de música, sus recuerdos más queridos, para comprar la salud de su hijo, que cada vez estaba peor y parecía más próximo á su fin.

¡Cuántas veces ví á la triste por la calle, con su hijo en brazos, con los ojos escaldados por el llanto, con el semblante profundamente triste... que iba á la consulta gratuita de algun médico, ó á pedir bonos para que le dieran de caridad medicinas!...

Y al pasar á su lado, una mujer záfia exclamaba mirando al niño:

—¡Jesus! ¡qué criatura!...

—¡Vaya un engendro lucido! decía jovialmente un jóven á otro.

—¡Ay! ¡qué demonio! murmuraba una criaduela insolente.

Y la madre, oyendo estas exclamaciones, estrechaba en sus brazos al raquítico, y decía:

—¡Hijo, hijo mio, alma de mi alma! ¡todavía no somos tan desgraciados! ¡todavía tienes tú madre; todavía tengo yo hijo!...

Y todos los médicos de Madrid conocían ya á la pobre madre, y al verla entrar á las horas de consulta, movían tristemente la cabeza, como diciendo:

—Pero, señora, si ese niño no tiene remedio, si no le podemos curar...

Y sin embargo, pasaba tiempo, y el niño vivía, bien que los médicos aseguraban que no podía vivir, y ya tenía tres años, y todavía no podía andar, todavía le llevaba su madre en brazos siempre. No podía andar porque tenía un pié contrahecho, y para corregir aquella enfermedad era preciso un aparato que costaba una suma considerable.

Cármen no se desalentó: cogió el ya arrinconado bastidor donde bordaba cuando soltera, y lo puso en disposición de servir; vendió un traje, compró seda, oro y todo lo preciso para bordar una imagen de la Virgen, y, aprovechando todas las horas en que el niño dormía, renunciando ella al sueño, hizo un delicadísimo bordado que, por su perfección y buen gusto, nadie hubiera podido sospechar que era obra de quien tantas preocupaciones y tantas penas sufría, y tantas lágrimas derramaba. Obra parecía de mucho tiempo, no de breves días, hecha con toda comodidad y holgura, no con tanta zozobra y angustia.

Cármen estaba satisfecha de su trabajo, y casi se culpó de no haber acudido ántes á este medio para procurarse algunos recursos, como si la triste madre

hubiera estado ociosa alguna vez, como si el cuidado de su hijo le hubiese dejado tiempo que emplear en labores delicadas; pero se prometió trabajar en lo sucesivo y ser así ménos gravosa á su padre y á su hijo, porque la casita que su padre poseia ¿para quién habia de ser, andando el tiempo, más que para su hijo?

Cuando hubo terminado aquel primor de bordado, escribió una sencilla y conmovedora carta á la reina de España Doña Isabel II, ofreciéndole su trabajo, pidiéndole un socorro para su hijo, y entónces tuvo suerte la desdichada. La reina, cuya generosidad siempre ha sido grande y digna de una reina, y á quien nunca acudieron en vano los que la imploraban, y de ello pueden dar fe muchos que luego le han mostrado su agradecimiento volviéndose contra ella, le envió una cantidad mayor de la que necesitaba por el momento, y con la cual estaba espléndidamente pagado el trabajo que le habia dedicado la afligida madre.

Y Angel, que ya es hora de decir cómo se llamaba el pobre niño, tuvo su aparato para corregir la mala configuracion de la piernecita, que no tenia más que el hueso y la piel, y su madre experimentó una gran alegría al comprender que el niño podria andar con aquel auxilio, y que este ejercicio ayudaria á su desarrollo.

Pero la criatura era lo que se llama el *rigor de las desdichas*, y cuando se aliviaba de una dolencia, le acometia otra: sarampion, alfombrilla, escarlata,

todas esas enfermedades que envían á millares angelitos al cielo, se cebaron en aquel cuerpecito miserable, y por milagro divino, Angel, siempre á la muerte, vivía con asombro de todos, de todos, ménos de su madre, de su madre, que no podía creer que el cielo había de quitarle aquel hijo que tantas lágrimas y tantos terribles dolores le había costado.

Otras madres gozan pronto la alegría de oír á sus hijos pronunciar algunas palabras, gozan sus inefables sonrisas, sus graciosas miradas, sus tiernas caricias, sus donosos gestos; Cármen no tuvo tampoco esa dicha: Angel no se sonreía nunca, sus ojos no tenían esa viveza, esa gracia, esa inocente y encantadora picardía, digámoslo así, que tienen los de los niños de su edad; siempre estaban llorando, llenos de humor, amarillos, sin animación, sin vida; quería hablar la criatura, y no articulaba ninguna palabra, por más que su madre le repetía sin cesar algunas de inefable cariño; de su boca salía una especie de quejido que causaba pena oírlo. Era preciso tener un alma muy pervertida para no compadecer profundamente á aquella madre.

—¡Jesús! más valía que Dios se lo llevara, decían los que veían al niño; y algunos tenían la crueldad de proferir tales palabras delante de la misma madre, que le apretaba contra su seno y estampaba un beso de amor infinito en sus descoloridos labios.

XI

La esperanza habia renacido en el corazon de Dimas.

Viuda su prima, sin fortuna, sin otro apoyo en el mundo que su padre anciano, él podria ofrecerle el tesoro de amor que entero conservaba su corazon; y, sin embargo, cuatro años hacia que estaba Cármen viuda, y todavía Dimas, que habia venido muchas veces á Madrid, no habia hablado de su amor á la triste.

Era que Dimas comprendia que en el alma de su prima ya no cabia otro sentimiento que el amor maternal.

—Solamente, se dijo Dimas, hay un medio de que Cármen me ame al fin y acepte mi nombre: el que ame á su hijo y le salve de la muerte, ese sí que será amado por ella.

Dimas vino á Madrid otra vez, y fué á ver á Cármen, que siempre le recibia con alegría.

—Hacia ya tiempo, dijo á su prima, que no veia á tu hijo, y vengo por eso á ver los prodigios que en él ha hecho tu amor.

—Dios te pague la caridad, primo mio. Tú eres el único que se acuerda de mi hijo. Mírale; ya puede andar, aunque con trabajo; advierte cómo se le han mejorado los ojos: eso sí, me ha costado á mí pasar dias enteros con él en una habitacion oscura, porque este pobre niño no puede estar solo; siempre he de estar yo con él, y en cuanto me separo un momento se aflige de un modo el pobrecito... Parece que conoce que no tiene más amparo que yo en el mundo... ¡Oh! ¡cuánto agradezco á Dios esta pobreza en que me encuentro! ¡cuánto me alegro de haber sufrido tanto!... Porque si hubiera vivido llena de comodidades, en la sociedad, con muchos criados, con muchos medios, acaso mi hijo habria muerto, porque yo hubiera tenido que cumplir mis deberes de sociedad, y, aunque contra mi voluntad, hubiese dejado á veces á mi hijo confiado á otras personas... y habria muerto mi hijo, seguramente que habria muerto, dadas sus escasas condiciones de vida.

—Tienes razon; por tí únicamente vive tu hijo. Confiado al médico más eminente y celoso, ese niño no hubiera podido vivir.

—¡Ah! ¡cuán grato es para mí que á mí sola me deba la vida!

—Bien puedes vanagloriarte de ello.

—Ahora, los dias que está mejor, le enseño á leer.

—¿Cómo, si apenas pronuncia las palabras?

—Muy fácilmente; le señalo las letras y se las repito muchas veces, y así las va conociendo, y cuando pueda hablar ya las sabrá todas.

Y en efecto, Cármen le ponía delante el libro, le decía las letras, y él, según las oía, las iba señalando en el libro.

Pero ¡cuánto había costado á la madre este resultado!

Solamente ella podía haber empleado tan gran caudal de paciencia en aquella ímproba tarea.

Dimas admiró una vez más á Cármen.

—Nadie quiere á mi hijo; su mismo abuelo le compadece, siente sus males, pero no le ama.

—¡Pobre criatura! exclamó Dimas. Y acercándose al niño, le dió un beso.

—Gracias, Dimas, dijo Cármen; gracias por esa caricia á mi hijo: es el primer beso que recibe de los que no son los míos. Perdóname, yo creía que tampoco tú querías á mi hijo. Yo le enseñaré á que te ame y te respete, porque tú salvaste á su madre, y le salvaste á él en aquel tremendo y dichoso día de su nacimiento.

—Día terrible fué aquel para tí, Cármen; pero quizá lo fué más para mí. Tú, á lo ménos, tenías en medio de tus agudos dolores una esperanza risueña, tu hijo; yo no tenía ninguna esperanza, como no la tengo hoy, como no la tendré nunca...

Cármen calló y miró á su hijo, comprendiendo perfectamente lo que sentía su primo en aquel momento. El amor de Dimas no era un secreto para ella hacia mucho tiempo. El mismo día de su casamiento con Guevara adivinó el amor de su primo, y luego su padre se lo había referido todo. Sabía que por ella,

porque ella amaba á otro, habia renunciado la brillante posicion de catedrático, tan legítimamente ganada; que por ella habia ido á un pueblo infestado de horrorosa epidemia, buscando la muerte, y sabia, en fin, que por ella viviria él solo siempre, oscurecido en un pueblo miserable, debiendo haber brillado en el mundo en medio de las mayores eminencias de la ciencia.

Y apenas mucho á la jóven madre pensar que ya era tarde, que ya no podia amar á Dimas, porque su amor debia ser todo entero para la inocente criatura con tantas desdichas venida al mundo.

Cármen, despues de un momento, alargó su mano á Dimas, y le dijo:

—Seremos hermanos, Dimas. Dios lo ha dispuesto así. ¿Qué hemos de hacer sino cumplir su voluntad?

—Tienes razon.

—¿Vienes esta vez por muchos dias?

—No; he venido principalmente por ver á tu hijo.

—¿Te parece que podré esperar que vivirá.

—¿Quién puede dar respuesta á esa pregunta?

—Dios me favorece visiblemente haciendo eficaces mis cuidados; yo tengo mucha confianza.

—Tienes fe.

—¡Oh! sí; fe ciega; y esta es una gran ventura para mí. Nunca la fe en Dios me abandonó, nunca; por eso he podido sufrir tan duras pruebas. ¡Qué desgraciados deben ser los que no tienen fe! Los compadezco. Pero dime, hermano, querido hermano mio,

¿por qué no te trasladas á Madrid, donde tanto brillaría tu talento, donde tanto bien podrias hacer con tu ciencia?

—No, hermana mia, no.

—Te has condenado á la oscuridad, á la pobreza; has renunciado lo que habias ganado tan dignamente en una brillantísima oposicion...

—No hablemos de eso, Cármen. Yo tenia grandes aspiraciones, ambicion, ambicion legítima de glorias pero todo eso ha pasado. Estoy contento con mi oscuridad y mi pobreza. Para mí solo no necesito nada, todavía me sobra, y eso que en el pueblo las pagas son cortas y tardías; pero si no pueden pagarme con dinero, me pagan con afecto y agradecimiento, que vale más. Vivo bien, no lo dudes; puedo decir que vivo tranquilo, y esto me satisface enteramente; porque *vivir tranquilo* es ventura de que no gozan muchos que pasan en el mundo por muy dichosos.

.....
Dinas volvió al pueblo, como siempre, sin esperanza.

—¡Solo! exclamaba, ¡siempre solo!... Este es mi destino. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

XII

D. Julian, el padre de Cármen, estaba muy quebrantado de salud. La prematura é imprevista muerte de su esposa, á quien amaba mucho, la pérdida de su fortuna, el profundo pesar que le causó la desgracia de su hija, todos estos sufrimientos morales habian contribuido poderosamente á la ruina de sus fuerzas físicas. Una noche fué acometido de un ataque apoplético; felizmente su hija no se habia retirado aún y pudo acudirle; sin su auxilio, el pobre hombre habria muerto.

Pero el infeliz quedó paralítico á consecuencia de la enfermedad, y perdió casi por completo la inteligencia.

Quedó como un niño, y lo mismo que á un niño habia que cuidarle. Cármen tuvo doble trabajo, porque el paralítico no queria que otra persona se acercase á él.

Y otro dolor sufrió la atribulada madre: el paralítico, desde que estuvo en tan triste situacion, cobró odio á su nieto, y en cuanto veia á su hija con el niño

en los brazos, se impacientaba y hasta se ponía furioso. Era, pues, preciso evitar que el enfermo le viese, y ya puede el lector considerar cuánto aumentaría esta circunstancia el trabajo de Cármen para cumplir sus deberes de hija y de madre.

Dimas volvió á Madrid, al saber el estado en que se hallaba su tío, que había sido para él un verdadero padre, y considerándole incurable, y comprendiendo que era demasiado para Cármen sola el cuidado del nieto y el abuelo, se manifestó dispuesto á trasladar su residencia al lado del paralítico. Pero, ¿cómo podría vivir en Madrid?... Su tío apenas tenía lo absolutamente preciso; Cármen había de trabajar para aumentar, aunque poco, los recursos indispensables. El no era conocido en Madrid; su rasgo benéfico estaba olvidado; la cátedra provista ya, mediante nueva oposicion... ¿Dónde iba á encontrar medios de vivir?... Podría anunciarse en los periódicos como especialista para tal ó cual enfermedad, podría asegurar que curaba la tísia en media hora, y el asma en tres minutos, y el hígado en un segundo, y los inocentes enfermos acudirían al reclamo; pero esto, que á muchos les vale buenos cuartos, repugnaba á su carácter. El hacía de la ciencia un sacerdocio, no una industria muy parecida á la estafa. El médico, en estos tiempos de alta farsa, necesita rodearse de cierto aparato, tener amigos que le elogien en los periódicos, ir en coche corriendo por Madrid á toda hora, aunque no tenga ni un mal constipado que curar á nadie; el caso es que se le vea en coche á

escape; y tampoco le viene mal meterse á hombre político, porque entónces puede llegar á ser, con asombro de Esculapio, hasta gobernador de provincia, ó ministro del Tribunal de Cuentas, ó de Marina, que se han visto cosas más raras.

Dimas lo pensó mucho, y al fin resolvió establecerse en Madrid. Visitaría á los vecinos del barrio, á todos los pobres, y por poco que le pagasen, siempre le darian para vivir y ayudar á su prima, que tan escasa de recursos se hallaba para sus dos enfermos.

En el pueblo faltó poco para un motin: los pobres vecinos no querian que *les matase* otro médico que D. Dimas, y se oponian enérgicamente á que los abandonara; dejáronle marchar los vecinos, porque les prometió volver, en el desgraciado caso de que muriese su tío; y como, á juzgar por lo que él mismo contaba de la enfermedad del tío, éste no tenia remedio, pensaron que en breve le tendrían otra vez de médico de cámara.

Poco tardó Dimas en hacer sus preparativos: metió sus libros en un baul, y se puso... lo único que tenia, lo puesto. El pueblo entero salió á despedirle, deseándole pronto regreso, lo cual era lo mismo que decirle: —«Celebraré que reviente su tío de V.»

Aquellos vecinos eran por extremo egoistas; querian estar ellos buenos, y que se muriera el *resto de la Península*.

XIII

Ya está Dimas instalado en casa de su tío, con gran ventaja de éste, á quien asiste con filial cariño, y notable alivio de Cármen, que puede así dedicar á su hijo todo el solícito cuidado que necesita esta criatura. El bueno de Dimas se ha entretenido en escribir en doscientas tarjetas blancas lo siguiente:

*«D. Dimas Gomez, médico-cirujano, ofrece á V. su casa, calle de ***, núm. 101, cuarto principal.—Consulta todos los días, de diez á una, y los domingos para los pobres.»*

Y él mismo las repartió en las tiendas y en las habitaciones de la calle donde vivía, y esperó tranquilamente el resultado.

El día siguiente recibió muy de mañana á un hombre del pueblo, que se dijo vecino, como que en frente, al lado del cirujano-comadron, tenía un despacho de carne y embutidos, Dios sabe de qué.

—He recibido, dijo á Dimas, la tarjeta de V., y vengo á ver si tiene V. buena mano conmigo.

—¿Qué padece V.?

—Le diré á V.: el cirujano de enfrente, desde aquí se ve su tienda, junto á la mia, es un animal, aunque me esté mal el decirlo, y cada vez que me pongo en sus manos, hace conmigo una barbaridad.

—Le trata V. con demasiada severidad.

—No, señor, no, es muy bruto. Ya me ha sacado dos muelas, y vea V. cómo me ha puesto la boca.

—¡Ah! ¿es ese el padecimiento de V.?...

—Sí, señor.

—Entónces... yo soy médico.

—Bien, por eso vengo.

—Quiero decir, que no tengo costumbre de sacar muelas.

—¡Hombre!... pues, ¿qué clase de médico es V.?... ¡Hasta ahora sí que no me ha pegado V. á la pared!... ¿Conque tendré que ir á que otra vez me rompa don Roque las quijadas?...

Dimas necesitaba acreditarse y tener parroquia; dejó á un lado su dignidad profesional, y dijo al vecino:

—Vaya, veamos.

Y el enfermo abrió una boca enorme, y enseñó unas muelas que daba horror verlas. Dimas se espantó.

—Tengo la boca perdida, ¿eh?... preguntó el paciente.—Ese bribon de D. Roque...

En efecto, en aquella boca habia hecho horrores el cirujano D. Roque.

Dimas le examinó detenidamente, le dió una receta, le dispuso un régimen conveniente, y le aseguró que se mejoraría.

Cura fué prodigiosa la del vecino, que contó á todo el barrio el milagro que con él habia hecho don Dimas; todo el mundo celebró el fausto suceso, y sobre todo la mujer del paciente, porque cuando le dolian las muelas, sin duda se le aplacaba el dolor, ó lo distraia, zurrando la badana á su amada esposa, y desde que no le dolian, cesó en sus malos tratamientos, y se hizo amable, fino y obsequioso, con lo cual aumentó el número de sus parroquianos, y creció la prosperidad de su casa.

Pero la curacion del vendedor de embutidos sospechosos le valió á D. Dimas, ademas de dos gallinas y una docena de chorizos que le regaló la esposa, el odio más profundo é implacable del cirujano D. Roque, y sobre todo de la mujer de éste, que se llamaba doña Rosa, y debiera haberse llamado doña Roca, que habria sido el propio nombre en mujer que, como ella, tenia alma dura y empedernido corazon. D. Roque comprendió que su reputacion estaba en grave peligro, y que iba á perder todos los partos de la vecindad, que eran muy frecuentes; y era que la conciencia le decia claramente lo extraordinario de su ignorancia y su osadía, pues siendo el bueno de don Roque un simple sangrador, se habia atrevido á las más altas empresas facultativas, asistiendo á todo el que tenia la desgracia de llamarle, y enviando á la eternidad á no pocos. Desde el momento que un verdadero médico venia á hacerle la competencia, el lombre estaba perdido.

Pero no era doña Rosa mujer que se amilanara

tan fácilmente como su marido y tenía un arma poderosa para vencer, no digo yo á D. Dimas, que era un hombre sin malicia y á la buena de Dios, sino á todo el protomedicato que se hubiera puesto enfrente de su marido. Esta arma poderosa era la lengua. La de doña Rosa superaba á las famosas hojas toledanas, á los puñales de Albacete y á todas las armas conocidas. Nadie habia salido en el barrio ileso de la lengua de doña Rosa. ¿Cómo habia de resistir á sus golpes aquel mediquillo infeliz?... Ella le obligaria á marcharse de la calle, y del barrio, y hasta de Madrid.

No se crea que todo esto lo haria doña Rosa por el bien y el prestigio de su marido; seria no conocerla, porque ella, que no podia ver á nadie, á quien ménos podia ver era á su marido, de quien tenía la más desventajosa opinion, y á quien despreciaba altamente; todo lo haria por ella; por que no disminuyeran los ingresos en su casa, con lo que nada tenía que ver su marido, á quien habia acostumbrado á no quedarse ni con seis cuartos de una barba, y no le permitia más gasto que una cajetilla de siete cuartos cada siete dias.

Dimas tenía ya algunas visitas; y si las más eran gratuitas, por ser pobres los pacientes, en cambio le pagaban otras á tres ó cuatro reales, y un dia con otro podia ganar tres ó cuatro pesetas, que le venian muy ricamente para ayudar á los gastos de consideracion que exigia el estado del paralítico; no podia éste comer otra cosa que manjares delicados, y caros por consiguiente, y en invierno necesitaba mucho

fuego en la chimenea, y en verano habia de salir en coche á respirar el aire del campo.

Así pasó un año, un año de ímprobo trabajo para Dimas y de constante martirio, porque allí, al lado de Cármén, admirando su virtud, contemplando su abnegacion, se habia despertado en él aquel amor que habia sido la única esperanza de su vida, llegando á ser pasión abrasadora que ardia en el pecho violenta cuanto más queria sofocarla. Y Cármén tambien, aunque ni á sí misma lo decia, amaba ya al médico, enamorada de aquella alma tan noble, tan generosa, tan bella, y ambos pasaban largas horas de insomnio, pensando en su amor imposible, en aquel amor que era preciso ahogar en el corazon.

Cármén, cuando sentia los impulsos de su amor, se abrazaba á su hijo, y allí encontraba gran consuelo.

Para Dimas no habia consuelo alguno en el mundo; á nadie habia amado más que á Cármén; ningun alivio hallaban sus dolores; la fatalidad le habia condenado al aislamiento, á la soledad.

Y sin embargo, estos dos héroes que tan enérgicamente luchaban con la pasión que devoraba sus corazones, eran vilmente calumniados.

Doña Rosa se vengaba. La inaccion en que vivia su marido, sin matar á nadie, reducido á rasurar á los chalanés y trajinantes de la calle de Toledo, y á los aguadores de la Fuentecilla, habia disminuido considerablemente los ingresos en la casa, y era preciso lanzar de allí al incómodo rival.

Nadie en la calle ni en el barrio hacia caso del sangrador desde que habia venido por allí un médico de más acierto y mejores formas ; pero de la mujer de D. Roque todos hacian caso y á todos les gustaba oirla, porque era la única en diabólicas invenciones en desdoro del prójimo, y quitaba el pellejo á cualquiera con mucha más suavidad que su marido la barba á los chalanos de la calle de Toledo.

Y yo no sé qué singular encanto tiene la calumnia, que en oirla, y apadrinarla, y propalarla, se complacen aquellos mismos que no conocen á la persona calumniada ni de ella tienen motivo alguno de queja: la calumnia vertida por los impuros labios de la vengativa barbera fué creida y comentada, y corrió de boca en boca, de calle en calle, de casa en casa.

Doña Rosa hizo creer con sus risitas, sus medias palabras, sus reticencias y sus groseras indirectas, que el médico y Cármen eran amantes, que lo eran ántes de enviudar Cármen, y que el jorobadito era hijo de ambos; por lo cual el marido de Cármen habia querido matarla, y lo hubiese hecho á no ser porque se murió él, que siempre, decia doña Rosa, se muere el que más falta hace.

Y Cármen, á consecuencia de los embustes que contaba la sangradora, sufría soeces chanzas, que al principio no comprendía bien, porque en su alma buena no podia imaginar cuán grande es la humana perversidad, pero que al fin hubo de entender, llenándola de amargura.

Salía de casa con su hijo, y una vecina la detenía, pretextando deseo de saber cómo estaba el niño.

—¡Angelito!... yo creí que se le moría á V.; pero, hija, como su padre es médico...

—Su padre no existe, señora, decia humildemente la buena madre.

—¡Jesus! pues ¿quién me ha dicho á mí que su padre es el médico D. Dimas?... ¿No vive con V. don Dimas?

—Sí, señora, es mi primo...

—Ya me hago cargo. Pues, hija, como da la casualidad de que se parece tanto el niño á D. Dimas, no tiene nada de particular que una se equivoque sin querer...

Una viejezuela, vecina de la misma casa de Carmen, la detuvo un dia en la escalera para manifestarle la extrañeza que le causaba que una jóven como ella tan hermosa estuviese entretenida de tal suerte, viviendo con un hombre tan mal dotado por la naturaleza y tan pobre.

—Hija, póngase V. en mis manos, que yo le aseguro que en coche tirado por cuatro caballos ha de verse, y han de tener á V. envidia las grandes de España.

Cármén contestaba con la altivez de la inocencia ofendida á la miserable zurcidora, y ésta murmuraba:

—¡Ay, qué tonta es V., hija! ¡Perder así la hermosura!...

Y la infeliz madre quedaba allí derramando pre-

ciosas lágrimas, y pidiendo á Dios fuerzas para sufrir más.

Dimas ignoró todo esto mucho tiempo; corazón generoso, no podía imaginar que la calumnia inmundada se ensañase en quien, como Cármen, era digna de todo respeto, de admiración general.

Un día, un vecino, un gran *patriota* matón á quien había curado de cierta enfermedad, le encontró en la calle.

—Desesperado voy, D. Dimas, le dijo.

—¿Por qué?

—¡Hombre! eso no se pregunta; por mi mujer. Me ha hecho una perrada... Voy á hacer con ella...

—Calma, hombre, calma; vea V. lo que hace.

—Amigo, esto del matrimonio yo no lo puedo sufrir. Todos debíamos vivir como V.... V. sí que es pillo y lo entiende.

—¡Cómo! ¿qué dice V.?

—¡Hombre! hágase V. de nuevas. ¿Cree V. que no se sabe?...

—¿El qué?

—¡Canario!... que tiene V. su avío en casa.

—¿Mi qué?...

—¡Otra!... su *encalomo*, su arreglito... esa jóven... eso sí, ella es guapa... y parece muy buena... No se case V. con ella, porque en casándose será una culeb...

No acabó la frase el patriota, porque Dimas le sacudió tal bofetada, que el hombre fué á dar con la

cabeza en el guardacanton, y se le abrió en ella un boquete enorme.

Y allí estaba á punto doña Rosa, en la puerta de la barbería, que salió á la calle, alborotó, recogió al herido y le hizo entrar á que le curara su marido; y le arregló y vendó gratis la cabeza, porque doña Rosa estaba ya bien pagada con que se hubiera ocasionado el escándalo, que le daba largo que contar en daño del médico *entruso* en el barrio, como ella le llamaba.

Dimas supo entónces, cuando refirió á Cármén el suceso, todo lo que se decia de ellos, y todo lo que ella sufría.

—Será preciso separarnos, dijo la resignada madre.

—¿Y crees tú que por eso haremos callar á la calumnia?... No: la víbora nos ha mordido, y su mordedura es mortal. Somos inocentes; tú eres tan casta y tan honrada como siempre fuiste, y yo sé cumplir mis deberes. Bástenos la satisfaccion de nuestra conciencia, y despreciemos á esos miserables que, porque ellos no son capaces de nada noble y digno, están dispuestos siempre á creer que los demas son iguales á ellos, y desconocen el bien porque no comprenden más que el mal. No podemos separarnos; yo no puedo abandonar á mi tío; tú no has de irte de casa de tu padre.

No habia la calumnia dicho todavía su última palabra respecto de Cármén y Dimas. Todavía no se alejaba de allí el médico que tanto estorbaba á doña Rosa, y era preciso que el médico se fuera.

La calumnia es muy fecunda en recursos. Díjose en el barrio que el padre de Cármen se había opuesto siempre á los amores de esta con Dimas, pero que éste había logrado vivir en la misma casa de su amante, gracias á que el pobre D. Julian se había quedado lelo y paralítico. Y esta desgracia no era natural, sino consecuencia de algun brebaje que el médico le había hecho tomar.

—Puede, decían los más dispuestos á la benevolencia, que la hija no lo sepa, que no haya sido cómplice...

—Bien puede ser así, observaba doña Rosa; pero se me hace muy cuesta arriba creer que no sea sabedora ella también.

—Ella podrá ser muy mala, pero no lo parece, decía D. Roque, el matasanos, que en el fondo no era un mal hombre, y no tenía gran fe en la veracidad de su mujer.

—No hagan Vds. caso á este, que parece tonto, y lo es de capirote. Capaz será de decir que tampoco D. Dimas le ha dado al pobre viejo una bebida para entontecerle.

—No decía yo tanto, pero ya que lo dices tú, es verdad que no creo haya hecho tal cosa...

—Anda, hombre, anda, que una albarda merecias por simple, y por bruto, y perdona que te lo diga. Y si no fuera porque yo también *padexgo*, te estaría bien empleado que ese médico de los demonios, que ya te ha quitado todas las *vesitas*, te hiciera ir á San Bernardino.

La tremenda acusacion cundió entre el ignorante vulgo, entre la plebe inconsciente, como ahora se dice, tan dispuesta siempre á creer lo malo, sobre todo, si se trata de cosa que lastime á personas superiores, cuya superioridad conoce y no quiere confesar, y así Cármen y Dimas, tan buenos, de tan entera y acrisolada virtud, fueron tenidos por dos criminales, que habian hecho enmudecer á un anciano, matando su inteligencia, y paralizando su cuerpo, para poder ellos gozar tranquilamente sus impuros amores.

Dimas fué llamado ménos frecuentemente á visitar enfermos, y D. Roque vió con asombro que se acudió á él en algun caso de medicina, de que no entendia una palabra, prefiriendo los enfermos, sin duda, su ignorancia inocente á la ciencia criminal del tremendo médico, que seria capaz de los más graves atentados, á juzgar por lo que habia hecho con el desventurado viejo.

Y doña Rosa sintió un regocijo, sólo comparable al que debe sentir el demonio cuando se tope con ella en los infiernos.

Dimas traducia una obra de medicina para un editor, que le pagaba á dos duros el pliego de 32 páginas, con lo que venia á sacar un jornal de unos doce ó catorce reales, y esto le hacia tolerable la falta de visitas á peseta.

Habian pasado cuatro años más, cuatro años de amarguras y dolores para los pobres enamorados, que ambos lo estaban, aunque no se lo decian. Angel

estaba muy enfermizo, muy delicado, pero ya era un niño inteligente, y cuando sus males se lo permitían iba á la escuela, que estaba inmediata á su casa, bien que más que en la escuela aprendía junto á su madre, que como le habia enseñado á leer, le enseñó á escribir. Si le enviaba á la escuela era para que se fuera acostumbrando á ver gente, y porque en las horas que en ella estaba podia la triste dedicarse á sus labores tranquilamente, toda vez que no tenia que cuidar de no dejar al niño acercarse á su abuelo: ya recordará el lector que el paralítico habia cobrado odio invencible á la inocente criatura.

El niño no iba de muy buena voluntad á la escuela porque no era tratado con cariño por sus compañeros. Era el chico poco agraciado en verdad, tenia una pobre apariencia que acusaba su debilidad, y los demas chicos, dando pruebas desde tan tierna edad del mezquino espíritu que distingue á los hombres, abusaban de la flaqueza de su condiscípulo y tratábanle con despego y aún le maltrataban. Así se educa á los niños, y así se les hace hombres llenos de soberbia, intolerantes y mal intencionados: los padres de aquellos niños no les hacian comprender que la desgracia merece respeto y simpatía, que el mal ajeno debe compadecerse, y que todos somos hermanos...

Un dia, un chico, el más grandullon, ese grandullon que hay siempre en toda escuela, más torpe que los pequeños, y á quien no le entran las letras con cuchara, ni con sangre, ni de ningun modo, dió un

empujon al inofensivo Angel, y le hizo caer de bruces, lastimándose el niño en los labios y en la frente: Angel le reprendió por su brutalidad y le amenazó, el inocente, con que su mamá iria á contar al padre de su agresor el proceder de éste.

Y el chico bruto, que era digno hijo del patriota á quien Dimas tuvo que sacudir la tremenda bofetada, y que si no tenia memoria para aprender las letras, la tenia para acordarse de todas las barbaridades que oia en su casa y en la vecindad, le replicó estúpidamente:

—Sí, que vaya tu madre á decirlo eso á mi padre, y mi padre irá á decir á la justicia que tu madre ha envenenado á tu abuelo, y por eso está el pobre que se ha vuelto tonto, y no se puede menear.

Hasta los chicos repetian la calumnia inventada por doña Rosa.

Angel calló y se echó á llorar. Sintió impulsos de arrojarle sobre aquel insolente chicuelo; pero era tan débil... y ademas no comprendia bien todo el alcance de la horrible injuria que le habia lanzado al rostro el miserable. Lloró mucho y volvió á su casa con los ojos inflamados, y se arrojó en brazos de su madre, diciendo que no queria volver á la escuela. Por su mismo hijo supo Cármen la vil calumnia fraguada contra ella; habló á Dimas, y convinieron que era forzoso ceder y alejarse de aquella funesta calle, aunque hubiera de pagarse una habitacion de más precio que el en que se podria arrendar la que se dejaba.

Dimas buscó la habitacion en el otro extremo de Madrid, la halló al fin á los pocos dias, y convino con Cármen en efectuar la mudanza en la siguiente semana, pues aún habian de hacerse algunas reparaciones en la nueva casa.

XIV

Tres dias ántes del señalado para la mudanza, estaba enfermo Angel, y se habia quedado en cama; su madre le hacia tomar una medicina, cuando vió por la ventana del patio como una densa niebla. Abrió la ventana; no era niebla, era humo espesísimo, que entrando en la habitacion, hizo toser penosamente al enfermito.

—¡Fuego! gritó la madre, y envuelto en las sábanas, tomó en los brazos á su hijo.

—¡Fuego! se oyó gritar al mismo tiempo en el patio, y en las buhardillas y en la calle.

—¡Mi padre! ¡mi padre!... exclamó Cármen.

Dimas no estaba en casa; era imposible que ella sacase en brazos á su hijo y al paralítico.

—¡Oh! si mi padre no se salva, que se salve mi hijo, y luego vendré á morir con mi padre.

Y fué á salir por la puerta de la escalera, al mismo tiempo que, habiéndose abierto la que en el portal daba entrada á la cueva, las llamas llenaron el portal, y empezaron á prender en los peldaños de la escalera.

Cármen retrocedió, pero su hijo gritaba lleno de espanto; la incomparable madre midió el peligro; comprendió que dentro de breves momentos era imposible salir, y besando á su hijo, se lanzó á la escalera, y llegó á la puerta de la calle, y allí lo entregó á un soldado que llegaba en aquel momento.

—Ya estás en salvo, dijo; ahora que Dios te proteja.

Y volvió á subir la escalera, y por milagro de la Divina Providencia, no prendieron las llamas en su vestido.

—¡La Santísima Virgen me valga! decia Cármen corriendo á la habitacion donde, clavado en el sillón, estaba el infeliz paralítico.

—¡Padre! ¡padre! exclamó como si en aquel supremo trance hubiera de recobrar el enfermo la inteligencia, aquí vengo á morir contigo...

—Y el paralítico la miraba fijo, y luego miraba perezosamente en derredor, buscando, sin duda, á Dimas, que era con quien mejor se avenia el viejo.

Cármen, arrodillada delante de su padre, le besaba las manos y rezaba pidiendo á Dios que amparase

á su hijo, y apenas oía los gritos de los trabajadores y el fuerte rumor de las gentes que habian acudido al siniestro.

La habitacion del paralítico era la más retirada de la casa, pero ya el humo la habia invadido, y Cármen oyó gritar:

—¡Hay una mujer dentro!

—¡Y un viejo baldado!

—¡Aquí!... ¡aquí!... gritó la desdichada con el ansia de salvar á su padre y de salvarse, no por ella, sino por su hijo, porque sin ella, ¿qué seria de su hijo?

Y oía golpes en las paredes, y el resplandor de las llamas llegaba á la habitacion, y el paralítico respiraba trabajosamente en aquella atmósfera, y se agitaba convulsivamente en el sillón.

—¡No hay esperanza! Dios mío, te encmiendo mi hijo, exclamó Cármen, y al mismo tiempo empezó á caer la pared delante de la cual estaba el sillón del anciano.

—¡Cármen! ¡Cármen! gritó Dimas, y al mismo tiempo cayó un gran trozo de pared, y penetraron dos trabajadores que cogieron al enfermo, y por el hueco abierto en el muro lo pudieron trasladar á la casa inmediata. Cármen salió detras, y corrió á buscar á su hijo, que en brazos del soldado á quien lo confió la aturdida madre, estaba lleno de mortal angustia.

Dimas habia llegado oportunamente poco despues de comenzar el incendio, pero ya era imposible pene-

trar en el portal, convertido en una hoguera. En aquella angustia, Dimas recordó que á la habitacion de su tio se podria llegar horadando el muro de la casa que en la calle paralela correspondia con la que el incendio devoraba. Y habiendo dicho al arquitecto municipal que dentro de la casa habia dos personas que sólo así podrian salvarse, mandó aquel funcionario que los más hábiles trabajadores, á las órdenes del médico, horadasen la pared, como lo hicieron con el mejor éxito. Si un momento más hubiesen tardado, habrian hallado sólo dos cadáveres.

Cuando llegó la noche, la casa de D. Julian era un monton de ruinas; Cármen habia perdido lo único que tenia para su hijo, porque la casa no estaba asegurada á la sazón.

¿Cuál fué el origen del terrible incendio?...

La mujer de D. Roque y el grandullon de la escuela, hijo del maton á quien Dimas dió la merecida bofetada, eran los únicos que lo sabian.

XV

Nada se habia salvado del incendio; ni los pequeños ahorros que tenia Cármen, ni las ropas, ni los muebles, y de la casa sólo habia quedado el terreno donde estuvo edificada. Hasta la obra que Dimas estaba traduciendo se habia perdido, y era preciso comenzar de nuevo el trabajo.

Cármen no podia reedificar la casa, y pensó vender el terreno. Recordó que un amigo de su padre habia alguna vez manifestado deseos de adquirir la finca para derribarla y levantar otra, y fué á proponerle la compra del terreno.

Era el amigo de su padre un procurador que ya no procuraba más que por sí mismo, llamado D. Liborio Roldan, solteron, con fama de avaro y de rico. Recibió bondadosamente á Cármen, se mostró muy sensible á su infortunio, aceptó la proposicion de compra, pero manifestó que nada definitivo haria hasta pasados dos meses, por tener que atender á otros negocios perentorios.

—Pero como quiera, dijo á Cármen, que al fin

adquiriré la casa, y que V. tendrá necesidad de algunos recursos, puesto que todo lo ha perdido en el fuego, va V. á hacerme la merced de aceptar estos dos mil reales á buena cuenta.

Y se los puso sobre la mesa.

—Señor, yo no sé si debo recibir...

—Es lo ménos que puedo hacer por la hija de tan buen amigo mio.

—Confieso á V. que en estos momentos es un gran beneficio para mí poder disponer de esa cantidad, pero no me atrevo...

—¡Por Dios!... esos escrúpulos son muy honrosos, pero ningun favor hago á V. con darle este dinero, que luego descontaré de la suma total.

—Daré á V. un recibo.

—Como V. quiera.

Cármén bendijo la mano generosa que le daba aquel auxilio en tan apurado trance, y pudo instalar á su padre y su hijo en la nueva casa. Tambien Dimas logró que el editor de la obra, compadecido, le adelantase alguna cantidad por su trabajo, que volvió á empezar.

A los dos meses el paralítico se durmió dulcemente en brazos de la muerte.

Y llegó el tremendo instante, que tanto temia Dimas, de separarse de Cármén, á quien cada vez amaba con más pasion; pero no habia otro remedio. Era preciso evitar que la murmuracion y la maledicencia volvieran á ensañarse en la dignísima y amante madre.

Ambos habian sabido ahogar los impulsos del amor, más grande en Dimas á medida que aumentaba el infortunio de su prima, y tanto más firme en Cármen cuanto que cada dia tenia nuevas ocasiones de admirar la abnegacion, la pureza, el desinteres, el amor infinito del pobre médico.

Para ambos era igualmente dolorosa la separacion, pero ambos tenian la conciencia de su deber; los dos, cuando se trataba de cumplirlo, mostraban la misma enérgica y firme voluntad, y ya estaban de antiguo acostumbrados al sacrificio. Dimas fué el primero que habló de separacion.

—Duéleme, le dijo, que hemos de separarnos ahora para siempre.

—Sí, hermano mio, es preciso.

—¿Qué va á ser de tí?

—Dios me ayudará.

—Yo he pensado tanto, he soñado tanto... que alguna vez creia haber hallado medio de no separarnos.

—¿Cuál, hermano mio?

—Podríamos casarnos.

—¡Oh! ¡no! diria el mundo que ese matrimonio era consecuencia de que ántes habíamos olvidado nuestros deberes: ademas, yo soy madre, y todo mi amor debe ser para mi hijo, y todos los sacrificios yo sola los debo hacer por mi hijo, sin que éste deba á nadie nada. Es forzoso, como has dicho, separarnos para siempre. Sola, pobre, yo haré de mi hijo un hombre útil y honrado, si Dios nos conserva la vida

á los dos, y un dia podré decirle:—«Hijo mio, tu madre no ha gozado de su juventud, no ha tenido momento de reposo, no ha logrado un instante de ventura en tantos años, todo por tí, por salvarte á tí, porque tú vivas, porque tú la encuentres digna de tu amor, porque tú le debas vida, salud, instruccion, honra, todo, á tu pobre madre.»

—Eres una santa.

—No, hermano mio, soy madre nada más. Así entiendo yo el amor de madre, y así serán todas las madres en el mundo. Si yo no fuera así me consideraria la mujer más despreciable de la tierra.

Dimas volvió al pueblo donde tan buen recuerdo habia dejado, y el profesor que á la sazón habia le cedió el puesto y se trasladó á otro cercano. Aquellos vecinos habian tenido ya varios médicos durante la ausencia de Dimas, y ninguno logró simpatías allí donde no podia ser olvidado el que tanto hizo por todos en la terrible epidemia.

Y Cármén quedó sola con su hijo, que cada vez necesitaba más cuidados y gastos, pero á fe que habia quien se interesaba mucho por ella.

D. Liborio, el amigo de D. Julian, que tan oportunamente adelantó á Cármén dos mil reales á cuenta del producto en venta del terreno propiedad de la huérfana, la hacia frecuentes visitas, y siempre le ofrecia recursos, que Cármén no queria aceptar mientras aquella no se formalizara.

Un dia Cármén, decidida á que D. Liborio explicase por qué diferia la compra, le dijo:

—Amigo mio, necesito vender el solar. Mis recursos se acaban, el trabajo no me produce lo suficiente, y no quiero que V. me adelante más dinero.

—Yo siempre estoy dispuesto...

—Lo sé, y agradezco á V. sus favores, pero no me es posible admitirlos.

D. Liborio creyó llegado el momento oportuno, y descubrió á Cármen el secreto de la proteccion que le dispensaba; el viejo solteron estaba enamorado de la hija de su amigo, enamorado furioso, como se enamora un viejo que en su juventud no ha amado.

Ofreció D. Liborio lo que puede ofrecer un hombre como él, dinero, mucho dinero; pero Cármen rechazó indignada aquel amor de quien le hacia la injuria de suponerla capaz de venderse.

D. Liborio instó, rogó, suplicó, ofreció muchísimo dinero, una casa en el mejor sitio de Madrid, coche, comodidades de todo género, y cada nueva oferta indignaba más y más á la honrada mujer, que al fin mandó salir de su casa á quien tan miserablemente la ofendia.

—Señor mio, le dijo, hágame V. el favor de no volver por esta casa, si no es en el caso de que venga V. á formalizar el contrato de venta.

—V. pensará mejor lo que le conviene. No olvide V. mis beneficios.

—Ningun beneficio me ha hecho V.

—¿Cómo?

—Ninguno. Si V. ha de quedarse con esa propiedad mia, todo lo que ha hecho V. es adelantarme al-

guna cantidad en pago. Decídase V., pues, á terminar este asunto.

—Volveré, y creo que encontraré á V. más razonable.

—Es inútil que venga V. á otra cosa.

—Presumo que no será inútil.

—Si no termina V. el negocio de la venta, buscaré otro comprador, y devolveré á V. su dinero.

—Eso no lo puede V. hacer.

—¿Cómo no?

—Pruebe V. y veremos.

—¿V. me amenaza?

—No, pero considere V. que el amor á mi edad es una pasión más violenta, más vehemente que en la juventud; yo estoy enamorado de V., y este amor humillado, despreciado por V., puede convertirse en odio mortal. Soy muy rico; todo se lo doy á usted, todo...

—Preferiría morir en la miseria con mi hijo.

—Por su hijo de V. acepte lo que le ofrezco.

—¡Miserable! ¿Qué alma, Dios mio, es la de este hombre que invoca el nombre de mi hijo para proponerme la deshonra?... Salga V. de mi casa. Por Dios que nunca pude imaginar que tanta maldad y tanta hipocresía hubiera en el mundo.

D. Liborio salió desesperado y respirando odio y venganza, y Cármen comprendió que algo tenía que temer de aquel hombre,

Cada vez eran más escasos los medios de subsistencia con que podía contar. Su trabajo no bastaba;

Angel seguia siempre delicado, y ya le volvian á desahuciar los médicos, asegurando que no pasaria de los quince ó diez y seis años... La triste madre sufria sin murmurar una queja, se privaba del alimento ó lo tomaba malo y escaso para poder dar á su hijo manjares sanos y nutritivos, para que no le faltaran las medicinas, abrigo, libros...

Un dia se decidió á escribir á D. Liborio para recordarle su promesa de comprar el solar.

Acudió el viejo, afable, sonriente, y volvió á hablar de su amor, como si le complaciera hacer sufrir á la pobre mujer. Esta le rechazó, como siempre, pero humilde, haciéndole reflexiones amistosas y llenas de razon; insistió el viejo, y Cármen se vió precisada á emplear otro tono, el que convenia á su dignidad ofendida y á la avilantez de su ofensor.

—Cármen, dijo éste, V. desea acabar el asunto pendiente entre nosotros: yo tambien. V. elegirá lo que más le convenga: ó la riqueza, el lujo, el esplendor, la felicidad, en fin, ó la miseria y el abandono.

—Señor mio, yo no tengo que elegir más que lo que es mio; no quiero más que el producto de la venta de mi casa.

—Esa casa es mia ya.

—¿De V.?

—Si; en este papel lo ha firmado V.

—¡Oh! ¡qué infamia! exclamó Cármen.

—Usted misma se empeñó en firmarme ese papel la segunda vez, cuando la muerte de mi amigo D. Julian,

que tuve el gusto de adelantar á V. alguna cantidad.

—Yo firmé un simple recibo. En aquellos angustiosos momentos, yo no leí lo que V. había escrito, ni podía suponer á V., ni á ningún hombre, capaz de semejante villanía.

—Pues en este papel dice, que ha recibido V. de mí para sus alimentos diferentes cantidades en varias ocasiones, y que no estando satisfechas en determinada fecha, se entiende que pasa á ser de mi propiedad el solar.

—¿Y esa fecha?...

—Esa fecha ha pasado ya hace ocho días. El solar es mio.

—Cármén quedó anonadada ante aquella revelación. No acababa de entender bien lo que le decía el amigo de su padre; su conciencia se negaba á persuadirse de acción tan inicua...

—Por Dios, repita V. lo que acaba de decirme, dijo á D. Liborio.

Este repitió con singular complacencia la explicación.

—Tiene V. razón, repuso Cármén con el más profundo desprecio; la casa es de V., no se la disputo; es de V. como es del ladrón en despoblado todo lo que llevan los viajeros á quienes se lo roba. ¡Fuera de mi casa!... ¡Y quería V. que eligiera entre la miseria con mi hijo y la riqueza al lado de V.!... ¡Infame! No sólo me roba V. lo que es mio, sino que hasta ha llegado V. á creermelo capaz de ser tan infame como usted.

D. Liborio rugia como una hiena que siente en su cuerpo el contacto del hierro candente del domador, y Carmen tuvo miedo. Veía que aquel hombre, lleno de pasión, excitado por el deseo de venganza, iba á arrojarse sobre ella. Corrió al balcon, lo abrió, y dijo á D. Liborio:

—Si da V. un paso hácia mí, pido socorro, grito ¡*Ladrones!* y... no diré más que la verdad.

El viejo salió desesperado, ebrio de furor y de odio, no satisfecho todavía con dejar en la miseria á la madre desventurada.

XVI

No haré al lector la penosa narracion de los apuros, de las angustias que pasó Carmen para conservar, en los años más peligrosos para él, la existencia de su hijo. Trabajando todo el dia, trabajando la mayor parte de la noche, pasaba los años la incomparable madre, mal alimentada, peor vestida, sin un momento de calma, sin reposo, sin cuidar de su propia salud. Pero en medio de este incesante trabajo, superior á sus fuerzas de mujer, pero no á sus fuerzas de madre, Carmen gozaba en su misma angustia,

porque veía que su hijo vivía, que ella poco á poco iba triunfando en la batalla que había empeñado con la muerte, que no cesaba un momento de acechar y amagar á su hijo.

Y no cuidaba sólo de la vida material de su hijo; cuidaba también de la vida moral, de su instruccion; ella buscaba en los puestos de libros viejos los mejores para su hijo; ella, haciendo prodigios de economía, prodigios imposibles, pagaba las matrículas en la Universidad; ella, en fin, se opuso siempre á que su hijo procurase ganar algo sirviendo de amanuense á algun particular, porque esto le hubiera distraído de sus estudios.

Pero, pensará el lector, todos estos sacrificios los vería recompensados con el amor de su hijo, y esto hace venturosa á la madre más pobre y miserable. Es cierto; Angel amaba á su madre, pero tenía un carácter reservado y melancólico, efecto acaso de su pobre naturaleza, de sus constantes padecimientos, y nunca hallaba en él su madre la expansion del cariño apasionado, y no le extrañaba, no, ni se apenaba de la reserva de su hijo, porque á ella le bastaba para su satisfaccion hacer bien á su hijo, aunque él fuera insensible, aunque ni siquiera fuese agradecido.

Angel tenía alguna disculpa: le faltaba la virtud de la resignacion, que en tan alto grado poseía su madre, y la idea de que su figura sólo podía mover á risa á los malos y á compasion á los buenos, le mortificaba mucho. Esto le hacia receloso y susceptible en extremo; su madre previno los efectos de este ca-

rácter; con su instinto de madre se persuadió de que su hijo necesitaba tener algun afecto, alguna afición poderosa, algun gran estímulo que fuera bastante fuerte para mitigar su pena, para hacerle sobrellevar la desgracia; y se dedicó con incansable ahinco á desarrollar en su hijo el amor á los libros, el deseo de saber.

—El, se decia la madre siempre vigilante y previsor, cobrará aliento, se resignará á ser tan poco favorecido por la naturaleza, cuando se persuada de que la instruccion y el talento pueden hacerle más estimable, más digno del aprecio y de la admiracion de las gentes que si tuviera la apostura y gentileza que tanto envidia en los demas.

Y proporcionó á su hijo libros de historia, de bellas artes, de literatura, de todo, ménos de medicina, porque consideraba que hubiera sido para él una gran desgracia aficionarse á esta ciencia, cuyo estudio ha de ser tan penoso para quien goza poca salud. Y logró lo que deseaba la amante madre. Angel se aficionó grandemente á la arquitectura, y repasando en los libros las hermosas láminas que reproducian los grandes monumentos arquitectónicos del mundo, soñó con llegar á ser él autor de obras tambien grandes é impecederas.

—Qué gloria para mí, pensaba, si un dia las gentes se detuvieran admiradas delante de un templo, de un monumento maravilloso imaginado, creado por mí... Dirán: «El autor es un jorobado, un sér imperfecto, contrahecho; pero si su figura es raquí-

tica y miserable, su genio es grande, poderoso, tanto, que produce ese asombroso testimonio de piedra para admiracion de los siglos.» — Esta, esta es la única gloria que me satisface, esta es la que quiero obtener.

Y Angel se aplicaba extraordinariamente, y ya trazaba en el papel columnas, pórticos, frontis, escalinatas, y daba claro indicio de que efectivamente le sobraba genio para adquirir gloria en tan loable empresa.

Y en estos sueños de gloria, y visitando bibliotecas cuando se lo permitia su salud, y estudiando con ansia de saber, llegó Angel á los veinte años, con asombro de todos los médicos que habian tenido ocasion de asistirle, y con regocijo inmenso de su madre, que, con ser tan precaria su suerte, era venturosa pensando que habia logrado á fuerza de cuidados y desvelos, que sólo las madres pueden comprender y explicar, conservar la vida de un sér nacido en las más tristes condiciones y con una organizacion tan mezquina que luego se habia desarrollado imperfectamente.

Angel tenia un gran pesar; creia que para completar su educacion artística le hacia falta ver las grandes obras de arte; ver Roma, sobre todo; pasar allí dos meses, á lo ménos, uno siquiera... Cármen no podia sufragar los gastos de un viaje, y ademá temia mucho separarse de su hijo, creia que en cuanto se alejase de ella le sucederia alguna desgracia, y se horrorizaba pensando que Angel podria estar en-

fermo léjos de ella, abandonado en manos de personas extrañas, acaso en un hospital.

Habló de los deseos de su hijo con las pocas personas que trataba, y todas celebraron los propósitos de Angel, y le dijeron que efectivamente el viaje le serviría de mucho para su salud y para sus adelantos en la honrosísima profesion á que deseaba dedicarse, y en la que tanto prometia sobresalir.

Escribió Cármén á Dimas, y éste contestó que consideraba noble y digno de aplauso el deseo del artista, pero que tuviese en cuenta el estado de su salud ántes de decidirse á emprender el viaje.

Cármén temblaba por su hijo, lo mismo si emprendía el viaje, que si no podia emprenderlo. Si se separaba de ella, ¿á qué eventualidades peligrosas no se expondría?... Si no podia hacer el viaje, ¿qué sucedería apoderándose de él la tristeza?... Angel no tenia otra felicidad que la gloria artística con que soñaba; aquel viaje era para él toda su aspiracion, su más vehemente deseo.

Cármén tomó una resolucion. Se trataba de hacer nuevos sacrificios por su hijo, y ella siempre estaba dispuesta al sacrificio.

Salió un dia y fué á ver al miserable D. Liborio, que le robó su hacienda, y de quien no habia querido volver á acordarse. Iba con intenciones de suplicarle que le diera algo más en pago del solar, puesto que realmente no le habia dado más que unos cuatro mil reales, la mitad cuando el incendio, y la otra cuando murió D. Julian.

—Si ese hombre tiene un resto de conciencia, se decia Cármen, atenderá mis súplicas, y me dará un poco siquiera de lo que me ha robado. Con diez mil reales mi hijo podría estar seis ó siete meses en Roma, sería dichoso, realizaria su sueño.

El viejo avaro estaba muy enfermo, y acaso le mortificaba ya la conciencia, porque dió á Cármen los diez mil reales, bien que aprovechó la ocasion para que le firmara una cesion de la finca, algo más formal que el documento que por sorpresa le hizo firmar cuando murió D. Julian.

—¡Loado sea Dios! pensó Cármen, voy á hacer por mi hijo el sacrificio supremo; voy á separarme de él. Es preciso; se trata de su porvenir; no debo ser egoísta.

Angel creyó volverse loco de felicidad cuando su madre le dijo que iria á Roma; tan feliz era en aquel momento, que besó, acaso por primera vez, á su madre, y el desdichado no advirtió que al besar á su madre tocaron sus labios una abrasadora lágrima de la que le habia dado el sér, de la que todo se lo habia sacrificado. Angel parecia otro: expansivo, alegre, no pensaba en otra cosa que en su viaje; sus mejillas no estaban ya pálidas, sus ojos se animaban, su salud parecia, en fin, asegurada.

Y Cármen tambien participaba del gozo de su hijo, y no se paraba á considerar la ingratitud de éste, que con tanto anhelo deseaba separarse de ella, separarse de su madre, que habia sido esclava y mártir de su deber, que tantas penas habia sufrido, que

tan gran tesoro de amor ¡le habia consagrado... Ni siquiera habia manifestado Angel que iria más gustoso si su madre le acompañara en su viaje. El no pensaba más que en su gloria, en el renombre que alcanzaria, en el tributo de admiracion que todos tendrian que rendir á su talento... Soñaba que seria rico, que seria amado, que una mujer hermosa, por muy hermosa que fuera, se consideraria muy honrada con ser la esposa del gran artista... ¡Y en estos sueños no se acordaba de su madre!!

Dimas, cuando supo la resolucion de su sobrino, le escribió una carta, dejándole en libertad de enseñarla ó no á su madre.

«Piensa bien ántes lo que vas á hacer, le decia; piensa sobre todo si podrás prescindir de los cuidados de tu madre, y si no seria más acertado que dejases pasar algun tiempo más ántes de emprender el viaje.»

—¡Cosas de mi tío! se dijo Angel; como él es tan extravagante y se ha acostumbrado al rincon del pueblo, no comprende lo que es el afan de gloria, y presume que soy todavía un chiquillo como cuando él vivia con nosotros.

Y rompió la carta.

Llegó al fin el dia señalado para emprender el viaje; dia terrible para la buena madre, que, al mismo tiempo que gozaba en la alegría de su hijo, sufría angustia inexplicable y tenia sombríos presentimientos de que aquel viaje iba á ser fatal para su hijo.

Angel acarició á su madre, la aseguró que nunca se habia sentido en mejor estado de salud, y partió

lleno de ilusiones de gloria y de felicidad. Bendíjole su madre, hizo dolorosos esfuerzos para contener la explosión de su agudísimo dolor en aquel momento, y cuando se puso en movimiento el tren donde iba su hijo, ya no pudo más y cayó sobre el pavimento del andén privada de sentido. Angel la vió caer, pero el tren caminaba ya rápidamente, y en un segundo se perdió de vista.

¡Oh! si hubiera sido la madre la viajera y el hijo el que cayera desmayado en el andén, aquella no hubiera vacilado un momento, se habría arrojado del coche á socorrer á su hijo, sin pensar en el peligro.

XVII

Tres dias despues Angel estaba en Paris, y su madre recibia un parte telegráfico en que le anunciaba su llegada sin novedad. En Paris se detendria seis ú ocho dias para visitar los principales monumentos del *cerebro* de Europa, como ha llamado Víctor Hugo á aquel gran almacen de mucho bueno y de todo lo perverso.

El quinto dia tuvo una gran alegría: recibió carta de su hijo; mil veces la besó, y le contestó con

una larguísima, llena de consejos sobre lo que debía hacer para que no se alterase su salud, manifestándose muy contenta de que hubiera hecho el viaje, y acababa pidiéndole perdon si le parecia importuna y difusa en demasía en sus cartas. «Tú tienes, le decia, otro amor, el de la gloria del mundo; yo, hijo mio, no tengo más amor que tú, ni aspiro en el mundo á otra gloria que tu felicidad. Tú piensas en tu porvenir, en tu reputacion; yo no pienso más que en tí.»

Volvia Cármen algunos dias despues de llevar otra carta al correo, cuando llamaba á la puerta de su modestísima habitacion un venerable sacerdote, que á ella era á quien deseaba ver.

—Yo soy por quien V. pregunta, dijo Cármen.

—Lo celebro. Vengo á desempeñar un encargo muy grato para mí, que me complazco en el bien de mis hermanos.

—Escucho á V.

—¿Conoce V. á D. Liborio Roldan?

—Sí, señor, fué amigo, ó conocido, porque amigo no le puedo llamar, de mi querido padre, que en paz descansa.

—En nombre de ese caballero vengo.

—¿Y qué desea de mí?

—Desea que V. le perdone. El Sr. D. Liborio está moribundo; yo he recibido su confesion, y arrepentido del mal que hizo á V., movido de miserables pasiones, quiere reparar en lo posible el daño y restituir á V. lo que le pertenece legítimamente. En este pliego se hallan los dos recibos que hizo firmar á V. de cesion

de un solar en la calle de *** , donde él construyó luego una hermosa finca. Rompamos estos testimonios de una mala accion. En este otro pliego hallará usted treinta mil duros en que estima el solar, y ahora me hará V. el favor de firmar esta escritura de venta en debida forma. La finca construida por D. Liborio la lega á favor de un establecimiento de beneficencia.

—¡Bendito sea Dios, exclamó Cármen, que así mueve los más duros corazones á la piedad y el arrepentimiento! ¡Oh! ¡ya es feliz mi pobre hijo!

—D. Liborio desearia que V. misma fuera á llevarle el perdon á su lecho de muerte.

—¡Oh! sí, señor; iré á bendecirle y á expresarle toda mi gratitud.

—Pues no tarde V., porque le quedan pocas horas de vida.

—Ahora mismo.

Cármen fué á casa de D. Liborio, y llegó á tiempo de decirle dulces palabras de consuelo y de besar la descarnada mano del avaro, que murió tranquilo y venturoso, como que Dios le habia concedido espacio para arrepentirse de sus culpas. El lector adivina lo que pensó Cármen al verse dueña de aquella fortuna, que únicamente para su hijo la queria: pensó ir á Paris, á decirle: —«Toma, hijo mio, todo para tí; yo no quiero más que tu amor y un pedazo de pan que tú me des para vivir, no por vivir, sino por poder verte, cuidarte y amarte mucho tiempo.»

Inmediatamente escribió á Dimas, que sabia se alegraria de su buena fortuna, y le anunció su pro-

Imprimery Montaner

pósito, y el día siguiente al de la muerte de D. Liborio se dispuso á marchar.

Pero la amante madre no habia de tener momento de ventura que no lo acibarase la pena; una hora ántes de la salida del tren recibió un parte telegráfico, que decia:

«Señora: Su hijo de V. está enfermo y clama por su madre »

Y lo firmaba el dueño del modesto hotel donde se habia instalado en París el desventurado jóven.

Y aquel viaje que Cármen esperaba hacer llena de alegría, con la grata idea de la sorpresa agradabilísima que iba á dar á su hijo, lo hizo con febril impaciencia, con mortal inquietud, con inexplicable angustia...

¡Pobre madre!...

XVII

Llegó Cármen á París en el estado de ansiedad que puede imaginar el lector, y corrió al hotel donde debia hallarse su hijo.

—Ya no está aquí, le dijo brutalmente un criado á quien preguntó.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡mi hijo ha muerto! exclamó Carmen apoyándose en la mesa del despacho de la fonda.

—No, señora, no ha muerto, dijo el dueño, que entraba en el mismo instante: no está aquí su hijo de V., porque el médico ha creído que estaría mejor asistido en una *casa de salud*, y con su consentimiento ha sido trasladado. Está muy cerca de aquí, y yo mismo voy á acompañar á V. Yo he hecho por él cuanto he podido, y frecuentemente le visito. El pobre jóven se acuerda mucho de su madre, y él me suplicó que diera á V. aviso de su estado.

—Vamos, por Dios, vamos á donde está mi hijo.

Este se hallaba muy enfermo; cuando su madre le abrazó lloraba como un niño, y exclamó con apagada y penosa voz:

—¡Perdon, madre, perdon! Bien decia mi tio Dimas, sólo á tu lado podía yo vivir.

Cármén advirtió que le devoraba una fiebre fortísima: sus manos, sus brazos, su rostro, todo su cuerpo estaba cubierto de manchas y granos.

Animó á su hijo, cuando ella se sentia morir, aparentó serenidad, y se dispuso á hacer el último esfuerzo en la lucha que habia emprendido veinte años hacia con la muerte en defensa de aquel hijo desventurado.

El médico del establecimiento, al ver á la angustiada madre, que quiso tener con él una conferencia, dijo tristemente:

—Señora, ¿á qué ha venido V.?...

—Soy madre, señor; pero dígame V. la verdad, toda la verdad. Mi hijo...

—Su hijo de V. no tiene remedio.

—¿Va á morir?

—Sí, señora. Y en estos cinco días que le he asistido me ha hecho pensar muchísimo, me ha hecho comprender cuán pequeña y miserable es la ciencia del hombre. Yo he examinado cuidadosamente al enfermo; he reconocido la estructura de su cuerpo, su organismo, y me he preguntado muchas veces por qué medios sobrenaturales ha podido conservarse la vida de ese jóven.

—Señor, yo referiré á V. cómo ha vivido mi hijo, cuánto he sufrido, cuántos desvelos me ha costado, pero ántes oiga V. dos palabras. Tengo en mi poder más de ciento cincuenta mil francos, yo se los doy á usted si salva la vida de mi hijo, si le cura de esa enfermedad que hoy sufre.

—Señora, si yo le pudiera salvar, le salvaria, sin otra recompensa que la satisfaccion propia de un médico de conciencia; pero es imposible.

—Entónces, yo quiero que vengan otros médicos.

—No se acostumbra admitir médicos extraños al establecimiento, pero se hará una excepcion por complacer á tan amorosa madre. Desgraciadamente todo será inútil.

—¿Cuándo cree V. que morirá mi hijo?...

—Muy pronto.

—¡Oh! ¡Dios mio! yo, miserable, sin recursos, en la mayor escasez, he podido conservar la vida de mi

hijo, ¡y ahora que tengo tanto dinero, que puedo darle á mi hijo cuanto desee, no le podré salvar!...

—Señora, es imposible.

Antes de salir de Madrid, Cármen habia escrito á Dimas anunciándole la buena accion de D. Liborio y la enfermedad de su hijo en Paris. Y terminaba la carta pidiéndole, por Dios, que fuera á asistir á Angel. Dimas no podia negar nada á la mujer que tanto habia amado, por quien todo lo habia sacrificado, y se puso en camino, con gran disgusto del pueblo, que amaba mucho á su médico, pero no le perdonaba que se marchase á lo mejor. Quería aquel pueblo monopolizar por completo la ciencia de Dimas, y sin duda le parecia que este defraudaba empleándola en favor de personas que no pertenecian al vecindario, ni siquiera al término, ni aún á la provincia.

Cuando Dimas llegó á Paris, aún vivia Angel, y ya le habian visto notables profesores, que consideraron imposible que se salvara. Dimas opinó lo mismo que sus colegas.

Angel habia querido, como Icaro, volar con alas de cera, y habia caido desde la altura de sus ilusiones en brazos de la muerte. Ingrato y soberbio, habia desconocido que sólo el amor maternal habia podido defender su frágil existencia, y Dios le hacia comprender al fin la poderosa grandeza de ese amor incomparable.

Habia llegado Angel á París ardiendo en deseos de verlo todo, de admirarlo todo, y se habia lanzado á la calle, y dos dias enteros recorrió incansable las

suntuosas calles, las magníficas plazas, y se extasiaba en la contemplacion del lujo y la belleza de las mujeres, y nacian en él nuevos deseos, más ardientes, más arrebatadores y vehementes cada vez. Devorábale la calentura en aquella encantadora agitacion, y se creia, ¡infeliz! lleno de vigor y vida. El segundo dia retirábase por la noche, despues de muchas horas de andar, viendo maravillas, soñando glorias inexplicables, erguido como un gigante, y al pasar por el Puente Nuevo, un chicuelo, que tendria diez ú once años, pasó junto á él, y gritando: *¡En avant le bossu!* le dió un empujon y le derribó en tierra.

Angel perdió el conocimiento, y estuvo allí tendido un cuarto de hora. Cuando volvió en sí estaba helado; y su ropa empapada por la lluvia. Con mucho trabajo llegó al *hotel*; se sentia muy mal y creyó que iba á morir. Entónces se acordó de su madre, entónces comprendió que él sólo al calor y en la compañía de su madre podia vivir.

Cármen veia morir á su hijo, y no se separaba de su lado ni un momento; allí estaba serena, tranquila, animando al enfermo, consolándole, fortaleciéndole. Angel, cuya inteligencia era clarísima en tan supremos instantes, quiso recibir el Viático, despues de confesar sus culpas; Cármen lo dispuso todo para el solemne acto, y ella tambien quiso, como su hijo, recibir los Sacramentos.

—Si mi hijo muere, dijo á Dimas, yo tambien moriré. Dios ha unido indisolublemente su vida y la

mia. Yo tambien debia prepararme á morir. Por eso me ves tranquila, porque sé que no me separo de mi hijo; mi alma volará en pos de la suya, y Dios hará lugar á las dos juntas en el cielo, si lo hemos merecido.

—Cármén, por Dios, tú ya has hecho todo lo que una madre puede hacer por su hijo. Dios te ha concedido, por singular premio á tu amor maternal, que tu hijo viva mucho más tiempo que hubiera podido vivir sin ese verdadero milagro de la Providencia. Tu mision está dignamente cumplida y tú no debes morir.

—¡Oh! no creas que yo misma voy á darme la muerte en mi desesperacion. Nó, Dimas, nó; soy cristiana. Pero siento que mi corazon, que tanto ha sufrido, que tan destrozado está por los más agudos dolores, se romperá en este último dolor.

XIX

Era la alborada.

Dimas, que habia velado tambien junto al lecho de Angel, acababa de quedarse dormido.

Angel dormia, descansando su cabeza en el brazo de su madre, y esta besaba su frente.

De pronto el enfermo se estremeció, y abrió los ojos, fijándolos un momento en su madre.

—Hijo mio, murmuró esta.

Un sudor frio corria por las mejillas del enfermo, que se agitó en penosa convulsion.

—¡Hijo! repitió la madre.

—¡Madre! dijo Angel, y su pecho se levantó, su boca se entreabrió y exhaló un débil suspiro.

Cármén se abrazó al cadáver del jorobado, y dió un grito. Aquel supremo dolor fué el único que no pudo resistir su corazón de madre.....

En el cementerio de Mont-Parnase hay una losa

sobre la que se elevan dos cruces de mármol; en la losa se lee esta inscripcion en español.

CÁRMEN.—ANGEL.

1.º DE JULIO DE 1868.

Allí reposan juntos la madre y el hijo, Dimas consagró este recuerdo á su amada Cármén, y heredero de la fortuna de esta, por no haber otro pariente, todo lo dió á los establecimientos benéficos de Madrid, en nombre de Cármén, y volvió al pueblo, donde aún sigue, y ya no se quejan de él los honrados vecinos: porque ya no lo abandona nunca. Alguna vez le dice alguno:

—Pero, D. Dimas, veintitantos años hace que le conozco á V., y nunca le he visto reir, nunca le he visto á V. alegre; siempre hallo en V. la misma tristeza.

—Amigo mio, la tristeza es mi compañera y la amo. La alegría no sé lo que es. No le preocupe á V. mi tristeza, porque esta tristeza es el único encanto de mi vida.

II

LAS MADRES ABANDONADAS ⁽¹⁾

Entre todos los seres desgraciados, ninguno lo es más que la madre abandonada.

Entre todos los culpables, ninguno lo es quizá ménos que la madre abandonada.

La ley castiga lo mismo al asesino que al miserable que arma su brazo y le induce al crimen. El castigo es justo.

(1) Este trabajo se publicó en otro libro del autor, titulado *Caricaturas y retratos*, pero se le da cabida en este volumen, dedicado exclusivamente á *Las madres*, porque en él creo que tiene su verdadero lugar. Además, me ha movido á incluirlo aquí la circunstancia de que la edición del citado libro está completamente agotada.

Excepto *Las madres abandonadas*, los demás cuentos que contiene este volumen son completamente nuevos, y expresamente escritos para esta colección.

La sociedad castiga cruelmente en la mujer el pecado del hombre: la sociedad seria justa si castigase la culpa imponiendo la mayor pena al fuerte, sin el cual no hubiera podido ser culpable el débil.

Demostraré esta verdad.

La mujer ve en el hombre su apoyo, su guía, su porvenir; aprende que ha nacido para ser su compañera, para respetarle y amarle, para alentar su espíritu en las tormentas de la vida, para ser madre de los hijos que han de heredar su nombre y su honra, para enseñar á sus hijos las virtudes de su padre, para dar al hombre el hogar y la familia.

El hombre, que nace de la mujer, y despues debe la salud y la vida á la mujer, que cuando niño le cuida y le educa, cuando hombre le ama, y le alienta y le acompaña fiel en los días adversos, y cuando anciano le cuida tambien y le respeta y le sufre, sabe que la mujer no tiene más patrimonio que su virtud, ni más esperanza que el amor del hombre, ni más porvenir que el apoyo del hombre, ni otra recompensa que el amor y el respeto de sus hijos.

Y el hombre, que sabe todo esto, es el enemigo de la virtud de la mujer, el que la quita todo apoyo y toda esperanza, el que la abandona vilmente en medio de una sociedad que abre sus puertas para el fuerte que se hizo verdugo del débil, y las cierra para la víctima, cuya falta consiste en no haber sido tan criminal como el que le mostró el camino que condu-

ce al mal, aparentando conducirla por el camino del bien.

Merecerá perdon el hombre que, abandonado de sus semejantes, y al sentirse morir de hambre y ver morir á sus hijos, se arma de un puñal, y sale á sorprenderos y á robaros para vivir él y sus hijos un día más; lo merecerá el que, humillado, insultado, escarnecido, provocado por otro, le desgarrá el corazon en un momento de ciego furor; lo merecerá el hombre honrado que, convencido de la ingratitud de una esposa infiel y desnaturalizada madre, la ahogue entre sus brazos; pero ¿merecerá perdon el que roba el honor de una mujer—que no le ha hecho otro mal que amarle y considerarle hombre honrado,—y la paz á un padre anciano, orgulloso de la virtud de su hija, y la abandona al desprecio del mundo, dejándole para toda su vida otro sér inocente y abandonado tambien, que no tiene más culpa que la de haber nacido?

Pues entre los hombres honrados viven esos hombres tan culpables como el ladron y el asesino, que la sociedad, justamente agraviada, mata ó aleja de su seno.

¡Y esos hombres hallan mujeres honradas que admitan un nombre negado á otras mujeres que fueron honradas tambien!...

Quizás, cuando muere alguno de esos hombres, padres de hijos que no los han conocido, que tal vez imploraban la caridad pública en tanto que ellos gozaban próspera fortuna, la sociedad escribe en la lá-

pida de su sepulcro:— «*Hombre honrado, buen esposo, buen padre.*»

Tal vez el hijo abandonado de ese *buen padre*, al leer aquella lápida, vierte una lágrima abrasadora y siente oprimido su corazón, considerando qué felices son los hijos que conocen á sus padres, bien ajeno seguramente de que aquel *buen padre* es el mismo *padre desconocido* que halló en su vergonzosa fe de bautismo.

Pocos hijos vereis abandonados de sus madres, pero ¡cuántos hay abandonados de sus padres!

Es verdad que ningun amor iguala al amor de madre; porque se necesita toda la abnegacion de ese amor, todo el valor que dan á la mujer una caricia, una sonrisa, una lágrima del hijo de sus entrañas, para resignarse á vivir una vida de horribles desengaños y tristísimas memorias, para presentarse en el mundo señalada con el sello de la infamia, para consagrarse á velar por un ángel, que será hombre después y pedirá á su madre tal vez cuenta de su honra, ó mujer, y no hallará un hombre que quiera dar su nombre á la que ninguno tiene.

¡Oh! no es bien nacido, ni puede tener alma generosa y corazón sano, el que se atreva á ofender á una madre abandonada!

¡Pobre madre la que tiene que sufrir la humillacion de recibir del mismo ladrón de su honra una limosna para su hijo abandonado!

La ley suele obligar á un padre á que dé una limosna á su hijo; la ley debiera obligarle á merecer

en largos años de soledad y remordimiento el favor de que la madre y el hijo abandonados aceptasen su nombre.

Alfonso Karr ha escrito dos bellísimas páginas que titula *Les filles-meres*; copiaré uno solo de sus párrafos:

«Es una crueldad, dice el espiritual novelista, que una mujer burlada, que se decide á ser á la vez padre y madre de su hijo, á trabajar día y noche para sostenerle, á no comer si es preciso para que tenga que comer el hijo de su corazon; es una crueldad, repito, que esa mujer que se impone una obligacion heróica, obligacion de todos los dias y todas las horas, esa mujer, á quien todos deberíamos admirar y prestar decidido apoyo, sea rechazada en todas partes, humillada siempre, y siempre objeto de general desprecio.»

En todos los casos se ayuda al débil contra el fuerte, á la víctima contra el agresor; pero cuando se trata de una mujer engañada villanamente, la deshonra es de la víctima, no del asesino.

Algunos de esos hombres pretenden disculpar su felonía con una lógica tan egoísta y asquerosa como irritante.

Reconvenido uno, á quien conocí, por haber negado su nombre á su hijo recién nacido, contestó que su clase, su categoría y las conveniencias sociales no le permitían acceder á tan justa pretension.

Comprendo que haya un hijo que se avergüence de su padre. pero no que haya un padre que se

avergüence de serlo de un ángel recién nacido.

Yo no hubiera vacilado en firmar para aquel hombre una sentencia de alejamiento perpetuo de la sociedad, seguro de que en su alma no había ningún instinto bueno y generoso.

Se le observó que por qué no honraba al hijo redimiendo á la madre, y el cobarde contestó que la desigualdad de clases era un obstáculo insuperable para semejante posición.

¡Es decir, que hay desigualdad de clases para honrar á una mujer, y no la hay cuando se trata de deshonrarla!

Si esta lógica es uno de los adelantos de la civilización, pareceme que no podemos estar muy orgullosos que digamos con nuestra civilización.

¡Es decir, que la mujer pobre no debe culpar de su deshonra al infame que vino á turbar la paz de su hogar y á llevarla por un camino desconocido para ella, sino á su pobreza, á sus padres honrados, que no fueron nobles y poderosos y no la hicieron heredera de inmensos caudales, al Criador, que la hizo nacer en la humilde cuna del trabajo y la honradez!...

¿Puede darse ley más injusta, más irritante?

¡Pobres madres abandonadas, educad á vuestros hijos, amadlos, porque son vuestros hijos, y porque son más inocentes y más desgraciados que vosotras!

Pensad que las leyes de Dios son más justas, más equitativas que las leyes de los hombres; que

el amor que teneis á vuestros hijos os purifica del amor que tuvisteis á sus desalmados padres; que la noble heroica accion que cumplís, en medio de la sociedad que se aleja de vosotras, es meritoria á los ojos de Dios, y que la Providencia, benigna con el que repara sus errores, es inflexible con el rebelde á la voz del deber y de la naturaleza. ¡Oh, sí! ¡la Providencia castiga siempre al padre desnaturalizado!

¡Cuántos padres reconocen á sus hijos en la hora de la muerte!—Es que la voz del remordimiento no cesa, en esos supremos instantes, de clamar en la conciencia.

Antes de concluir quiero referir la historia de un loco, que murió no há mucho tiempo en un hospital, fuera de Madrid.

D. Pablo, que así se llamaba, había quedado huérfano, en los primeros años de su vida, en un pueblecillo de la costa y al cuidado de una honrada familia de pescadores. Criado á orillas del mar, se aficionó grandemente á la azarosa y noble profesion de la marina, y á los diez y nueve años hizo su primer viaje á las Antillas, á bordo de un navío mercante, siendo tantas y tales las pruebas que dió de arrojo y pericia, que pocos años despues una de las casas más fuertes de Cádiz le confió el mando de un buque que hacia las travesías más peligrosas.—En uno de los viajes que hizo el jóven marino tuvo ocasion de hallar en una pobre aldea, oculta entre peñascos enormes y elevadas montañas, una niña.

inocente como el sueño de un niño y hermosa como la virtud, de quien se enamoró locamente, y á quien logró inspirar un amor tan puro como sincero y desinteresado.

Durante un año, todos los meses hizo una visita á la enamorada aldeana, que nada le pedia, nada más sino que nunca la olvidara y nunca pasara por cerca de la aldea sin bajar á decirla: «¡Aún te amo, hija mia!»

Pero el marino pasó una vez á lo largo, por delante de las montañas que ocultaban la aldea, y el mes siguiente pasó lo mismo, y el otro tambien.

Uno de los comerciantes dueños del buque le habia casado con su hija, mujer más rica que hermosa.

D. Pablo dejó el mando del buque, y se hizo comerciante, y armador, y no sé cuántas cosas más; pero una sombría tristeza nublaba constantemente su semblante, y su carácter, ántes franco y expansivo, se tornó tétrico, receloso y duro.

Atribuíanlo las personas que le rodeaban á la vida tranquila y sedentaria en que habia entrado, tan opuesta á la vida de marino, que tan bien le habia probado desde niño.

D. Pablo no amaba á su mujer, y ésta, por su parte, no dejaba de conocerlo; así es, que sin oposicion de ningun género, volvió D. Pablo al mar, dejando en la ciudad á su esposa y á una hija que tenían.

Viajó durante catorce años, recorriendo los más

lejanos países, y volvió á Cádiz, cuando recibió la noticia de la muerte de su mujer, que dejaba una hija de diez y ocho años, por quien él debía velar.

Su melancolía no habia desaparecido en catorce años de caprichosos y variados viajes; siempre estaba sobresaltado, se creia muy enfermo, hablaba frecuentemente de la proximidad de su muerte, y todos los días encarecia á su hija los deseos de casarla pronto, para que al morir él no quedara sola en el mundo, expuesta á mil peligros y mil asechanzas.

Su hija tenia ya elegido dueño para su corazon, pero D. Pablo, que nada sabia, la destinaba á un pobre y honrado jóven, hijo de un antiguo compañero suyo.

Cuando habló á éste de su proyecto, descubrió el secreto de su melancolía incurable. — «Diez y nueve años hace, le dijo, que cometí una villanía, abandonando una pobre niña para casarme con la madre de mi hija; desde aquel día no he tenido uno solo de tranquilidad; por donde quiera que voy me sigue la sombra de aquella desventurada... Quiero casar á mi hija, porque una voz, que debe ser la del remordimiento, me dice que me amenaza un terrible castigo y á mi hija una gran desgracia. Puede ser que esta sea una preocupacion, pero es una preocupacion que hará horrible mi agonía... si en la hora de mi muerte no veo á mi hija esposa de un hombre honrado...»

Un mes despues preparábase la boda de la hija de D. Pablo: éste parecia más satisfecho, más tranquilo; el presunto novio no cabia en sí de gozo; se habia gastado un dineral en regalos y alhajas para la novia; su padre le habia comprado una preciosa casa de campo, en la que debia celebrarse la ceremonia.

Llegó la víspera del dia de la boda, y ambas familias, testigos, convidados, etc., se trasladaron á la casita de campo.

Pero amaneci6 el dia señalado; y todos se presentaron, ménos la novia, quien tuvo la atencion, para evitar suposiciones y conjeturas, de dejar una carta escrita en estos términos:

«Perdóneme V., padre mio; amo á otro hombre, y huyo con él hasta que V. consienta en concederle mi mano. V. es muy bueno para mí, y querrá mi ventura.»

—¡Oh! ¡la Providencia! exclamó D. Pablo al concluir de leer la carta.

Y salió desesperado, sin saber á dónde iba, al jardin, que daba entrada á la casa de campo.

Y al ir á abrir la verja, una mujer ciega, apoyada en otra mucho más jóven y extremadamente hermosa, se acercó diciendo:

—¡Señor, una limosna por Dios para esta pobre madre abandonada!...

D. Pablo se estremeci6, fijó los ojos en aquellas dos mujeres, y tendiendo sus brazos hácia ellas, cay6, hiriéndose el rostro con un hierro de la verja.

La voz de aquella madre abandonada era la misma voz del remordimiento que clamaba en la conciencia del marino.

La pobre madre estaba ciega, y no pudo conocerle; la hija no habia sabido nunca dónde estaba su padre.

La Providencia castigó á aquel hombre, privándole de la razon.

Los pocos años que estuvo en la casa de locos, los pasó llamando «¡hijos míos!» á cuantos niños veia, y arrodillándose delante de todas las mujeres.

III

LA SEÑORA MARIA

I

Por allá, hácia la calle de la Encomienda, en una travesía estrecha, olvidada del concejal encargado del ramo de empedrados, alumbrada por un farol á media luz, como que por allí no pasaba nunca el concejal que *corria* con el alumbrado, habia, hace tiempo, bastante tiempo, una tiendecita, con puertas coloradas, y en la que se entraba abriendo media vidriera, porque la otra media correspondia á un escaparate donde se presentaba á la vista del público el género de que estaba surtido el modesto establecimiento. Los chicos de la calle se pasaban las horas

muertas contemplando el escaparate, y admirando su contenido, y chupándose los dedos de gusto, ó, mejor dicho, de disgusto, porque no podían alcanzar sus manos á donde alcanzaba su vista; pero alguna que otra vez salía á la puerta la señora María, y preguntaba á los chicos: —Pero, demonios, ¿qué haceis aquí todo el día? ¿por qué no os vais á jugar á otra parte? Y los chicos la miraban, como diciendo: —Pero, señora, ¿por qué nos pregunta V. lo que sabe demasiado?—Y la señora María, con su benévola sonrisa, con su sonrisa de madre, entraba en la tienda y al momento salía con el delantal cogido por las puntas, como que allí traía lo que los chicos esperaban: estos empezaban á brincar en seguida delante de la señora María, y esta les repartía el contenido equitativamente, gozando ella mucho más que los mismos chicos, viendo con qué gusto se comían los pobres cosas tan buenas como las que se veían en el escaparate.

Figúrese el lector si los chicos podían decidirse á ir á jugar á otra parte, sabiendo que la señora María tenía tan buena y liberal costumbre.

Sin embargo, cuando veían venir por la callejuela y luego entrar en casa de la señora María á un chico guapo, bien vestido, seguido de un criado, que le traía los libros, los chicos de la calle se iban á la acera de enfrente, se quitaban de enmedio, como vulgarmente se dice, porque sabían demasiado que al señorito, así le llamaban, no le daba gusto verlos allí, y los solía llamar pillos y granujas. Y si hubiera sido otro, no se lo habría llamado muchas veces, por-

que le hubieran abierto la cabeza de un cantazo, que para ello eran muy abonados los favorecidos por la señora María; pero el señorito era nada ménos que el hijo de la mismísima señora María, y los chicos de la calle tenían demasiado apego y respeto, hasta cierto punto, á su generosa protectora, para querer incurrir en su enojo, que hubiera sido grande y trascendental, porque la señora María amaba entrañablemente á su hijo.

Aquella tiendecita, escondida en calle tan extrañada, era, sin embargo, famosísima en el barrio, y no habia quien no conociera á la señora María, que no podia salir á la calle, porque no daba un paso sin que le dijeran:—Vaya V. con Dios, señora María;—agur, señora María;—señora María, que no haya novedad;—y ella, es claro, tenia que contestar á todos estos saludos; y la mujer volvía á su casa, exclamando:

—¡Jesus! traigo la boca seca de tanto decir: agur; que V. lo pase bien; vaya V. con la Virgen.

La señora María tenia una reputacion muy fundada y justa de excelente mujer, que hacia muchas obras de caridad y siempre estaba dispuesta á dispensar un favor al vecino necesitado, á consolar á la esposa abandonada, á dar un consejo al marido que descuidaba sus deberes, y nunca se supo de ella que hubiese reñido con nadie, ni de su boca salia jamas una de esas desvergüenzas que todo el dia estaba oyendo á otras mujeres de rompe y rasga, alguna de las cuales muchas veces quiso provocar á la señora

María y buscarla la lengua, pero sin éxito, porque la señora María se pasaba de prudente; y no porque no tuviera su geniecito, sino porque, como ella decia, la que tiene casa abierta ha de estar bien con todo el mundo, y ha de hacer muchas veces la vista gorda y los oídos sordos para no chocar con persona alguna.

Pero todavía no he dicho qué tienda era la de la señora María.

Era una bollería, pero una bollería especial, donde no se vendia más que pan, bollos de todas clases, bartolillos, ensaimadas, roscones, y por San Antonio y San Sebastian, unos panecillos del Santo muy sabrosos, y por todos los Santos unos buñuelos de viento que no los hacen mejores en la más lujosa y refinada pastelería; pero no se despachaba vino ni aguardiente, porque la señora María no queria camorras y belenes en su casa, y sabia que donde se sirven *chicos* y *medios chicos* de Arganda y copitas de bala rasa, por fuerza ha de haber sus más y sus menos, y han de salir á relucir las navajas á lo mejor, y ha de frecuentar la tienda gente de mal vivir, que no da honra ni provecho y compromete el establecimiento; donde no hay vino no suceden tales cosas, y la parroquia es de gente honrada, por lo regular, que paga lo que toma, y no se está de conversacion en la tienda, y ménos habla de política, que tambien la política se les sube á muchos á la cabeza, como el vino, y es origen de reyertas y las consiguientes bofetadas, ó navajazos, que casos se han visto de darse de puñaladas dos amigos que no tenian sobre qué

caerse muertos, por si Espartero era un hombre de pelo en pecho, ó si lo era más Cabrera.

—Yo soy, decia la señora María, una mujer decente, aunque me esté mal el decirlo, y tengo bolle-
ría, y á mucha honra, pero no quiero tener taberna.
Si no hubiera ninguna no se perderia nada.

Por esto, y la honradez proverbial de la señora María, era esta apreciada y estimada por la buena gente del barrio; y ademas porque se sabia que allí todo era bueno, y habia mucho aseo, y no se hacian los bollos con mendrugos, y el pan no estaba fulto de peso.

La señora María era viuda; su esposo, un hombre muy de bien, murió por hacer una obra de caridad; bajando á socorrer á un infeliz que se habia caido en un pozo, tuvo la desgracia de que, cuando ya el otro estaba en salvo y él iba á subir detrás, agarrado á la maroma, se rompiese esta. Quedóle un hijo, en quien cifró toda su ventura, el mismo que llamaba *granujas* y *pillos* á los chicos de la calle que pasaban el dia delante del escaparate, esperando el reparto de bollos que solia hacer la señora María.

II

La señora María era una hija del pueblo; no había tenido educación esmerada, pero Dios la había concedido un privilegiado instinto y un corazón de oro. Todos los buenos sentimientos, todas las virtudes, todos los nobles impulsos los poseía la excelente mujer, que, habiendo sido hija ejemplar y esposa virtuosísima, era también madre amorosa, y en su hijo cifraba todo su orgullo, toda su ventura.

Para su hijo todo le parecía poco.

Cuando el niño era un mamon, no había en Madrid otro alguno con tanto gusto y con tanta riqueza vestido; finísimos encajes de Bruselas, batista de subido precio, terciopelo, seda, dijes de oro, gorritos que valían un dineral, todo esto le ponía la excelente madre á su hijo, deseosa de que todo el mundo fijase en él la atención y admirase tanto lujo.

El marido de la buena mujer, que la amaba mucho, la dejaba hacer y pagaba con gusto la locura de su esposa, porque verdaderamente era una locura aquella exageración del lujo. Por fortuna, el bollero

era muy rico, y no tenia necesidad de contrariar á su mujer en su disculpable vanidad de madre.

—¡Jesus María y José! le decia una amiga, al ver al chico tan elegante, tu hijo parece un príncipe.

—¿De veras? Pues aún no parece lo que es.

—Pues, ¿qué es tu hijo?...

—Rey; figúrate tú si le estará mal ese lujo. Hasta que le saque á la calle con corona y manto... añadia jovialmente.

Fué el niño creciendo, y continuó la madre en su costumbre de vestirle con una riqueza extraordinaria, que á la verdad, sentábale á las mil maravillas, porque era el niño de lo más bonito que es posible imaginar.

Tres ó cuatro años, el dia de la procesion de Minerva de San Lorenzo, lo llevó su madre vestido de angelito, y el director de la procesion se creyó en el caso de evitar que el niño fuese robado en la carrera, pues las alhajas que llevaba encima forzosamente habian de excitar grandemente la codicia de tantos aficionados á lo ajeno como suelen concurrir allí donde hay gran gentío, y por consiguiente más *fácil* *facilidad* de ejercer su industria. Y el niño iba llevado de la mano por su madre, y al lado dos granaderos de los de la escolta, cuya consigna era no quitar ojo de la criatura.

Y en aquella época, la gente del barrio, en cuanto llegaba la tarde de la solemne procesion, se echaba á la calle con el afan de ver *cómo iba* el hijo de la bollería, y en muchos dias no se hablaba de otra cosa

que del lujo del muchacho, desde la plaza del Progreso al portillo de Gilimon. Y esta era una satisfaccion inmensa para la venturosa madre.

En el mejor colegio de Madrid aprendió el lindo Teodoro á leer y escribir, y la señora María pagaba al maestro mucho más de lo que éste tenia establecido, porque así se le figuraba sin duda á la buena mujer que enseñaria mejor á su hijo. Y no aprendió poco el chico, que no tenia nada de torpe, mas al mismo tiempo que empezaba á ilustrarse, comenzaba á desarrollarse en él un gravísimo defecto, el de la vanidad. No tenia el muchacho la culpa, sino la señora María, que, ciega por su amor de madre, habia sido la causa principal de que su hijo se creyera superior á los demas.

La mejor habitacion de la casa, la más elegantemente puesta, era la de Teodorito; un criado le acompañaba y le servia; su traje era siempre irreprochable, y tenia muchos más de los que necesitaba: desde que llegó á los diez años tenia reloj magnífico, de gran precio, y la constante preocupacion de la entusiasta madre era imaginar sorpresas agradables, delicados obsequios para su hijo.

No comprendia la sencilla mujer que así no hacia otra cosa que alimentar la vanidad de su hijo.

—Mi hijo, decia, ha de ser el primero en todo; todo el dinero que mi marido nos dejó ha de ser para él, y poco he de poder ó he de lograr que sea un hombre que ninguno le aventaje. Dicen que aquí, para ser todo lo que hay que ser, es preciso ser abo-

gado. Pues mi hijo ha de ser abogado, y si Dios me da salud le he de ver ministro, y se ha de casar con la más bonita y la más rica de Madrid. Su padre trabajó mientras vivió, y yo trabajo ahora para él, para que él no necesite á nadie, y no tenga necesidad de ser bollerero. ¡No faltaba más sino que no tuviera otro porvenir mi hijo!

Los chicos de la calle habian calificado perfectamente al hijo de la señora María, llamándole el señorito, y fueron tambien los primeros en notar su vanidad. Por eso no se permitian bromas con él y se mantenian á respetuosa distancia cuando le veian, así como en cuanto veian á su madre se acercaban y la rodeaban, confiados y agradecidos, como los polluelos se acercan á un bienhechor conocido que les reparte con amor migas de pan.

III

La señora María no cabia en sí de puro gozo.

Ya estaba su hijo en la Universidad estudiando Derecho, y en camino, por consiguiente, de ser ministro; ya era un apuesto jóven, un hombre, que sabia más que Brijan, y reprendia á su madre, con gran

gusto de esta, cuando le oia decir *haiga ó diferencia*, ya iba á la Fuente Castellana, jinete sobre magnífico alazan, y ya tenia abono, con otros amigos, en un palco del teatro Real.

—No hay mejor mozo que mi hijo, decia la señora María, no hay quien se presente como él; á ver, que vayan luego diciendo que un hijo del pueblo no puede tener elegancia, distincion y todas esas cosas de la gente de tono. Y en cuanto mi hijo acabe la carrera le pondré coche con dos caballos, que para eso hemos estado sus padres vendiendo bollos toda la vida.

Y vean Vds. lo que son las cosas, y lo que es criar mal á los hijos; aquello mismo que consideraba un gran mérito la señora María, lo consideraba muy de otro modo su hijo. Staba la bollera muy ufana de haber hecho honradamente tanto dinero vendiendo bollos, y Teodoro no tenia otro pesar que el de su origen. Para un hombre de sus pretensiones era una gran desgracia ser hijo de un bollero. Aborrecia los bollos, pero le gustaba mucho el dinero que habian producido y producian los bollos. Y tanto aborrecia los bollos, que no queria verlos, y siempre que entraba en su casa ó salia, salia ó entraba por el portal, no queriendo pasar por delante de aquel vetusto mostrador lleno de bollos de todas clases, humeando todavía, como acabaditos de salir del horno. Cuando tenia que dar las señas de su casa, decia: «Calle Tal, número tantos, principal;» omitiendo siempre nombrar la famosa bollería á la que debia toda su fortuna.

Pero llegó día en que el aprendiz de jurisconsulto creyó que tampoco estaba bien que tan ilustre persona como él viviese en una callejuela excéntrica, en un barrio de gente pobre y trabajadora, y en una casa de tan modesta apariencia, con el portal empedrado y sin portero, y la escalera alumbrada por una candileja, luciendo delante de una imagen de San Antonio bendito, y propuso á su madre la traslacion á mejor sitio.

—¿Mejor sitio que este, donde hemos hecho nuestra fortuna? preguntó con asombro la señora María.

—Sí, pero esta casa tan vieja...

—En esta casa vivieron los padres y los abuelos de tu padre, aquí me casé yo, aquí murió tu padre, aquí naciste tú.

—Pero, mamá, por eso no se ha de vivir en las casas eternamente.

—Pues, hijo, yo en todo quiero siempre darte gusto, pero nunca me atreveré á dejar esta casa. Aquí todos nos quieren, todos nos ayudan á enriquecernos...

—Pero ¿V. piensa tener toda la vida esa... tienda?

—¿La bollería?... Pues ya lo creo. Parece que lo dices de una manera...

—Sí, mamá, sí; lo digo de esa manera, porque creo que ya debíamos prescindir de... ese comercio...

—¿Dejar la bollería?...

—Ya somos ricos.

—¿Y por qué no lo hemos de ser más, si podemos lograrlo sin perjuicio de nadie, á satisfaccion de todo

el mundo?... Pues hazte cuenta de que si yo quiero continuar con la bollería es por tí solito...

—Pues por mí...

—Hijo mio, me da pena oírte, porque ó no sé lo que me digo, ó no te entiendo, ó tú desprecias el trabajo de tu padre y el constante afán de tu madre por aumentar el caudal para tí.

—No, señora, eso no; pero mi posición... pronto seré abogado, adquiriré gran número de relaciones entre personas importantes...

—Sí, sí, tendrás razón; yo seré una tonta, pero, ¿qué quieres?... no me decido á abandonar esta casa, y ménos á dejar este honrado modo de vivir. Te confieso que no creí que tú habías de tener esas ideas, y que hoy me has dado una pena muy grande, muy grande.

La pobre madre, que tanto habia hecho por su hijo, empezaba ya á sentir los pesares que su hijo le daba en pago de sus desvelos.

Teodoro no volvió á hablar de sus vivos deseos de salir de aquella calle y de aquel barrio; pero su madre, con el instinto que tienen las madres, comprendió que en aquel silencio, en aquella conformidad de su hijo habia algun misterio. Pasaba la mayor parte del día fuera de casa; faltaba muchas veces á la hora de la comida, y cada semana dejaba de venir algunas noches. Estas ausencias nocturnas las supo la señora María por una criada á quien despidió. La doméstica, queriendo dar en aquella circunstancia un disgusto á la que le habia favorecido, le contó que el

señorito no venia á casa de noche, ó cuando venia, se iba apenas se recogia su madre.

La señora María sintió agudísimo dolor, que ya no pudo tener duda de que su hijo cometia una mala accion, procurando estar el ménos tiempo posible al lado de la que le habia dado el ser. Pero quiso saberlo todo, y comisionó á persona que siguiera un dia á su hijo.

Este no conocia á la persona encargada por su madre de seguirle. Teodoro salió una mañana de su casa y se dirigió á la Carrera de San Jerónimo, y entró en una casa de buena apariencia, donde luego entraron algunos otros jóvenes, y tres horas despues salieron los que habian entrado, y Teodoro con ellos.

El espía llegóse á la portería de la casa, y se paró delante del portero, que estaba leyendo un periódico:

—¿Qué quiere V.?... ¿A dónde va V.? le preguntó el portero.

—Voy al cuarto de donde han bajado ahora esos jóvenes que acaban de salir.

—¡Ah! á casa de D. Teodoro... Es inútil; no hay nadie.

—Entónces no subo. ¿Es el segundo piso?...

—No, señor, el entresuelo; pero á V., ¿qué le importa? añadió el portero sospechando algo.

—Nada, hombre, nada, ya me voy.

Volvió el emisario á la bollería, y dió á la señora María la noticia de que su hijo vivia nada ménos que en la Carrera de San Jerónimo, en un cuarto entresuelo de una casa de gran apariencia.

Ya no habia duda, Teodoro se avergonzaba de vivir en la casa donde murió su honradísimo padre, donde habia nacido él.

La señora María se sintió herida en el corazon por aquel ultraje, por aquella monstruosa ingratitud, y acabó de comprender el funesto error de su amor maternal, que habia hecho á su hijo vano, soberbio y criminal; que un crimen era pagar con tan negra perfidia el amoroso desvelo, los tiernos cuidados, el cariño inmenso de su madre.

IV

Teodoro tenia muy buen gusto, eso sí; el cuartito que habia tomado en la Carrera de San Jerónimo era la *chambre de garçon* más bonita que se puede imaginar, y la habia amueblado con mucho gusto. Habia allí cómodos divanes, un velador de mármol muy lindo, estatuillas de diosas mitológicas sobre la cómoda, un álbum de señoras hasta cierto punto, algunos libros en francés sobre el escritorio; en las paredes cuadros de cromos alemanes, representando mujeres desnudas, buenos tipos, en verdad, y que á lo ménos demostraban que al dueño de la casa le

gustaba lo bello, y en el testero de la salida se veía un trofeo hecho con dos tajantes y punzantes sables de duelo, unas tremendas manoplas, una daga y dos pistolas, objetos de gran estima, sin duda, pero que no eran los más propios para un abogado, que simboliza la razon, y de ningun modo la fuerza. Allí vivia Teodoro, allí le iban á buscar sus amigos, jóvenes todos de la mejor sociedad, alguno de los cuales sabia ya algo de lo mucho que Teodoro tenia que ver con la bollería, pero se lo callaba prudentemente por no perder la amistad de quien era en extremo pródigo y liberal con sus amigos, y daba buenos almuerzos y mejores cenas.

Para esto servia el dinero con tanto trabajo ganado por sus padres.

Una noche la señora María se armó de energía y se propuso ir á sorprender á Teodoro en su casa de la Carrera de San Jerónimo. La amorosa madre salió de su casa temblando como si fuera á cometer una mala accion, y temblando llegó á la casa. Allí dudó; pasó á la acera de enfrente y miró á los balcones del entresuelo. Era verano y los balcones estaban abiertos. Su hijo no estaba solo; habia con él cinco ó seis personas, que pasaban por delante de los balcones, y alguna se asomaba un momento, y el mismo Teodoro estuvo un rato recostado en el balcon y hablando con los de dentro.

La señora María no sabia qué hacer. ¿Llamaria á su hijo desde la calle?... ¿Subiria á su habitacion?...

—Sí, subiré, se decia; subiré y entraré, y delante

de sus mismos amigos le reprenderé su falta, para que sepan quién es su madre, para que ya no pueda negar en ninguna parte que es el hijo del bollero. ¡Dios mio! yo no podía imaginar nunca llegar á verme en este trance.

En la casa entraron unos camareros de fonda, y la señora María vió que entraban luego en la salita del entresuelo y disponían la mesa.

—Va á cenar con sus amigos, decía la infeliz madre, mientras yo sufro un tormento, una angustia... Todos me llamaban, y yo me creía, la madre más dichosa del mundo; ahora soy la más desgraciada, la más triste de todas... No, no; la más triste, no, porque mi hijo vive... Pero no he de ser madraza, como he sido hasta ahora. Ahora mismo voy á decirle delante de todos:—Mal hijo, ¿estás aquí más honrado que en casa de tu madre?

Y la señora María se dirigió otra vez al portal, y muy decidida entró, cubriéndose con el velo de la mantilla.

—¿A dónde va V., señora?... le preguntó el portero.

—Arriba.

—Lo creo, porque aquí no hay cueva y no se puede ir abajo; pero, ¿á qué cuarto?...

—Al entresuelo.

—Vamos, ya me hago cargo.

—¿No vive en el entresuelo D. Teodoro Gomez?...

—Sí, señora, sí, ahí vive; suba V., que yo... como si tal cosa.

—¡Dios mio!...

—Señora, ¿qué le pasa á V.?... preguntó el portero, asombrado de la exclamacion de la señora María. Parece que viene V. muy desconsolada.

—Mucho; sí, señor.

—Pues, hija, arriba están muy divertidos, y por las señas van á cenar en grande. Eso sí, D. Teodoro sabe gastar el dinero. Algo de la cena me tocará á mí, porque siempre me llama el señorito para que recoja lo que sobre. Así dejen esta noche riñones con tomate, que nunca se me logra comerlos, y tengo unas ganas de un plato de ellos... Desde que murió mi mujer no los he vuelto á oler.

—Tome V. un duro para que los coma V.

—¡Jesus! señora, ¿para qué se va V. á incomodar?... V. perdone, pero cuando entró V. no me figuraba que V. pudiera dar duros á nadie.

—¿Qué creía V.?...

—Francamente, creí que era V... vamos.... alguna mujer, alguna de esas... aunque me esté mal el decirlo...

—¿Vienen aquí mujeres tambien?...

—Le diré á V., aquí viene de toda clase de personas; en el segundo vive un médico, y en el tercero un prestamista... conque, digo, si vendrá aquí gente al cabo del día.

—Digo si vienen mujeres al entresuelo.

—Diré á V., lo que es al entresuelo, mayormente... yo estoy siempre en mis faenas... y á veces se me pasa la gente sin sentir... Pero, alguna vendrá, digo yo... Suba V., señora, suba V., que yo no entro ni

salgo, y muchas gracias por el duro. Suba V. cuando guste, entresuelo de la derecha.

—No, no subo, murmuró la señora María sollozando, y salió de la casa, dejando al portero lleno de confusiones, y diciendo:

—Aquí hay gato, no tiene remedio; hay gato, y gordo; pero, en fin, también hay un duro que me viene de perilla... Conque que *haiga* lo que *haiga*, á mí no me importa, con tal de que este duro no sea el último...

Y la pobre mujer se volvió á su casa, pensando que era una imprudencia intentar ver á su hijo delante de sus amigos.

—No me atrevo, no, pensaba; tengo miedo de perder enteramente el amor de mi hijo; acaso le habria irritado mi presencia en esa casa... acaso, no lo quiero pensar, me hubiera faltado al respeto... ó ¿quién sabe si algun amigo suyo se hubiese propasado, y mi hijo, por defenderme?... No, no, vale más que en casa le hable yo, le reprenda por su mal proceder, por su falta de franqueza. ¡Hijo mio! tiene disculpa: él sabe mucho, ha estudiado, es abogado... como él dice, necesita alternar con otra clase de gentes, tener amigos, hacerse persona visible... ¿Qué entiendo yo de eso?... Y luego no me debo quejar, porque yo misma soy la que ha querido que sea un caballero, un hombre de valer en el mundo. Seria un disparate querer que fuera todo eso y tenerle sujeto en la bollería. ¡Ay! ¡Jesus, yo no sé lo que tengo!... quiero tranquilizarme, y no puedo; quiero disculpar

á mi hijo, y casi siento ya no haber entrado en esa casa á descubrir su ingratitud. ¡Dios mio! si no me quiere mi hijo, ¡qué desgraciada voy á ser!...

Cuando salió Teodoro con sus compañeros, despues de la cena, el portero se le acercó.

—Señorito, le dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Ha estado aquí una señora á buscarle á V.

—¿Una señora?...

—Y de rumbo. Me ha dado un duro, y estaba muy triste. Si llega á estar alegre, no sé lo que me hubiera dado.

—¿Y qué le ha dicho á V.?

—Nada: si venian aquí mujeres.

—¿Y qué señas tenia?...

—En cuanto á eso, no he podido ver más señas que el duro. Ella debe ser persona de mucho viso.

—Si vuelve, procure V. enterarse, y le daré á usted cinco duros si me averigua quién es.

—¿Y si no vuelve?

—Si no vuelve, no le daré á V. nada.

V

La señora María habló con su hijo, dióle amorosísimamente sus fundadas quejas, lloró mucho, y en lugar de la severidad con que se proponía reprenderle, casi le rogó con la mayor ternura: quien hubiera oído la conversacion entre la madre y el hijo, no habría creído seguramente que este era el culpado.

Teodoro, era de esperar, convenció á su madre; la persuadió de que, en su posicion, no le era posible vivir en la casa paterna, y quedó acordado que seguiria viviendo en el entresuelo de la Carrera de San Jerónimo, bien que todos los dias habia de ir á recibir un beso de su madre.

Quiso Teodoro volver á indicar á su madre la conveniencia de que cerrase la bolleria, pero á esto se opuso enérgicamente la señora María.

—Hijo mio, le dijo, tú gastas mucho y seria una imprudencia privarnos de ese recurso, base y fundamento de nuestra fortuna. Yo no tengo necesidad de alternar, como tú, con personas de muchas campanillas; en mí no está mal visto, sino todo lo con-

trario, que esté detrás del mostrador; déjame, pues, seguir trabajando para aumentar honradamente tu caudal. No quieras alejarme de esa tienda que tiene tan gratos recuerdos para mí, donde tu padre pasó casi toda su vida, donde recuerdo mis dulces amores, tu dichosa infancia. Sé tú un gran caballero, gasta, haz gran papel en el mundo, y quédeme yo en mi bollería, sola, pensando en tí siempre y rogando á Dios por que seas feliz.

¿Puede haber más desinteresado amor, mayor resignacion, consideracion más grande?

Teodoro vió con esto autorizada, sancionada, digámoslo así, su miserable vanidad por su madre misma.

La señora María adoraba en Teodoro, le respetaba como si fuera superior á ella, admiraba su sabiduría, y los mayores absurdos eran en boca de su hijo verdades innegables y sentencias infalibles.

Teodoro se hizo doctor, con gran pompa. En el magnífico Paraninfo de la Universidad Central se verificó la solemne ceremonia, siendo apadrinado aquél por un ex-ministro nada ménos, y asistiendo lucidísimo concurso, y la orquesta del Teatro Real, y el mismísimo Lhardy, que dirigió personalmente el *buffet*.

La señora María quiso asistir tambien.

—Me parece, dijo á Teodoro, que tu madre debe tener alguna participacion en esa fiesta. Digo, creo yo que si tú eres allí la persona principal, yo tambien tengo allí mi papel... es decir, que está en el

órden que yo asista á eso de tomar tú la borla, como dices, ó lo que sea lo que vas á tomar...

—Bien; pero, mire V., mamá, allí van á ir muchas personas muy principales...

—Creo que no serán para tí más principales que yo.

—Bien; pero digo que no ha de ir V. á hacer alguna cosa que extrañe.

—¿Yo?... lo que haré en tomando tú la borla, será darte mil besos y mil abrazos delante de todo el mundo...

—Eso es, ya sabía yo que se le ocurriría á V. una cosa así, extravagante... No daríamos poco que reír...

—Pues, oye, ¿qué gente va á ir que se reirá de que una madre abraze y bese á su hijo...

—Mamá, esas expansiones no son para delante de gente; eso se hace con un chiquillo, pero no con un hombre.

—Soy tu madre.

—Ya lo sé, pero... en fin, V. no debía ir.

—¿Por qué?

—Porque no va V. á poderse contener.

—Picaro; bien sabes lo que te quiero, que conoces que no he de poder contenerme.

—Y va á ser un paso cómico muy ridículo.

—Hijo mío, es fuerte cosa que todo lo que hace ó imagina tu madre te parezca ridículo. Ea, no iré, si no quieres...

—Eso sería lo más acertado.

—¡Dios mío! ¡que oiga esto una madre que tanto quiere á su hijo!...

—¿No dice V. misma que no se podrá contener?...

—Sí, hijo, sí, me dominaré; puesto que te habrán de mortificar mis caricias, no te abrazaré, no te besaré, no diré á nadie que eres mi hijo, y allí me estaré muy calladita, en un rincón, lo mismo que si no te conociera, ni siquiera te hubiese visto en mi vida. ¿Te conviene así?

—Es preciso que comprenda V. la razón: hay ciertas conveniencias sociales...

—Bueno, bueno; no me lo expliques, porque al fin y al cabo ya sabes que te daré la razón y haré lo que tú quieras.

En efecto, la señora María, con su traje de seda, que no lo sacaba desde la época en que llevaba á Teodoro á la procesion vestido de angelito, con su mantilla de espesísimo velo, fué al Paraninfo de la Universidad, y allí estuvo oyendo los piropos que echó el padrino al graduando, y el ampuloso discurso de éste, en el que encarecía grandemente el amor de la familia, el respeto filial, y sublimaba á las madres, é increpaba con enérgica indignacion á los hijos ingratos, á quienes consideraba capaces de todos los más horrorosos crímenes. La señora María no sabía lo que la pasaba, y hacia esfuerzos increíbles para no gritar, bendiciendo á su hijo en aquel punto; pero habia prometido no darse á conocer, no hacer un movimiento ni pronunciar una palabra, y lo cumpliría aunque muriera.

—Cuando terminó el acto solemne, la señora María, cubriéndose el rostro con el tupido velo, salió vacilante, ahogando sus sollozos, que ya no contuvo al verse en la calle. Su misma felicidad era triste y penosa, tenía que ocultarla como una falta. Tan grande fué la emoción de la señora María, tal la violencia que tuvo que hacerse para contener su alegría en los prudentes límites que Teodoro le había señalado, que cayó enferma la buena mujer, víctima de un ataque cerebral, que fué milagro que no acabase con su existencia. Quedó la pobre, sin embargo, tan quebrantada de salud, que los médicos dijeron unánimes que cualquier disgusto, una emoción fuerte, reproduciría el ataque, y entónces serían inútiles todos los remedios de la ciencia.

—Conozco, decia la ingenua señora María, que se me ha echado á perder la cabeza, y es que cavilo tanto... me hace pensar tanto mi hijo... porque yo no sé cómo expresarlo, pero, vamos, me habia figurado que el cariño de un hijo á su madre seria otra cosa... de otra manera... Y es inútil que hable de esto con mi hijo, porque... al fin le tengo que dar la razon; pero me quedo con la misma pena de siempre, y sigo cavilando, cavilando, y parece que me voy á volver loca.

VI

Teodoro, desde que su madre se restableció, ya no iba todos los días á verla; iba solamente cada tres ó cuatro, y á veces se le pasaban semanas enteras.

Ya se ve, tenia tanto que hacer...

Todas las tardes iba á la Fuente Castellana, á caballo, ó en su elegante *victoria*, y no habia de ir en coche á aquella calle tan excéntrica. ¿Qué hubieran dicho el lacayo y el cochero si hubiese ido su amo á la bolleria?... Ellos no sabian que el señor era hijo de un bollero; acaso se figuraban que era un príncipe de la sangre.

Por las noches, las reuniones, el Casino, los teatros reclamaban su presencia, y por las mañanas... para él no habia mañanas, porque se acostaba de madrugada y no se levantaba hasta la tarde.

Pero si no veia á su madre todos los días, veia á sus amigos, que le esplotaban bravamente; frecuentaba casas del gran tono, y sobre todo visitaba á la condesa viuda de Clavoagudo, principalísima señora, que tenia una hija que brillaba sin rival en los

salones más elegantes de Madrid por su peregrina belleza, por su talento y su distincion.

La condesa y su hija pertenecian á la más antigua aristocracia; las crónicas más remotas están llenas de hechos notables de bizarría y nobleza de los Clavoagudos, y entre los recuerdos que conservaba de sus ascendientes en su casa la condesa, habia un par de centenares de retratos de familia, que, viéndolos, le daban á cualquier plebeyo ganas de ponerse de rodillas, pidiendo por Dios y por todos los santos que no mandasen cortarle la cabeza ó colgarle en una almena. Teodoro se entusiasmó con aquella coleccion de abuelos, y soñó ser un dia conde de Clavoagudo, que siendo él marido de la niña, que habia de ser condesa, era cosa de clavo pasado conseguir tanta ventura y tanto honor.

Clara, que así se llamaba la nieta de aquellas tremendas figuras, desdeñó á Teodoro durante algun tiempo, y le dió más disgustos que dieron al mundo sus ilustres abuelos, con lo cual empeñó más y más el amor propio del apuesto doctor en la amorosa empresa. Esta conquista le trajo á mal traer largo tiempo; que era Clara tan hermosa y tan solicitada por todos, y tal fama tenia de desdeñosa é invencible, que quien lograra ablandar su corazon habia de alcanzar imperecedera gloria en el mundo elegante de la córta.

Teodoro procuró deslumbrar con su lujo á la condesa y á su hija, y al fin consiguió que se alabase su elegancia y se reconociera en él buen gusto y ver-

dadera distincion, y se le recibiera como á un amigo predilecto; pero todavía tuvo que hacer grandes pruebas y sufrir desdenes ántes de lograr el suspirado sí.

Al fin pudo cantar victoria, obteniendo el apetecido monosílabo de aquella divina boca, y se consideró el más feliz de los hombres, aunque desde que la hija le puso mejor cara se la puso peor la madre, y aún se le figuró que los implacables señores de horca y cuchillo, que constituian el mejor adorno del salon de la condesa, le miraban con pronunciado fruncimiento de cejas.

Teodoro fué un día á casa de su madre.

—Mamá, le dijo, hoy tenemos que hablar muy seriamente: se trata de mi porvenir, de mi felicidad.

—¿Te han hecho ya ministro, hijo?

—No, señora, es mejor que eso. Amo á una mujer.

—¡Ay, Dios mio!

—¿Por qué esa exclamacion?

—¿Cuál otra mejor que el nombre de Dios? Perdóname, hijo, pero la noticia que me traes es triste, porque vienes á decirme que amas á otra más que á mí.

—No quiero decir eso.

—No, si no te reprendo; es natural que quieras á una mujer, pero las madres, yo creo que á todas les sucederá lo mismo, siempre sentimos pena cuando un hijo se casa... Supongo que tú querrás casarte.

—Sí.

- Pues, hijo mio, sé feliz.
- Decía á V. que teníamos que hablar seriamente. Acaso va V. á disgustarse mucho.
- No, por cierto.
- La elegida de mi corazón es la primera en hermosura y en nobleza.
- Eso prueba que tienes buen gusto.
- Es hija de la condesa de Clavoagudo.
- Pícaro, condesa y todo la has buscado.
- Su madre no creo que ve con buenos ojos mis relaciones con Clara, porque es una señora muypreciada de sus timbres de nobleza, y acaso habría querido enlazar á su hija con algun título.
- Pues eso... tú pensarás si te conviene que el matrimonio se haga á disgusto de esa señora.
- Por eso digo que de V. depende toda mi felicidad.
- No entiendo bien...
- En una palabra, si V. continúa con este comercio, vendiendo bollos en esa tienda...
- Ahora sí que te comprendo.
- Es preciso, mamá. ¿Cómo quiere V. que sea yo marido de una descendiente de los Clavoagudos, y tenga á mi madre vendiendo bollos?... Si V. no renuncia á ese empeño, es imposible mi casamiento, y será un sueño mi felicidad. Lo conveniente es realizar lo que tenemos, cerrar esa dichosa tienda. ¿Qué me dice V.?...
- ¿Qué te he de decir? Dices que se trata de tu felicidad... A ese argumento no tiene nada que oponer

tu madre. Por tu felicidad no hay sacrificio que yo no esté dispuesta á hacer. Cerraré la tienda. ¿Estás contento?...

—¡Oh! sí, señora, y agradezco á V. mucho.

—Pero no por eso dejarás de ser el hijo del bollerero y de la bollera, y yo seré la bollera mientras viva. Piénsalo bien; si entónces no te dicen que tu madre tiene bollería, te podrán decir que la tuvo, y será lo mismo, y te lo dirán con muchísima razon. En fin, sea lo que Dios quiera. Mañana mismo anuncio el traspaso de la bollería.

—Traspasarla no.

—Hijo, nos puede producir una buena cantidad, para que le hagas un gran regalo á la novia.

—No, no; vale más cerrarla.

—Como quieras. A todo estoy resignada por complacerte. La realizacion pronto se hace; con no encender hoy el horno, mañana no habrá nada que vender: ya sabes que aquí todo se vende en el día. Es decir, no cerraré mañana, porque está en el órden que me despida de mis parroquianos; cerraré pasado mañana.

Cuando su hijo se marchó, cumplido ya su deseo, la señora María, rompió á llorar con el mayor desconsuelo, y exclamó:

—No me debo quejar, no; mi hijo es lo que yo le he hecho.

Pronto cundió por el barrio el día siguiente la trascendental infausta noticia de que se iba á cerrar la bollería de la señora María, y hubo personas que

fueron allí á pedir explicaciones á la interesada, que se limitó á decir que estaba enferma, y no podia más con aquel trajin.

—¿Y dónde vamos á comprar los bollos?...—

—Yo no puedo tomar el chocolate con ensaimadas de otra parte.

—Señora, es una ingratitud cerrar la tienda, cuando hasta mis abuelos compraban aquí los bollos, en tiempo de Carlos IV.

—Es una mala partida.

—¿Cómo va V. á poder vivir sin vender bollos?...—

—Pues yo no vuelvo á comer bollos, porque de ninguna bollería se pueden tomar con la satisfacción que los de V.

De este modo decían los parroquianos á la señora María, reconviéndola por su loca determinación, y haciendo mayor acopio que de ordinario, por ser aquel el postrero día en que se podían comer tan ricas y delicadas pastas.

Y el siguiente no se abrió la tienda.

Y cuando llegó la tarde, y vinieron los chicos de la calle, como todas las tardes, á esperar que la señora María saliera á hacer el reparto, habían ustedes de haber visto las caras que pusieron los muchachos, y cómo se miraban unos á otros aterrorizados bajo el peso de aquel tremendo acontecimiento. Allí, delante de las puertas coloradas de la bollería, permanecieron largo tiempo tristes, cariacontecidos, haciendo los más siniestros comentarios acerca de las causas que podían haber motivado el trágico suceso.

—¡Si se habrá muerto la señora María! exclamó el que más discurría entre ellos. Yo voy á verlo.

Y subió bravamente la escalera, y llamó en el piso principal.

—¿Qué quieres, niño?... le preguntó la misma señora María.

—¡Ah! ¿no se ha muerto V.?...

—Pues qué, ¿creías?...

—Como está cerrada la tienda, todos los chicos hemos creído que le había sucedido á V. algo... y yo he subido á ver si se había V. muerto, y si se le ofrecía alguna cosa...

—¡Pobres niños!... Subid todos, subid.

Y antes de un segundo, todos los chicos de la calle invadieron el cuarto de la señora María, y á todos les dió ropa de Teodoro, de cuando era niño, y juguetes, y libros infantiles, y una pesetilla por barba, y un beso á cada cual.

Y los chicos salieron muy satisfechos de la señora María, pero no se consolaron en mucho tiempo del inesperado fin de la bollería, cuya buena memoria todavía dura en el barrio, donde frecuentemente se oye decir:

—No hay que darle vueltas; bollos como los que se hacían en casa de la señora María, no se han vuelto á comer en Madrid.

VII

La condesa de Clavoagudo queria casar á su hija con el heredero de una ilustre casa, con el que pudiera firmar con mayor número de apellidos, con un verdadero aristócrata antiguo; pero hubo una gran dificultad para realizar este propósito; que ningun noble de esas altas condiciones se presentó á pedir la mano de la niña, porque entre las familias de la nobleza corria de largo tiempo la noticia de que la condesa de Clavoagudo no tenia otra cosa que trampas, gracias á una dinastía de administradores de sus bienes, que habian procurado por sí mismos, á costa de la pobre señora, que no habia de ir á meterse en esas pequeñeces de tomar cuentas y vigilar las operaciones de la administracion. Además, la hija de la condesa era capaz de acabar con la más saneada fortuna, y dió muy buena cuenta de la que tenia. La excesiva vanidad de la noble y hermosa jóven necesitaba ser alimentada con muchísimo dinero.

La situacion era, pues, muy apurada para las señoras de Clavoagudo, y no se presentaba un marido para su remedio.

En estas circunstancias se presentó el hijo del bollerero, que era muy rico, y tenia fama de serlo mucho más de lo que era realmente. La condesa y su hija comprendieron que era Teodoro un buen partido, pero debian hacer de modo que no pudiera sospechar ni remotamente que su fortuna era la que se codiciaba, y de aquí los desdenes que tuvo que sufrir de la hermosa Clara, y las malas caras, todas diferentes, que en unos cuantos meses tuvo el gusto de ver en la linajuda condesa de Clavoagudo. Quería además esta ilustre señora para su hija un esposo sumiso, obediente, humilde, y á este fin comenzó á educar al pretendiente de la niña, haciéndole sentir todo el peso de su superioridad. Si su hija hacia el sacrificio de casarse con un hombre inferior, como era Teodoro, habia de ser con alguna compensacion, habia de tener mucho dinero y resignarse á ser un cero á la izquierda de su mujer y de su suegra. Y no era mucho sacrificio para pagar debidamente el que hacian ellas emparentando con un hombre oscuro, que se llamaba Gomez y Gomez, y que no podia presentar una larga serie de abuelos del calibre de aquellos que en el salon de la condesa recordaban las glorias de la familia.

Todo salió á medida del deseo de la terrible condesa: Teodoro fué el amante más rendido y más humilde, y la condesa no tuvo más remedio que conmovirse al ver los mimos que le hacia el presunto yerno, la humildad con que en todo la obedecia, la veneracion con que la miraba, procurando adivinar sus

pensamientos, y al fin desarrugó el ceño la elevada señora, que no levantaba tres cuartas del suelo, y se manifestó dispuesta á olvidarse de sus abuelos, á descender de su altura, á conceder, en fin, la mano de su hija al hijo del bollero.

El día que la mamá le dió el sí, era día de misa de precepto. La condesa y su hija iban á oirla en San Sebastian, iglesia inmediata á la casa en que vivían.

—Tendré un placer en acompañar á Vds. á misa, si me lo permiten, dijo Teodoro á la condesa.

—Sí, sí; venga V. á misa, y dé V. gracias á Dios por haber logrado su deseo.

—Así lo haré.

Ya hacia años que no oía misa el descendiente de una gloriosa dinastía de bolleros.

Poco despues entraban en la iglesia la hermosa Clara, su madre y Teodoro. Este daba el brazo á la excelentísima señora, y en las manos llevaba el devocionario de la condesa y la sombrilla de la misma, y todo con mucho cuidado y atencion.

Al pasar para entrar en la capilla donde iba á celebrarse la misa, Teodoro sintió que le tocaban el brazo.

Era su madre, la señora María, que le saludó con una mirada llena de amor y de ternura.

Teodoro miró á su madre, pero no le dijo:—¡Adios, madre mia!

Y pasó llevando á la condesa con el mayor mimo y la más delicada consideracion.

La señora María se echó el velo sobre los ojos

para que nadie la viera llorar. Y oyó la misa, postrada en tierra, llorando, pidiendo á Dios por su hijo, y sin atreverse á mirar á éste, temerosa de que Teodoro volviera los ojos á otro lado.

Cuando acabó la misa, la señora María salió apresuradamente ántes que su hijo, porque no quiso que éste volviera á cometer allí, en el templo del Señor, en la casa del amor de Dios y la humildad cristiana, el crimen de no saludar á su madre.

VIII

Ya no faltaba más que un mes para la boda de Clara de Clavoagudo y Teodoro, que no cabia en sí de gozo, pensando que iba á quedar satisfecha por completo su vanidad. El, hijo del bollero, iba á ingresar en la más alta aristocracia.

El jóven doctor fué á dar la buena nueva á su madre, que ni una palabra le dijo acerca de su criminal accion en la iglesia de San Sebastian. La pobre mujer estaba ya resignada á todo. Veia contento á su hijo, y olvidaba, la triste, sus agravios.

—Que seas dichoso es todo mi deseo, le dijo. Ya conozco á tu prometida, y en verdad que es hermo-

sa. Si es tan buena como hermosa, ¿quién duda que serás feliz?... Lo que te recomiendo, si para tí vale algo el consejo de tu madre, es que tengas orden y economía en tu nuevo estado. El matrimonio trae consigo muchas obligaciones; luego tendrás hijos... ganas tengo, á fe mia, de que los tengas para que conozcas lo que es el amor de los padres. Tienes fortuna bastante para vivir feliz; si tu esposa es buena y prudente y te ama, ella procurará que tu fortuna aumente y nunca disminuya. Eso hice yo mientras vivió tu padre, y eso he hecho tambien para tí. Todo es tuyo, dispon de ello como quieras.

—¿Y V.?

—Yo tengo bastante con los alquileres de esta casita, donde nació y murió tu padre, que al morir la dejó expresamente para mí, como lo reza el testamento. Todo lo demas que me dejó, yo te lo doy de buena voluntad.

—Es V. muy buena.

—Soy madre, una madre como otra; pero no mejor que otra. ¿Y has dicho ya á esa condesa que va á ser ahora tu madre qué profesion tenia tu padre?

—Ellas lo deben saber, pero en su extremada delicadeza nada me han dicho.

—Me place que aprecies la delicadeza en esas señoras; en mí no debes haberla advertido nunca, porque jamás has hecho aprecio de ella.

—¡Mamá!...

—No, no te reprendo; las madres somos muy exi-

gentes y de todo formamos queja. No hablemos de eso más, hijo mio. ¿Y cuándo es la boda?

—El día de la virgen del Cármen.

—Ella os proteja y os colme de bienes. Yo no asistiré, ¿es verdad?...

—Yo no sé...

—No tengas reparo en decírmelo. Segun he oído, esa señora condesa es muy orgullosa y no quiere tratar con personas así como yo.

—No me ha dicho nada.

—Ya te lo dirá, hijo, ya te lo dirá.

Y ya se ve que se lo dijo; pocos días ántes del señalado para la boda, la condesa de Clavoagudo recibió sola á Teodoro en el salon de los abuelos, que presentaban mejor aspecto, porque aquella mañana les habian sacudido el polvo, y sentándose en un sillón, que debió servir al abuelo más antiguo, le habló de esta manera:

—Caballero, va V. á ser esposo de mi hija, de la noble descendiente de los Clavoagudos, que nunca pensé llegara á casarse con persona muy apreciable, sin duda, pero que no le iguala en nobleza...

—Señora, soy un hombre honrado...

—Hombre honrado lo es cualquiera, caballero; pero Clavoagudo no lo es el que quiere. V. es un jóven ilustrado; gracias al desórden de los tiempos y á la anarquía de las ideas, ahora cualquiera puede ser hombre ilustrado, pero la familia de V. ha estado, segun creo, dedicada al comercio de...

La condesa no se atrevió á decir de bollos.

—Sí, señora, V. comprende que yo no he podido elegir padres, pero mis padres, aunque de humilde origen, han sido modelo de honradez y probidad, y su fortuna ha sido ganada legítimamente.

—Sí, señor, sí, no se lo niego; pero V., al entrar en nuestra familia, debe olvidar su origen, y procurar hacerse digno de nosotros. Tengo de su madre de V. excelentes noticias, sé que es una buena mujer; pero V. comprenderá que entre ella y nosotras hay una distancia...

—Señora, ella misma lo ha pensado eso ántes que V.

—¡Oiga!

—Sí, señora, ella misma ha pensado en su humildad lo que V. piensa en su altura.

—Entónces, nada debo decir á V.

—Nada; mi madre desea mi felicidad y no pretende salir de su oscuridad.

—Es orgullosa.

—¡Oh! es la humildad misma, señora.

—Ya no hay remedio. V. será el esposo de mi hija, continuó la condesa; á la felicidad de Clara lo sacrifico todo. A V. corresponde ahora pagar ese sacrificio, y hacer de modo que yo no tenga que arrepentirme. Yo no me separo de mi hija.

—Cuento ya con eso.

—V. no tendrá ya más familia que nosotras; podrá V. ir á ver á su madre cuando guste...

—Bien, ya sé, mi madre no podrá venir aquí. ¿Qué más tiene V. que decirme?...

—Que si hace V. feliz á mi hija, perdonaré á usted su origen, y seré su amiga; pero si la hace V. desgraciada, sobre V. caerá mi maldicion, y la de todos los ilustres varones nobles ascendientes míos que está V. viendo en esos cuadros, gloria de nuestra casa y de la patria.

Y á los pocos dias se celebró en casa de la novia el matrimonio. La señora María hubiera querido que su hijo se casara en la iglesia, porque hubiera ella podido ir á verle desde léjos; pero en la tradicion de los Clavoagudo no se recordaba que ninguno de aquella nobilísima familia se hubiese ido á casar en la parroquia; unos se habian casado en el palacio de los reyes, otros en sus castillos, alguno en la capilla donde estaba aguardando que llegase la hora de cortarle la cabeza por antojo de algun rey, á cuyas barbas se habia subido el ilustre reo, y alguno mal herido de un ballestazo se casó en el mismo campo de batalla, á donde le habia seguido su amada, vestida de trompetero.

Despues del casamiento, hubo tantas visitas de gente principal, que el novio no tenia un momento libre para ir á saludar á su madre, y cuando las visitas le dejaron libre ya era hora de partir en el *express* para Francia y Alemania, donde iba á pasar la luna de miel con su esposa y su suegra.

Pero escribió una carta á su madre, en la que le participaba su efectuado enlace, se despedia para el extranjero, y se disculpaba de no haber podido ir á dar un abrazo á la pobre vieja.

IX

Teodoro iba á París y á Berlin por primera vez, y naturalmente llevaba grandes deseos de ver todas aquellas maravillas, tan dignas de ser vistas, que hay en las dos soberbias capitales; pero no contaba él con que no podría ver más que lo que quisieran ver su mujer y su suegra. Llegaron á París, y ¡oh afición femenil! no se ocuparon en ver otra cosa que tiendas; mes y medio viendo tiendas, revolviendo todas las anaqueléras, visitando talleres de confeccion, almacenes de modas, fábricas de corsés... El recién marido volvía á casa con su mujer y su madre política, llevando los bolsillos repletos de dijes, cajas y zarandajas, y las manos de paquetes de telas, y las visitas que recibía mientras estaba en casa, eran las del *tailleur de toutes les souveraines de l'Univers*, que llevaba los abrigos encargados por las señoras, la de *Mr. Violet*, perfumista á la violeta, la de Mlle. Cesarine, modista del Serrallo del Gran Turco, la de infinidad de proveedores de todo lo necesario y de todo lo superfluo, que acu-

dian llamados por las señoras de Clavoagudo, y que presentaban al felicísimo esposo unas cuentas enormes, bien que pagarlas le valia la gran satisfaccion de que cada uno de aquellos señores le hiciera cincuenta cortesías en un ladrillo, y le diera excelencia, y áun alguno le trató de alteza, y le quiso besar la mano, al despedirse.

Ni un solo dia pudo salir con su mujer sola; la condesa era siempre la primera que aparecia vestida, y en saliendo á la calle se agarraba al brazo de su yerno, que empezaba á notar ya la ridícula figura que hacia sirviendo de caballero á una vieja tan fea y tan compuesta, que es decir una fea doblemente fea. Y en cansándose de ver tiendas y hacer compras, era preciso tomar un coche de lujo, y al *Bois*. A la condesa le gustaba mucho ir al *Bois*. Y una noche se le antojó ir á *Mabille*, y aquellas grandísimas perdidas que van á ese baile á caza de gangas, notaron en seguida la presencia de tan extravagante señora y se pusieron de acuerdo para embromarla. Y al pasar, todas le hacian una profunda reverencia, con lo cual se puso tan hueca la noble dama, creyendo buenamente que el reverente saludo era señal de que allí se tenia conocimiento de su elevada clase.

Y en tanto un inglés beodo cogia por la cintura á Clara, invitándola á una cena en Tortoni, y Teodoro tuvo que emprender á bofetadas con el inglés, que le aplicó por su parte tremendas puñadas, y le hubiese triturado á no acudir prontamente los *sergents de ville*, que, enterados del hecho, llevaron al inglés

al violon é hicieron salir del baile á las Clavoagudo y su acompañante.

En Berlin se divirtió lo mismo el bueno de Teodoro, viendo tiendas y almacenes, y á los tres meses volvió á Madrid con su mujer y su suegra y diez mundos de equipaje, dejando otros tantos en Paris para que vinieran en pequeña velocidad. Teodoro volvió asaz mohino á Madrid, porque habia echado sus cuentas y advertido que habia gastado la renta de diez años de su capital. Para eso habia visto muy bonitas tiendas, pero le parecia que esta satisfaccion le costaba demasiado cara.

Cuando en Madrid le preguntaban luego los amigos:

—Vamos, hombre, cuenta, ¿y qué has visto?

—Unas tiendas muy bellas, muchas tiendas; no he visto otra cosa, contestaba.

Ya tenia deseos de ver á su madre, y en cuanto pudo corrió á la calle excéntrica dende aquella vivia. En los tres meses de su viaje sólo habia escrito una carta á la excelente madre, que pasó mortales angustias y cruel zozobra sin saber de su hijo.

La señora María recibió á su hijo en sus brazos, llena de alegría, llorando de placer; Teodoro empezó á disculparse, pero ella le atajó, diciéndole:

—Calla, hijo mio, yo no me quejo; he sufrido mucho no sabiendo de tí; pero todos mis tormentos están compensados con el placer que hoy has venido á darme. Hijo mio, estás más delgado... Perdona, pero las madres tenemos la aprension de que nues-

tros hijos no están buenos cuando no somos nosotras mismas las que los cuidamos. ¿Y tu mujer?... ¿es buena?... ¿es hacendosa?...

—Sí, me ama, y yo no tengo motivos para estar descontento.

—Si te ama, sé tolerante con ella; si tiene algun defectillo, trátala bien, con amor y dulzura; las mujeres nos pagamos mucho de eso... ¡Cuánto desearía conocerla y darla mil besos!... Es tu mujer, la que será madre de mis nietos. Cuídala mucho y ámalala, para que ella te ame.

—Pero ¿está V. siempre sola aquí?...

—Calla, hombre, no estoy sola; voy á casa de los vecinos; estos dias he estado asistiendo á la pobre zapatera de la buhardilla, que está parida y su marido en la cárcel, sin un recurso la infeliz; yo he sacado de pila al niño y le he puesto tu nombre. No me paga la casa hace un año. ¿Cómo ha de pagar si no tiene?... Voy muchos dias á la iglesia... Ya ves que no estoy sola... Y cuando estoy sola pienso en tí, y considera si querré-yo mejor compañía que tu recuerdo. Conque no te preocupes de mí ni vengas á verme más que cuando te sobre el tiempo. Ahora debes dedicarte con preferencia á tu mujer, á tu nueva familia.

—¿Y qué es eso que está V. cosiendo?...

—Hijo, por pasar el tiempo; estoy haciendo unas camisillas para regalárselas á los niños de la Inclusa... ¿Qué te creías?... Aunque no tengo más que lo que me produce esta casa, y la mayor parte

de los inquilinos no me pagan, aún puedo hacer mis ahorritos... Ahora he comprado en un desbarate de tienda unas piezas de tela muy buena y muy barata, y á los pobrecitos incluseros les vendrá muy bien el regalo. Yo no puedo estarme sin trabajar. Algunos días, para que no se me olvide, hago bollos también, pero no te alarmes, no los vendo, los regalo á algun conocimiento. Vaya, con mi charla te estoy entreteniéndolo, y tú tendrás que hacer... Te esperará tu esposa... Ahora ireis en coche á la Castellana; ya iré yo al paseo un domingo, cuando se ponga buena la parida y me acompañe, para verte y conocer mejor á tu mujer.

Teodoro salió de casa de su madre, turbado, conmovido.

—¡Qué diferencia! exclamó.

En su casa le esperaba su mujer de muy mala cara, y su suegra, con la cara de acordarse de sus abuelos.

—¿He tardado?... preguntó á Clara, que volvió la cabeza como si no le hubiera oído.

—El coche nos espera á la puerta hace dos horas, dijo la condesa con severidad. Muchas cosas le habrá contado V. á su madre.

La condesa no habia querido nunca tutear á su yerno.

—No, señora; ella es la que me ha contado. La pobre está sola, hacia mucho tiempo que no me veía... no tiene otro hijo que yo...

—¿Vamos, Clarita? dijo la suegra, como si no oyera á Teodoro.

—Vamos, mamá.

—Y V. ¿se queda? preguntó la condesa á Teodoro.

—Si Vds. prefieren ir solas á la Castellana...

—Nos es indiferente, contestó la nieta de los cuadros del salon.

—Entónces, me quedo.

Las dos señoras salieron, y en el magnífico *landó* que Teodoro habia regalado á su mujer, fueron á la Castellana, donde hicieron el efecto que era de suponer, despues de una ausencia de tres meses.

En seguida rodearon el coche apuestos jinetes, gozosos de volver á ver á la reina de los salones, y cuando al anochecer volvieron á casa, venia el carruaje escoltado por seis ú ocho caballos con sus caballeros, que la gente se asomaba á los balcones, creyendo que pasaba la reina.

Durante la comida, las dos señoras hablaron gozosas de las ocurrencias del vizconde de la Zancadilla, del soberbio tren que llevaba la de Paredes, ó más bien que la llevaba á ella, del precioso caballo *pur sang* que montaba el brigadier Cerrojo, del gran efecto que habia causado su presencia en la Castellana, y por último, convinieron, ellas dos, en que era preciso pensar en abrir los salones, y recibir los jueves de cada semana, y los lúnes ir á los conciertos de la marquesa del Tinto, y los mártes á los bailes de la viuda de Calicanto, y los miércoles á las comedias de la duquesa del Mirlo, y los viérnes á los cuadros vivos de la baronesa de la Parrachica, y los

sábados á los chocolates literarios del conde de las Plumas, y ademas era indispensable tomar un segundo turno en la Zarzuela, un tercero en el Real, y enterarse de cuándo era funcion de moda en el Príncipe y en el Circo de Paul.

Y á todo callaba el pacientísimo cordero, ó sea el marido, el hijo del bollero, preocupado aún con el grato recuerdo de su buenísima madre, de la sencilla señora María.

¿Describiré á mis amables lectoras la vida de placeres, fiestas y aturdimiento del feliz matrimonio?... ¿Para qué? Aquello fué *la mar*, como se dice ahora.

Los amigos de la condesa y su hija y del marido de esta, que siempre ocupaba el tercer lugar, y se le llamaba simplemente el marido de Clarita Clavoagudo, como á los oscuros esposos de las cantantes se les llama el marido de la *Tali* ó de la *Cuali*, se divirtieron de lo lindo en la larga temporada de saraos que dieron las nobles señoras, y Teodoro tambien se divirtió mucho, teniendo que tolerar que todos galanteasen á su mujer, que por fortuna era honrada, aunque vana y soberbia, y para que la diversion fuese completa, hubo de batirse con un espadachin, que, desairado por Clara, habló en desdoro de esta, y aunque toda la razon estaba de parte del ofendido esposo, no le libró esta favorable circunstancia de recibir una estocada, que no le envió á la eternidad por milagro patente.

Este suceso ocurrió en ocasion que acababan Clara y la condesa de salir para los baños, y Teodoro

mandó llamar á su madre, que corrió á cuidar á su hijo, y á su lado pasó quince dias de angustia, velando por el herido y haciendo prodigios de abnegacion; y cuando su hijo estuvo fuera de peligro, cuando ya iban á regresar su mujer y su suegra, la señora María se volvió á su pobre casa con la mayor humildad.

—¡Pobre hijo mio! decia la buena mujer, ¡cómo me quiere ahora! ¡Al fin ha conocido cuán verdadero, cuán profundo y desinteresado es el amor de una madre!

X

Pasaron algunos años más.

La fortuna de Teodoro habia desaparecido; Clara y la condesa habian dado cuenta de ella; Teodoro probó á ganar algo; abrió su bufete, pero no tenia reputacion y no acudia nadie á solicitar sus buenos oficios. Luego, como hay tantos abogados... el que no es más que abogado y no ha tenido la suerte de lograr distinguirse, ya tiene, con serlo, bastante para morir de hambre. Se metió en la Bolsa, en lugar de meterse en San Bernardino, y ganó algo, y

luego mucho, y perdió, y volvió á ganar, y al fin lo perdió todo, y llegó el terrible momento de declarar su ruina á su mujer y á su suegra.

La escena fué tremenda.

Teodoro oyó durísimas quejas de Clara é irritantes reconvenciones de la condesa, que entónces sí que evocó los recuerdos de sus abuelos, y quiso echarle en cara lo miserable de su origen.

Pero Teodoro, cansado ya de sufrir la injusticia de aquella mujer, de estar sometido á su capricho, se revolvió contra ella, y recobrando la energía y la dignidad que habia abdicado al ver satisfecha su vanidad uniéndose á la hija de tan ilustre casa, habló con entereza á su suegra, defendió bizarramente á la señora María, de quien la condesa se permitió hablar con el desden de siempre, y concluyó la andanada que descargó sobre la irritada vieja, manifestando su propósito de vivir solo con su mujer, si esta quería seguirle, y si Clara se oponia á separarse de la condesa, él se iria á vivir con su madre y abriria la bollería otra vez para ganar honradamente con qué mantener á la que era su esposa y á la hija que tenían.

La condesa de Clavoagudo bramó, rugió, oyendo á su yerno y viendo desconocida y maltrecha su autoridad, y si no le mordió fué porque no tenia gran confianza en la firmeza de sus dientes, que se los habia puesto tiempos atrás doña Polonia Sanz.

—Cuatro dias, dijo Teodoro á su mujer, te doy para elegir. O sigues á tu marido y á tu hija, ó te

quedas con tu madre. La señora condesa de Clavagudo, la que desprecia al hijo del bollero, te ha ayudado á derrochar la fortuna de mis honradísimos padres, pero aún tengo yo fuerzas y voluntad para trabajar, y puedo asegurar tu subsistencia modesta y honradamente. Estoy arruinado; es justo castigo de mi vanidad. El trabajo me rehabilitará. En esos cuatro dias no nos veremos. Tú pensarás lo que mejor te convenga: si el amor de tu esposo y la compañía de nuestra hija, ó la vanidad de tu madre. Elige lo que quieras.

La señora María, á quien nada ocultaba ya su hijo, supo todo esto.

—Hijo mio, dijo á Teodoro, un solo consejo te daré: piensa mucho lo que vas á hacer, y por Dios te ruego no te separes de tu mujer. Vivir separado el esposo de la esposa es cosa triste. Teneis una hija. Piensa, piensa lo que vas á hacer. Tu suegra apura tu paciencia... ¿Y qué vas á hacer de ella?... ¿Vas á abandonar á la pobre vieja?... Ella lo pasaria peor que yo, porque es soberbia, es orgullosa... y se moriría de rabia viéndose humillada, sola. Hijo mio, piensa mucho, mucho... Busca la manera de recuperar la paz del hogar, que es el único bien positivo en este mundo, y acuérdate de tu madre.

XI

El cuarto día, término del plazo que Teodoro die-
ra á su mujer, acababa de entrar éste en el gabinete
donde se hallaban aquella y la condesa, cuando el
criado anunció que una mujer deseaba hablar con las
señoras.

—¿Y quién es? preguntó Teodoro.

—Ha dicho que diga solamente que es una
mujer.

—Soy yo, dijo entrando la señora María.

—¡Mi madre! exclamó Teodoro.

—¿Qué es esto? murmuró, levantándose, la con-
desa y yendo á salir de la estancia.

—Señora condesa, añadió humildemente la seño-
ra María, ruego á V. E. que no se vaya.

—No comprendo...

—He venido porque vengo á hacer algo por us-
tedes.

—¿Por mí? preguntó con altivez la vieja, sin-
tiendo no estar en el salon de los abuelos para pe-
dirles que la inspirasen en aquel momento.

—Luego que diga lo que tengo que decir, me iré y ya no volveré.

—Hable V., madre mia, dijo Teodoro.

—Hablaré, y que me perdone la señora condesa si no me expreso con toda la delicadeza que las personas de su rango. Vendiendo bollos toda la vida no se puede aprender á decir cosas bonitas con finura.

La condesa estaba tan nerviosa que le bailaban en la boca los dientes que le habia puesto doña Polonia Sanz.

La señora María continuó.

—Sé lo que pasa aquí, las desavenencias entre mi hijo y esta hermosa señora, á quien Dios bendiga, —y miró con inefable ternura á la mujer de Teodoro; —sé que mi hijo es culpable, porque no ha sabido evitar que llegue este caso, porque no ha sabido hacer uso de la dulce autoridad de marido prudente, cuidadoso y previsor; sé que está arruinado, que la fortuna que le dejó su padre se ha gastado en lujo costosísimo, en deslumbrar al mundo por algun tiempo, en hacer alarde de una exagerada riqueza; y sé, en fin, que han llegado los tiempos duros y tristes de la escasez... que serian tiempos benditos de amor, union y mutuo consuelo si aquí hubiera cariño de familia, si mi hijo hubiese amado más á su mujer que á la vanidad, si esta hermosa señora hubiese sido de otro modo educada, y por fin, si la señora condesa hubiera aprovechado la experiencia que por su edad debe tener.

—Buena mujer, exclamó esta, le advierto á usted que está en mi casa, y no tolero que se me insulte.

—¿En casa de V. E., señora condesa?...

—¿Lo duda V.?...

—No, señora, no; la casa de V. será, porque yo se la vengo á devolver.

—¡Qué insolencia!...

—Mamá, por Dios, deje V. hablar á esta señora, dijo Clara, ménos intolerante que su madre.

—Yo no debo oirla...

—Señora, tenga V. E. un poco de calma, que no le pesará.

—¡Verse una señora de mi clase en este caso!... ¡Oh! con razon temia que tu matrimonio con ese hombre habia de ser fuente copiosa de males y desdichas.

—Señora, exclamó Teodoro, si interrumpe V. otra vez á mi madre, ella y yo salimos de aquí para no volver.

—¡La amenaza es terrible!... Ya pueden Vds. marcharse.

—No, señora, dijo la señora María, no nos podemos marchar todavía, porque ántes tengo que devolver á V. E. este papel.

—¿Qué es esto?

—Es simplemente una escritura firmada por vuestro abuelo hipotecando esta casa donde vive, en pago de 10.000 duros. Este documento ha venido á parar á manos de una persona que yo conozco, de un es-

cribano, que es el mismo que encargado de los asuntos de mi marido, y yo la he comprado para devolvérsela á V. E. No habia otro medio de evitar que esta casa pasara á poder del dueño de esa escritura ántes de ocho dias.

—¡Jesus mil veces!... ¿Qué diabólica mujer es esta?... exclamó la condesa.

—Señora, vea V. lo que dice, ó no respondo de mí, dijo Teodoro á su suegra.

—Hijo mio, continuó la señora María, yo soy una pobre mujer ignorante, á la buena de Dios, pero tengo un corazon leal que no me engaña nunca. Así no me ha engañado esta vez. Yo conocia de oidas las costumbres de estas señoras, su lujo, su grandeza; sabia el estado de su fortuna, y comprendí que, más pronto ó más tarde, llegaria para tí el triste caso en que hoy te encuentras. No debes culpar á tu esposa, ni á tu suegra... perdone V. E.... á tu madre política, quise decir; debes culparte á tí mismo, que no has sido prudente y juicioso. Pero no te apenes, hijo mio, que aquí está tu madre para salvarte. En este sobre se contiene un talon del Banco, de 30,000 duros, que son tuyos, y yo te los vengo á devolver. Yo te entregué la fortuna que dejó tu padre; esa fortuna se la llevó el viento de la vanidad; lo que hoy te traigo es lo que yo reuní despues de la muerte de tu padre, y reservé, cuando te casaste, temiendo que llegara este caso. Ahora, que ya has visto lo que es la vanidad, y á dónde conduce, ahora, que te has visto á las puertas de la miseria, serás prudente y

precavido, y con este dinero y tu trabajo, podrás rehacer tu fortuna, vivir tranquilo con tu mujer y tu hija.

—¡Madre mia! exclamó Teodoro abrazando y besando á la señora María.

—Señora, dijo Clara muy conmovida, acercándose á la bollera, permítame V. tambien que la dé un abrazo, y la llame ¡madre mia!...

—¡Hija de mi corazon! murmuró la señora María, llorando de placer, y abrazando estrechamente á la mujer de su hijo.

Y volviéndose luego á la condesa, que estaba allí como clavada en el suelo, sin saber qué actitud tomar, ni qué decir, le dijo con humildad:

—Señora, V. E. es una gran señora, lo reconozco, yo soy una pobre mujer del pueblo, pero crea vuestro que Dios lo mismo da corazon bueno y generoso á los grandes, que á los pequeños. Yo no tengo la nobleza, muy respetable, de la cuna; pero ¿no cree V. que tengo algo de nobleza en el corazon?...

—Madre, V. no se separará ya de nosotros, exclamó Teodoro.

—Yo deseo lo mismo, añadió Clara, ya arrepentida de su loca aficion al lujo.

—Hijos míos, murmuró llorando la señora María, todo lo que me pidais lo haré, menos eso. ¡Dos suegras juntas! Dios os libre. Yo me vuelvo á mi casita, donde tantos años estuvo mi bollería, y vosotros os quedais en la vuestra con vuestra madre,

la señora condesa, con quien debeis ser tolerantes y cariñosos. Pero cuidado con volver á derrochar tu fortuna, Teodoro mio de mi corazon, porque ahora sí que no me queda otra que ofrecerte.

XII

La condesa de Clavoagudo cayó en una tenaz melancolía, y á los dos años murió, sin consolarse de aquella humillacion.

Teodoro y Clara viven felices, en holgada posicion, con su hija: y la señora María continúa en su pobre casita, viviendo con una pequeña parte de lo que le produce la reducida finca, y dando todo lo que le sobra á los pobres.

Cuando van sus hijos á verla, se vuelve loca de alegría, y todos los domingos les envia media docena de delicados bollos, hechos por sus primorosas manos.

IV

DOÑA MARIQUITA

(HISTORIA VULGARÍSIMA)

I

César, Napoleon I y todos los grandes hombres que en el mundo han sido, habrán hecho maravillosas proezas y hazañas dignas de ser esculpidas en mármoles y bronces, y cantadas por todo lo alto en poemas inmortales; pero todas estas proezas, todas esas hazañas me parecen á mí cosa baladí y deleznable cuando me acuerdo de aquella señora gordita, bajita, coloradita, que se llama doña Mariquita, porque aún vive, y Dios la dé salud por muchos años, vecina mia hace algunos años; porque los altos hechos de los más renombrados capitanes no tienen nada de

particular comparados con los de doña Mariquita, y tiene esta sobre aquellas grandes figuras de la historia la ventaja de la modestia, pues jamás hizo alarde de su grandeza, y la muy honrosa para ella de no haber causado á la humanidad daño alguno, sino todo lo contrario, de lo cual no se pueden vanagloriar todos aquellos héroes cuya gloria tantísima sangre costó al mundo.

Doña Mariquita ha vivido siempre en la oscuridad, desconocida para todos, excepto unos cuantos amigos, que ni siquiera admiraban su heroísmo, y cuando se muera ni siquiera la dedicará cuatro líneas *La Correspondencia*, y puede que no haya quien pague cinco duros para que en la cuarta plana del indispensable periódico noticiero le pongan su papeleta con el filete negro, la cruz y el rengloncito de *Se publica el coche*.

Doña Mariquita, inocente en paz vivía con su padre, cesante del ramo de sales, que nunca pudo salir de pobre, cuando conoció á un apuesto meritorio de Correos, que entónces habia aún meritorios en las oficinas, y ahora no los hay porque se ha considerado que lo de ménos es hacer méritos; la muchacha, que vivía muy metida en casa, no habia visto muchos hombres, y en cuanto vió al lindo Arturo, que así se llamaba, sintió hácia él pronunciada inclinacion, y tambien el meritorio miró con buenos ojos á aquella muchacha tan coloradita, tan redondita, tan sanita como una manzana. El cesante del ramo de sales advirtió la mutua inclinacion, y tembló por su hija;

preferia casarla con un cabo de gastadores á dársela á un empleado, porque sabia el pobre hombre, por experiencia propia, qué triste suerte ha cabido siempre en España á los empleados que empiezan su carrera por la ínfima categoría y no tienen quien los empuje, ni saben hacerse lugar empujando á los demas y haciéndoles caer de bruces para saltar por encima con muchísimo salero.

D. Pedro Salido, que así se llamaba el padre de la enamorada jóven, manifestó á esta que debia cesar en sus relaciones con el meritorio, porque con este no tendria nunca otra cosa que hambre hoy y necesidad mañana, y más le valia quedarse soltera que exponerse á vivir en la mayor estrechez con aquel pelado meritorio que ladraria de hambre toda su vida.

Mariquita habia leído muchas novelas prestadas, y por consiguiente habia tenido ocasion de conocer muchas grandes pasiones contrariadas, vencedoras al fin, por aquello de que todo lo vence el amor (ó la pata de cabra), y la oposicion que su padre manifestó, prudente y previsor, solamente sirvió para dar mayor fuerza á la que le habia inspirado el meritorio, que era una especialidad en escribir cartas de amor al estilo moderno, copiándolas de Víctor Hugo, Walter Scott, Rousseau y Mad. Cotin, con las cuales volvió loquita á Mariquita, bastante dada ya á lo maravilloso y extraordinario. Y al mismo tiempo que tomaba mayor incremento en su pecho la llama del amor, aumentaba la vigilancia del cesante de sales

para salvar á su hija del abismo en que pretendia caer, ciega por el amor, casándose con el incauto meritorio. No hay para qué decir que prohibió á éste la entrada en su casa, que clavó el ventanillo de la puerta y se constituyó en guardian vigilante de su tesoro, amen de amenazar en una atenta carta al galán con darle un estacazo si por azar le veia en las inmediaciones de su impenetrable vivienda.

Pero todo fué inútil; Mariquita estaba penada por casarse, y el meritorio cada vez más firme en su amor. Toda la vigilancia del padre no impidió que los novios se escribieran, y la violencia con que empezó á tratar á su hija hizo más rápido el triunfo del amor.

Concertáronse los finos amantes, y una noche, mientras el cesante dormia soñando que le dolian las muelas, que el infeliz nunca lograba soñar cosas agradables, Mariquita cometió la gravísima falta de huir con el meritorio, no en un carro triunfal de nácar y oro, tirado por seis cisnes á la Dumont, como en las comedias de magia, sino á pié y temblando de miedo, bien que no corria ningun peligro, porque el meritorio la llevaba á confiarla á una tia suya, mujer de respeto y de severísimas costumbres, con quien estaria la doncella en tanto que el padre daba su consentimiento para el fausto enlace, ó el juez proveia lo necesario, si el cesante se negaba á toda avenencia.

¿Qué habia de hacer el hombre?...—Que se casen, dijo á otro meritorio que el rendido amante le envió

como embajador extraordinario con su *ultimatum*.— Que se casen, y allá se las hayan; en el pecado llevan la penitencia. Gracias á Dios, no tendrán que gastar mucho en mondadientes.

Y Arturo y Mariquita se casaron un día de Nochebuena, al rayar el alba, en la parroquia de San Márcos, y con dos onzas que de aguinaldo le habían dado el día anterior al meritorio en la oficina, la boda fué bastante lucida y se celebró gran banquete de seis cubiertos en la fonda de los Leones de Oro, á duro por barba, al que asistieron los novios, la tía en quien fué depositada Mariquita, el emisario ya mencionado del novio y el irritado padre, más tranquilo ya, viendo que la cosa no tenía remedio, y asombrado de aquel opíparo festín: y luego por la noche fueron todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la comedia *Contigo pan y cebolla*, que no parecía sino que la empresa la había dispuesto expresamente para solemnizar el efectuado enlace de los dos más finos y constantes amantes.

Terminada la función, los esposos se fueron á casa de la tía, donde esta les daba hospitalidad mientras Dios les abría camino, y el padre se despidió de ellos, diciéndoles sentenciosamente:

—Ahora vereis lo que es bueno; yo me lavo las manos; ahora vereis por dónde salís.

II

Dos meses estuvieron el meritorio y la meritoria en compañía de la respetable tia del primero, y por este hubieran estado siempre con la tia, pero Mariquita deseaba tener su casita, aunque fuera un cuartito interior en la calle más extraviada, y le repugnaba vivir á costa de aquella señora. Un dia dijo á esta si tendria inconveniente en acompañarla á una parte, y habiendo obtenido satisfactoria respuesta, se puso Mariquita el manto, y con la tia de su marido se fué al ministerio de la Gobernacion, y subió á la secretaria, y preguntó bravamente al portero:

—¿Está el ministro?

—Sí, señora, pero no recibe, está ocupado.

—No me importa.

—No, á mí tampoco; pero está ocupado y no recibe.

—A mí sí me recibe.

—No, señora, á nadie recibe á esta hora.

—Vaya, entre V. y dígale que está aquí Mariquita.

—Yo no sé si me atreva.

—Sí, señor, sí, que se lo agradecerá á V.

El portero se decidió, abrió la mampara del despacho ministerial y dijo á S. E., que á la sazón estaba leyendo un artículo en que le llamaba sabio y otros excesos un periódico que de gastos secretos recibía diez mil reales mensuales de ayuda de costas:

—Señor, ahí está una señora que quiere verá V. E.

—He dicho que no recibo.

—Me ha dicho esa señora que es Mariquita.

—¡Mariquita!... ¡Mariquita!... No hago memoria...

¡Ah! que pase al momento.

Sin duda el ministro había conocido alguna otra Mariquita.

Mariquita y la tía entraron en el despacho.

—Señor, aquí me tiene V. E., empezó diciendo la mujer del meritorio, que de aquí no me voy sin que V. E. me conceda lo que pido.

Dijo esto Mariquita con tanta gracia, con tan sencilla ingenuidad, que el ministro no se enojó.

—Señora, ha entrado V. aquí de un modo... dijo S. E.

He entrado como entro siempre en todas partes, con la cara descubierta y la verdad por delante. El portero le ha dicho á V. E. que Mariquita deseaba verle. Pues yo me llamo así para servir á V. E.

—Bueno, bueno...

—Digo esto para que no crea V. E. que he venido aquí con supercherías y embustes. Yo no miento nunca.

—¿Y qué desea V.?

—Poca cosa. Ha de saber V. E. que me he casado hace dos meses con un sujeto que lleva tres años de meritorio en Correos... Ya ve V. E. qué presente y qué porvenir. El no es un Salomón, pero hombre honrado y trabajador, sí, señor, que lo es, y tiene una letra muy bonita; y de cuentas sabe una barbaridad. Mire V. E., yo soy muy económica, y con dos hago lo que otras con cuatro, pero lo que es con nada hágase cargo V. E. de lo que podré hacer... Conque, ya sabe V. E. á lo que vengo, á que señale algún sueldo, aunque sea corto, á mi marido, que me parece que despues de tres años de hacer méritos, ya es de justicia darle algo seguro al pobre. ¿Lo va á hacer V. E.?... Me parece que sí, porque V. E. tiene cara de ser buena persona. Mi marido se llama D. Arturo Carranque, meritorio en Correos, con tres años de servicios y dos meses de casado. Muchas gracias por tanta bondad, y si en algo le puede servir... mi marido, puede V. E. disponer y mandarle con entera franqueza. Beso la mano de V. E.

Mariquita hizo una graciosa cortesía á S. E., y salió con la tía, dejando al ministro agradablemente impresionado, y tanto, que seguidamente llamó al director del ramo, y le pidió una credencial de seis mil reales á favor de D. Arturo Carranque.

Este la recibió al ir á salir de la oficina, y corrió á su casa lleno de entusiasmo, y mostrando á su mujer el oficio, exclamó:

—Y luego dirán que en España no se premian

los buenos servicios. Ahí tienes, sin recomendacion de nadie, sin que yo haya pedido nada, sin conocerme el ministro ni el director, ahí tienes... ya tengo seis mil reales, ya somos felices, ya se cumple tu deseo de que tomemos un cuartito, y hagamos casa. ¡Qué ministro ese!... ¡Y luego vendrán los periódicos diciendo que es un pillo! Ganas me dan de ir á la redaccion de alguno de los que le ponen como nuevo, y dar de bofetadas al director y á todos los redactores. Voy á comprar un pliego de papel vitela, para escribirle una carta en letra gótica, dándole las gracias, y tú á ver si le bordas un pañuelo para su mujer, con la fecha de mi nombramiento y las tablas de la ley.

El favorecido no supo hasta muchos años despues por quién habia obtenido aquel nombramiento.

El ministro recibió la pomposa carta, que le dirigió su *humilde súbdito*, que así firmaba, Arturo Carranque y Malvareal, y aunque le hizo gracia la carta, más gracia le hubiese hecho que hubiera ido á darle las gracias la donosa Mariquita.

Un mes despues, ya estaba el matrimonio en un cuartito muy pequeñito, en la calle de Silva, y Mariquita empezaba á lucir sus habilidades de mujer de su casa.

—¿Y qué tal os va?... le preguntaba su padre cuando iba á verla.

—Muy ricamente, padre. Ya tenemos 25 duros al mes.

—¡Vaya una fortuna!

—Sí, señor, una fortuna es para quien, como nosotros, no tenía nada.

—Verás, verás lo que vais á pasar.

—¡Jesus! siempre está V. diciendo lo mismo.

—Bueno, bueno, yo me lavo las manos. Tú lo quisiste... ¡Bastante harás con 25 duros al mes!...

—Viviremos honradamente sin deber nada á nadie.

—Bien, bien... y en teniendo chicos, ya verás lo que os pasa.

—Los tendremos, y ya verá V. cómo los sacamos adelante.

—Sí, sí, bueno; á la cara te ha de salir tu desobediencia á tu padre.

—Yo tengo confianza en Dios.

—Bien, bien; adelante, hija... Ya verás, ya verás lo que es bueno.

El padre no se podía persuadir de que alguien pudiera ser feliz siendo empleado ó siendo casado. El en sus empleos y en su matrimonio, habia sido poco afortunado.

III

Era cosa de ver la casita que puso Doña Mariquita, y qué limpio, aseadito, cosido, cepillado y reluciente estaba D. Arturo Carranque. Los 25 duros que este cobraba todos los meses, eran, en manos de su mujer, una verdadera riqueza; para todas las necesidades de la casa había dinero de sobra, y aún guardaba cada mes algunos duros la económica esposa, para ir haciendo la canastilla, porque todas las señales indicaban que no pasarían más de nueve meses sin que se aumentara la familia.

La casa de Doña Mariquita era lo que se llama una tacita de plata; en el suelo se podían comer sopas, aunque yo no las hubiera comido; en las paredes no se veía una mala telaraña siquiera; las sillas parecían acabadas de salir del almacén; la cómoda, que era vieja, barnizada nuevamente, la hubieran comprado sin reparo por nueva; en la cocina no se podía entrar sin quedar deslumbrado; tanto relucían los sartenes, el perol y otros efectos de metal artís-

ticamente colocados en las paredes. El antiguo meritorio habia cambiado de aspecto por completo; ántes estaba pálido, flaco, alicaído; desde que se casó se le veía colorado, grueso, animado, con todas las señales de la buena salud, y hasta el gato que acompañaba al matrimonio, se habia puesto enormemente gordo, que nadie lo hubiera creído propiedad de un empleadillo de 6.000 reales, sino de algun prior de jerónimos, y demostraba claramente que en aquella casa se comia bien y mucho.

A los nueve meses justos, Doña Mariquita dió á luz dos chicos de primera calidad, causándole extraordinaria alegría aquel regalo de la Providencia, mucha más que al afortunado padre, que se encontró con dos bocas más en casa, cuando él esperaba sólo una; el hombre se preocupó mucho con el fausto acontecimiento, pero su mujer le animó, asegurándole que ella se bastaba y sobraba para criar á los dos Carranques, y que con los 6.000 reales era capaz de ocurrir á todas las necesidades.

Cuando el padre de Mariquita vió los dos nietos que el cielo le enviaba, se llevó las manos á la cabeza, hizo mil contorsiones, y exclamó:

—¡Anda! ¡anda! ¡dos chicos de un golpe!... ¿No querias casarte?... Pues ahora, ahora verás, hija, lo que es bueno. Te digo que te vas á divertir...

—Pero, padre, si Dios me los ha enviado, ¿qué he de hacer?...

—Si no te hubieras casado, Dios no te habria enviado esos dos muchachos.

—Tengo una alegría... Verá V. qué contenta los voy á criar...

—Sí, sí, ahora verás lo que es canela.

—¡Jesus! ¡qué profeta de desgracias es V.!

—Nada, nada, si tú estás satisfecha, me alegro; pero ya verás, ya verás.

—V. si que verá cómo vivimos en paz y en gracia de Dios, y no nos sucede ningun trabajo.

A los ocho dias de haber salido á la escena los dos hijos de Carranque, ya estaba la fecunda madre tan lista como si nada hubiera pasado, y entre los dos repartia amorosamente el nutritivo jugo maternal, de que la naturaleza la habia dotado pródigamente.

Y el bueno de Carranque no advirtió falta alguna, y estuvo tan cuidado, tan atendido, tan cosido, zurcido y repasado, como cuando su mujer no tenia otra preocupacion que el amado esposo. Y para que este no tuviera que oir llorar á los niños, Mariquita tuvo buen cuidado de procurar que las horas en que el esposo estaba en casa los mamones durmieran, y así solamente ella los oia llorar y berrear; en este matrimonio no era el maridito quien se levantaba de noche á dar unas cuantas vueltas á los niños, sino la amorosa madre, que nunca tenia pereza, ni se acordaba de su comodidad cuando se trataba de hacer algo por los dos inocentes cuya existencia estaba en sus manos. La cuestion económica la dominó por completo, haciendo lo que todavía no ha hecho ningun ministro de Hacienda en España, y todavía le sobró cada mes algo de los veinticinco duros que

traía el marido, y éste no se quedó sin fumar. Tal milagro asombraba á Carranque, que oía en su oficina á otros empleados, con ménos obligaciones y más sueldo, decir que no podían vivir, que á la mitad del mes no tenían un cuarto de la paga, y él vivía y comía, si no manjares primorosos, alimento sano y hábilmente aderezado y sazonado por su mujer, que parecia imposible tuviera tiempo bastante para atender á sus hijos y disponer la comidita apetitosa al pazguato de su marido, que en cuanto se casó se hizo el hombre más prosaico, vulgar y desabrido que se ha visto en el mundo. En su casa no hacia más que comer y dormir, leer la *Historia de la Inquisicion*, que era el único libro que tenia, y le entretenia muchísimo la descripción de los tormentos que aplicaba el santo tribunal á los pobres que caían en sus mazmorras.

De cuando en cuando suspendía la lectura y decia á su mujer:

—¿Qué te parece coger á un hombre y colgarle de un garfio por el dedo meñique del pié derecho?

—¿Qué barbaridad, hombre!

—¿Tú no has conocido á ninguno que le hayan emparedado?

—¡Yo!... ¡Jesus! ¿qué preguntas tan necias tienes!

—Pues no tendria nada de particular, porque aquí hay una estadística en que constan más de mil. Entre mil bien podías haber conocido á alguno. Y potro, ¿sabes lo que es?

—Hombre, no; no sé lo que es.

—Debes leer este libro.

—Sí, tiempo tengo yo para eso. Y que debe ser divertido el librito.

—Todos los horrores de la Inquisicion están aquí, que le ponen á uno los pelos de punta. Te voy á leer este capítulo que describe el tormento de la rueda.

—No, no me lo leas, y vamos á acostarnos, que ya están los niños dormiditos.

Y Carranque cerraba el libro de la Inquisicion, y lo metia en el cajon de la mesa de comer, para sacarlo la noche siguiente, y volver á saturarse de horrores inquisitoriales.

A los diez meses hubo que destetar á las criaturas, porque la madre estaba otra vez en estado interesante.

Cuando lo supo D. Pedro, el cesante del ramo de sales, exclamó:

—Pero, mujer, ¿vas á tener otro hijo?... ¿Te vas á atrever á tener otro hijo?

—Sí, señor, ¿y qué?

—Bien, bien; con tres hijos ya verás lo que es bueno. Ya te acordarás de tu padre, y sentirás no haber hecho caso de su consejo.

—Siempre dice V. lo mismo.

—Ya, ya cogerás el cielo con las manos; pero, hija, tú te has buscado todo lo que te sucede.

—Pero, señor, ¿qué me sucede de extraordinario?

—Nada, nada; ya verás lo que es bueno... Con tres hijos y ese marido, te digo que te vas á divertir.

IV

No crean los lectores que Doña Mariquita se permitió el exceso de echar al mundo otro par de pelones; fué una niña la que salió á luz; pero con grandes dificultades, y poniendo muy en peligro la vida de su madre; con este motivo, decia el venturoso padre al experto cirujano que asistia á la paciente:

—Hombre, por más que cavilo, no puedo comprender cómo dos criaturas salieron la otra vez con tanta facilidad, y ahora una sola ha salido con tanto trabajo.

—Sí, señor, sí, contestaba el cirujano; eso consiste...

—¿En qué?... tengo gran curiosidad... Además, mi mujer, la primera vez era primeriza, que era una circunstancia agravante...

—Mire V., se ven casos muy raros. ¿V. sabe que era primeriza la primera vez su apreciable señora?...

—Señor cirujano, esa pregunta...

—¡Ah! V. perdone, es claro que lo era... Conque hablábamos de las dificultades de este parto.

—Sí, sí, de eso hablábamos, pero no hablemos más de eso. ¿V. la conceptúa fuera de peligro?...

—Mire V., hablando en puridad, mientras una persona se halla en este mundo, no está fuera de peligro.

—¿Qué me cuenta V.?... ¿Conque únicamente sale uno de peligro cuando se muere?...

—Sí, señor, y nadie podrá sostenerme lo contrario. La señora de V. tiene una naturaleza privilegiada, y espero que resistirá valerosamente la tremenda prueba.

Y en efecto, Mariquita se puso buena al cabo de un mes, y comenzó á criar á la niña.

Pero, ¡qué desórden en la casa mientras ella estuvo enferma! Se habia gastado la paga y los ahorros, y ya se debía dinero en la tienda, y el bueno de Carranque se habia visto precisado á empeñar el reloj, única alhaja que poseia, legado de un tío canónigo en Sigüenza, que si no se hubiera muerto, hubiese hecho mucho por su sobrino.

Mariquita se escandalizó al enterarse del gasto hecho, é increpó severamente á su marido, diciéndole que era un maniroto, un desmanotado, un derrochador, y le sentenció á fumar la mitad durante seis meses, y tomó sus disposiciones para enjugar el déficit y volver á introducir en el gobierno de la casa el orden y el buen régimen administrativo, perturbado por el que interinamente habia tenido á su cargo tan importante cuidado.

¿Cómo logró el apetecido resultado la buena es-

posa y excelente madre?... No es posible explicarlo; pero en seis meses restableció el equilibrio entre los ingresos y los gastos, y el séptimo mes ya pudo dar licencia á su marido para fumar algo más, bien que éste no hizo uso de ella, toda vez que en el semestre de penuria se habia acostumbrado á fumar ménos.

Carranque no podia ménos de admirar á su mujer, que tales milagros hacia, y una noche, mientras estaba un ratito viendo jugar al billar en el café de la calle de la Luna, se dijo:

—Carranque, tú no mereces la mujer que tienes; ella siempre metida en casa con los chicos, trabajando siempre por tí, mientras tú te vienes aquí, al billar, á estudiar en la escuela del vicio, á interesar tu atencion en las carambolas del capellan del regimiento que juega con el físico, á oír las palabrotas que aquí se dicen, á perder el tiempo, en fin. Tu mujer no te trata á tí como á un marido de seis mil reales, sino como á uno de ocho ó diez, te trae sin un roto ni un descosido, con tu camisita planchada, con tu gaban sin un átomo de polvo, con el sombrero tan flamante como el día que lo compraste, que ya hace tiempo. Tú eres un holgazán, Arturo; siento decírtelo, pero esa es la verdad, porque por las noches en tu casa podias hacer algo que te produjera algo, y con este algo tu mujer tendria algo más para las obligaciones de tu casa. Conque es preciso que trabajes de noche en alguna cosa útil. Tu compañero de oficina, Gonzalez, un chico de veintidos años, ha escrito una comedia que se la han echado en el Circo,

y ya le ha valido más de tres mil reales... Pues si ese muchacho, sin experiencia, sin haber leído acaso ni la *Historia de la Inquisicion*, ha hecho una comedia, ¿qué no harás tú, hombre de más experiencia, de más disposiciones, de más mundo, y que has leído, además de esa historia, *Nuestra Señora de Paris*, *Han de Islandia* y una barbaridad de comedias?... Voy á hacer una comedia.

Arturo, desde el dia siguiente, se encerró en casa apenas salia de la oficina, y empezó la comedia.

—En concluyendo yo esto, decia á su mujer, tendremos mucho más dinero.

—Pues ¿qué es eso?... preguntaba Mariquita.

—Una comedia.

—¿Comedia?... ¿y hecha por tí?...

—No te rias, que otros, con ménos facultades que yo, las hacen.

—Eres modesto, eso sí.

—Hija, lo que un hombre hace lo puede hacer otro hombre.

—Segun lo que sea.

—Figúrate si gustará una comedia en que sale una pidiendo una limosna á un mesonero, y éste la echa con mil diablos, y entónces ella se descubre y es la emperatriz Catalina de Rusia, y manda que al mesonero le den cincuenta palos allí mismo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y dónde le dan los palos?...

—Toma, allí mismo, en la escena. Verás qué papel.

—Sí, es un papel muy bonito el de quien reciba cincuenta palos.

—No, verás; es que luego resulta que el mesonero no es mesonero, sino un teniente de caballería que estuvo en relaciones con la emperatriz.

—Y eso ¿se descubre después que le han apaleado?...

—No, porque al quinto palo canta él...

—Pero, hombre, ¿cantar un hombre que le dan de palos?...

—Quiero decir, que dice quién es.

—¿Y la emperatriz entónces?...

—En eso estoy ahora atascado. No sé si se desmaye, ó se vaya huyendo horrorizada de lo que ha hecho, ó le mande cortar la cabeza, ó se arregle con él otra vez.

—Mira, la mejor solución que puedes dar á esa dificultad...

—Dime, dime, que las mujeres soleis tener algunas veces ideas muy acertadas... Uno que escribía comedias como yo, un tal Moliere, siempre se las leía á su cocinera... Vamos á ver, ¿qué te parece á tí que será de más efecto para el público?

—Mira, lo de más efecto para tí, para mí y para el público seria que rompieras todo lo que has escrito y te dejases de escribir comedias, porque Dios no te llama por ese camino. Tu intencion es buena, quieres aumentar nuestros recursos, y yo celebraré que los aumentes, pero, créeme á mí, escribiendo comedias no vas á ganar un cuarto.

—Eso sí que no se lo dijo nunca su cocinera á ese señor Moliere.

—Seria porque ese señor Moliere haria comedias mejor que tú.

Un poco ofendió al autor dramático la opinion de su mujer y el desden con que oyó las escenas que tenia escritas, hasta la de los palos al mesonero fingido, pero como Carranque no pudo, por más que discurrió, encontrar modo de continuar, despues de tan interesante escena, la disparatada fábula, quedóse allí la comedia, y el autor guardó el manuscrito, pensando que acaso, cuando ménos lo imaginase, le ocurriria la manera de salvar la dificultad.

Y empezó á pensar qué nuevo trabajo emprenderia que pudiera darle algun provecho, ya que no la gran fama que le habria dado la comedia, si hubiera podido salir del atascamiento de la escena de los palos.

La fortuna le proporcionó un trabajo conforme con la aficion que en él se empezaba á desarrollar: por mediacion de su compañero Gonzalez, el autor de la comedia representada en el Circo, pudo seguir escribiendo para el teatro, pudo escribir comedias, sólo que eran comedias de otros, y su trabajo consistia en copiar los ejemplares para apuntar y sacar los papeles que habian de estudiar los actores.

Este trabajo, aunque lo hacia muy barato, servia de mucho á Mariquita, que pronto comenzó á ahorrar otra vez.

A Carranque le parecia tarea impropia de sus méritos, y muchas veces se lamentaba de verse reducido á copiar comedias *que no valian nada*, de Hartzen-

busch, de Rubí, de Tamayo, quien las podia escribir mucho mejores. Y no pocas solia *corregir* algun verso añadiéndole una oportuna exclamacion que, aunque le hiciera algo más largo de lo conveniente, daba mucha más fuerza á la idea y á la situacion. Luégo, en el teatro, le suprimian lo que él habia añadido desinteresadamente. Pero su aficion le perdió. Una vez, al copiar una comedia en prosa, la halló tan escasa de chistes y equívocos ingeniosos, que creyó obra de caridad para con el incógnito autor de la misma, intercalar en los diálogos algunas gracias suyas, suponiendo que al ver luego el autor su comedia tal como el copiante se la componia y aderezaba, quedaria contento de ella, y aún acaso se figuraria que todo era obra suya. Y puesto á añadir chistes y agudezas, tantas le puso, que en el paso de papeles en el teatro, los actores todos soltaron el trapo á reir, y acudieron á la empresa exponiendo que si se decia todo lo que estaba escrito en aquella comedia, la noche de su representacion el público se veria precisado á matar al autor. Este, que no habia asistido al ensayo, fué llamado por la empresa, que le devolvió la comedia, diciéndole que tal como la habia reformado era imposible se pusiese en escena. Confrontose el original con la copia, y el copiante quedó destituido, como único autor de semejante atentado, y sufrió una dura amonestacion del ultrajado poeta, que nada ménos que intentaba llevarle á los tribunales.

Gran pena causó á Carranque este percance, que

le privaba de un recurso no despreciable, pero se consoló con que la comedia, que se representó desprovista de todas las galas con que él la habia adornado al copiarla, fué silbada, ó poco ménos, por el ilustrado público.

—¡Qué lástima de comedia! exclamó Carranque al saber el fiasco; si se hubiera representado como yo la arreglé, hubiese alborotado, se habria hecho treinta noches seguidas.

Mariquita, con su bondad, con su buen instinto de esposa y madre, consoló á su marido de la pérdida de su plaza de copiante, le hizo ver que no les trastornaba mucho y que ella era capaz de continuar atendiendo á todo con los seis mil reales.

—Los tres niños están ya criados; ahora me dan que hacer, pero no tanto; al anochecer los acuesto, y ya tengo libre toda la noche. Verás cómo ahora que á tí te falta el trabajo, me procuro trabajo yo. Me han prometido darme á hacer guantes. Pagan muy poco, pero eso poco nos vendrá muy bien.

Así decia Mariquita á su marido.

—Pero, mujer, despues de lo que tienes que hacer todo el dia, ¿cómo vas á trabajar de noche?

—¿Y qué tengo que hacer? Nada; la rutina de siempre. Tengo ya tal costumbre de hacer todas las cosas, tengo tan ordenado el trabajo, que lo hago facilísimamente. En cuanto asciendas, tomaremos criada, no para trabajar yo ménos, sino para trabajar más, porque entónces tendré más tiempo, y miéntras ella haga las cosas de la cocina, yo podré

coser, bordar primores para venderlos. No hay más que una cosa que me preocupa: el temor de que te dejen cesante. Entónces sí que no sé cómo nos veríamos; pero ahora me preocupa ese temor, y si llegara el caso de realizarse, no creas que me amilanaría. Quiere decir que nos reduciríamos más y veríamos en qué podíamos trabajar. Por mis hijos á todo me atrevería.

—Yo tambien pienso á veces que puedo quedarme cesante, y me horripilo. ¡Habria que oir á tu padre, que siempre me está pronosticando esa desventura!

Tuvo suerte Carranque, porque, aunque, segun costumbre en la administracion pública, se hacian en su oficina unos quince arreglos cada mes, y quedaban cesantes y excedentes muchos empleados, y luego volvian á entrar, y despues á salir, el bueno de Carranque fué respetado, no porque inspirase *per se* gran respeto, sino porque era necesario é irremplazable en aquella oficina. Por rutina desempeñaba su empleo con una precision admirable, y no era fácil encontrar persona que en poco tiempo se pusiera tan

al corriente como lo estaba Carranque; el cometido que éste desempeñaba estaba tan relacionado con el buen servicio del público, que no se podía prescindir de aquel empleado un solo día.

Muchas veces se intentó limpiarle el comedero, ó el pesebre, como él mismo decia haciéndose poco favor; pero en seguida subia el administrador central á ver al director ó al ministro:

—Señor, le decia al jefe, que me quiten todos los demas empleados, que me quiten á mí mismo, pero, por Dios, que no me toquen á Carranque, porque sin Carranque no es posible que haya correos en España.

—Pero, hombre, ¿tanto talento tiene ese hombre?

—Como un adoquin.

—Entónces, ¿qué alta persona le protege?

—Nadie.

—Pues ¿qué diablos de habilidad posee ese indispensable empleado?

—Ninguna; pero lo que hace en la oficina no hay quien lo haga como él. Tiene medido el tiempo de tal manera, que lo que hace falta á las diez y cuarto, lo tiene hecho á las diez y catorce minutos; lo que ha de estar á las dos y media, está á las dos y veintiocho... y, en fin, seria muy largo explicar en lo que consiste la maestría de ese hombre, que no tiene ninguna habilidad, y, sin embargo, es tan preciso para el movimiento de este ramo de la administracion, como lo es en la locomotora la ruedita más pequeña y escondida, que si se tuerce

ó detiene, la máquina no anda y el tren no avanza.

—Vaya, vaya, pues dejemos á Carranque en paz, decia al fin el jefe.

Pero sucedió que entró en la Direccion de correos un gran liberal, farmacéutico, ó cosa así, y trató de variar por completo el personal, que le parecía por extremo reaccionario; al efecto, empezó á repasar la lista de los empleados y á enterarse de sus circunstancias, asistido de dos cesantes que iban á ser colocados en aquella dependencia, ya conocida para ellos.

Larga era la lista, y ninguno de los que en ella figuraban hallaba gracia ni piedad en aquel severo tribunal; todos iban siendo sentenciados á negra cesantía; mas al llegar á Carranque, los dos vampiros, consejeros áulicos del nuevo director de correos, exclamaron:

—Ese no... á ese no hay que tocarle.

—¿Por qué?...

—No se le puede tocar, no, señor. Nosotros hemos servido en el ramo, y sabemos que no se le puede tocar.

—Bien, para dejarle cesante no hay necesidad de tocarle; yo no vengo aquí á pegar á nadie.

—No es eso, señor director, es que no se le puede dejar cesante.

—¡Hombre! ¡en España hay un empleado á quien no se le puede dejar cesante! No lo creo.

—No es posible, no, señor.

—Pero ¿por qué?

—Porque es absolutamente necesario; tan necesario como el buzón.

—Para mí no hay nadie ni nada necesario, ni siquiera el buzón.

—Vea V. lo que hace. Ya ve V. que no es amigo nuestro, ni correigionario, pero sabemos que sin él no se puede pasar.

—Vaya, pues ahora mismo extiéndame V. ahí la cesantía. ¡Qué se entiende!... ¡No tener yo autoridad para remover á ese empleado!... ¡Cesante hoy mismo, y no vuelve á entrar aquí!

Y el flamante director salió seguidamente á que firmara el nuevo ministrillo la cesantía de Carranque, y bajó tan ufano y orgulloso, como si hubiera conseguido un gran triunfo. Hacer lo que ninguno se había atrevido á hacer era un acto de energía que le daría, sin duda, gran prestigio.

Carranque recibió su cesantía.

—¡Sea todo por Dios! exclamó: aquí da fin la novela de mi vida. De cómo se mueren de hambre Carranque, su mujer y tres hijos.

Y se dirigió á casa con el funesto papel en el bolsillo.

Mariquita estaba todavía más alegre que de ordinario.

—Estaba deseando que vinieras, le dijo.

—Pues ¿qué ha pasado?... ¿Ha fallecido algún chico?

—¡Jesus! no lo quiera Dios.

—No, como algún día han de morir los tres...

—¡Qué bromas tan necias tienes! Ya no te digo lo que te iba á decir.

—Si, mujer, dímelo.

—Pero tú tambien debes traer algo, porque noto en tí un no sé qué...

—Yo sí lo sé; pero, dime, dime tú lo que tienes, y ya te diré yo luego lo que te traigo.

—Dímelo tú ántes.

—Que no.

—Pues bien; sabrás... así como así estoy deseando decírtelo... Estoy embarazada.

—¿Sí?... Pues yo tambien.

—¡Qué gracia!

—Y si me apuras, más que tú.

—¡Qué tonto eres!

—¿No lo crees?... Pues lee ese papel, y tiembla.

—¡Cesantel... ¡Estás cesantel...

—¡Me alegro! exclamó D. Pedro Salido, el padre de Mariquita, que entraba en aquel momento. Ya te lo decia yo, hija, pero no me quisiste creer. Ahora, ahora sí que vas á ver lo que es bueno...

—Padre, no venga V. á desesperarme.

—No, si no te digo nada, sino que ahora es cuando vas á conocer la razon que yo tenia en oponerme á tu matrimonio.

—¡Déjeme V., por Dios!

—Ahora, ahora entran los apuros; ahora es cuando vas á saber lo que es bueno. ¿No querias casarte? Pues ahí tienes los resultados. Tres hijos, otro en camino, y el maridito cesante.

—¡Jesus! padre, tenga V. caridad y no me atormente.

—Yo lo siento, hija, pero ya te lo tenia pronosticado. Ahora es cuando vas á pasar la pena negra.

.....
Tremenda noche fué aquella para el matrimonio. Toda la pasaron discutiendo acerca de su situacion, imaginando ineficaces medios de remediarla, y conviniendo en que no habia más salida que morir de hambre los dos con los tres chicos.

Y como pasaron toda la noche despiertos, por la mañana se durmió profundamente el reo, y no se despertó hasta que su mujer entró gritando con grandes voces:

—¡Carranque! ¡Carranque!

—¿Qué quieres, mujer?

—Levántate, no te detengas; anda, corre, vuela.

—¿Que está ahí tu abuela? preguntó dormido aún.

—Toma, toma ese papel...

—¿Un oficio?... ¿Me dejan cesante otra vez?

—No, hombre, no, despierta; es que te reponen.

—¿Que me deponen? Ya lo sé, no me lo recuerdes.

—¡Hombre! que te han repuesto.

—¡Que me han compuesto!... ¡Ya lo creo! Déjame dormir; el sueño es la imagen de la muerte; déjame acostumbrarme poco á poco á la muerte.

—¡Jesus! si es que te colocan otra vez en tu destino.

—¡Ay, Dios mio! ¿de veras?... Entónces mi cesantía ha sido un sueño, una pesadilla...

—No, hombre, no; te han dejado cesante, pero te reponen, atendiendo á tus circunstancias.

En efecto, el primer día que faltó Carranque se convenció el director de que sin Carranque no podía marchar con la precisión necesaria el servicio, y le repuso, aunque contra su voluntad. Y tanto le disgustó haberse visto precisado á ceder, que pidió y obtuvo ser trasladado á otra dirección donde no hubiera otro Carranque.

VI

Con la puntualidad acostumbrada publicó doña Mariquita su cuarto hijo, dando lugar á que el abuelo de la criatura hiciera grandes exclamaciones y aspavientos, y, como siempre, pronosticara mil desdichas al matrimonio.

Y doña Mariquita crió á su cuarto hijo, como había criado á los anteriores, y continuó haciendo milagros imposibles con los seis mil reales de Carranque; éste buscó trabajo, quiso volver á su oficio de copiante de teatro, pero todas las empresas tenían

ya noticia de su habilidad en corregir las obras ajenas, y no les pareció conveniente utilizar sus servicios.

Carranque se vió obligado, contra su voluntad, á leer otra vez la *Historia de la Inquisicion*, para no estar enteramente ocioso cuando por la noche su mujercita le repasaba la ropa á fin de que siempre fuera decente, ó hacia medias para los niños, ó cosía guantes para obtener una mínima cantidad por su trabajo.

Ni un solo día iba la excelente madre al teatro, ni tenía amigas, ni salía á paseo jamás, ni se había cuidado de hacerse un nuevo vestido en los años que llevaba de casada, y jamás le oía su marido una queja, nunca la veía disgustada, ni advirtió en ella la más leve señal de cansancio.

Siempre veía en su mujer rostro afable, afecto tranquilo y confiado, consideracion, esmero en servirle y afán en hacerle agradable la vida. Y todo esto lo hacía sin alarde, sencilla, modestamente, sin ofenderse porque su marido, ente vulgar, egoísta, de estrechas miras, apenas se diera por advertido de los esquisitos cuidados, de los constantes desvelos de su mujer.

Nada, ni la mayor grandeza, le causaba envidia; la hermosura, la elegancia, la ventura en otras mujeres las aplaudía y celebraba gozosa, y nunca le pudo oír nadie ninguna frase que indicara no estar ella satisfecha de la suerte que le había tocado.

Aquellas frases que tan frecuentemente se oyen:—

¡Jesus! unas tanto y otras tan poco.—Cátese V. para esto.—Yo no puedo más; estos chicos acaban conmigo.—¡Qué vida de perros!—Yo me tuve la culpa, etc., etc., eran completamente desconocidas para doña Mariquita, y si alguna vez su marido, más intolerante y ménos sufrido, se quejaba, allí estaba ella para reprenderle suavemente, con singular cordura y admirable buen sentido.

—No ofendas á Dios, que no tenemos motivo de quejarnos.

—Pero, mujer; ¿no voy á tener en la vida más que seis mil reales.

—Mientras podamos vivir con eso, ¿para qué ambicionar más? Si tuviéramos más nos vendria perfectamente, y yo me alegraria mucho, pero mientras no lo tenemos, no he de darme el mal rato de apenarme por ese motivo. Mira, enfrente vive una señora muy rica, que ha tenido dos hijos, y se le han muerto; en esta misma casa, en el piso principal, vive un matrimonio que tiene gran renta; pues el marido padece accidentes epilépticos, y la señora, una buenísima persona, tiene una afeccion de pecho; en el segundo ya sabes lo que pasa; el marido goza gran sueldo y su mujer gran dote, y viven en perpetua guerra, y se odian cordialmente, y van á separarse. Compara la brillante posicion que la riqueza da á esas personas con nuestra humilde y bendita pobreza, y atrévete á decir si te cambiarías tú por el padre que ha perdido sus dos hijos, por el que sufre esos horribles accidentes, ó por el que vive odiando

á su mujer, sin momento de tranquilidad y en la mayor desesperacion.

Esta era doña Mariquita , así hablaba á su marido, por quien no sentia pasion, que era incapaz de inspirar aquel pobre hombre, pero á quien respetaba como dueño y compañero, libremente elegido por ella, y que era padre de sus hijos.

La monotonía, la invariable igualdad de su vida, que para otra hubiera sido penosa, era para ella por extremo agradable. Una sola cosa le mortificaba; la idea de no poder hacer bien, porque necesitaba todos sus recursos para sus hijos, y no podia distraer de esta sagrada obligacion ni un solo ochavo.

Pero á bien que una vez que se le presentó ocasion de hacer el bien, lo hizo bizarramente.

Contaré el caso, si no abuso de la bondad del lector, que habria imaginado acaso hallar en este libro el interes de los variados incidentes de la novela, y las sorpresas, aventuras y cosas extraordinarias propias de ese género de literatura; este libro es solamente un sencillo estudio de costumbres, una flor modesta para la corona de las buenas madres, un conjunto de vulgaridades tal vez, pero en el que las madres hallarán alguna poesía, si no en su pobre estilo desaliñado, en los recuerdos, y en las penas y en las alegrías que en ellas ha de evocar su lectura.

Pero continuó.

En la misma casa donde vivia doña Mariquita se recogia de noche en una buhardilla trastera una in-

feliz mujer, cuyo esposo, cabo de carabineros, habia sido fusilado seis meses ántes, víctima de la maldita ambicion de unos políticos sin conciencia que le habian inducido á rebelarse contra el gobierno establecido. La triste viuda, enferma, embarazada, herida en el corazon por tan horrible infortunio, habia trabajado miéntras pudo; pero un dia ya no tuvo fuerzas, ni siquiera para arrastrarse hasta el hospital, ni para pedir socorro.

De dia no estaba nunca la viuda en su desvan: los vecinos pasaron muchas veces junto á su puerta cerrada, y á ninguno le ocurrió que allí dentro pudiera estar la desdichada, privada de sentido, fria, rígida como un cadáver.

Despues de algunas horas, la mujer recobró el conocimiento, y sintió agudísimos dolores; quiso gritar, y no pudo; quiso llegar á la puerta del desvan, inútil empeño.

Iba á ser madre la cuitada, la desamparada viuda, allí abandonada de todo el mundo, sin tener con qué abrigar á su hijo, sin un pedazo de pan, sin auxilio de nadie, miéntras los que causaron la triste y afrentosa muerte de su marido, del padre de aquel ser inocente que iba á nacer, allá en la emigracion, en un banquete, discurrían los medios de intentar otro vez derribar al gobierno—que, *tiránico*, les habia desbaratado la conspiracion,—sin otro objeto que el de ser ellos los que, posesionados del poder, ejercieran la tiranía, y más dura y más vergonzosa y más infundada que la que á ellos les habia permitido po-

nerse en salvo, y se habia contentado con castigar el delito por ellos cometido, condenando á muerte á los que no habian sido más que ciegos instrumentos de la ambicion y la felonía.

De repente sonó un grito de supremo dolor, grito de indefinible angustia. Y luego nada se volvió á oír.

Doña Mariquita, que estaba sentada junto á la ventana del patio, se levantó y fué á la puerta de la escalera.

—¡Dios mio! exclamó, ese grito ha sido horroroso...

Subió al último piso; nadie sabia quién habia gritado.

Doña Mariquita se detuvo delante de la puerta del desvan.

—Aquí debe ser, dijo; la pobre mujer que se recoge aquí debe estar dentro .. ¡Oh! ya sé lo que es; la infeliz ha parido.

Llamó, pero nadie contestó.

—Hay que abrir esta puerta; esa mujer debe estar privada de conocimiento.

—No se puede abrir sin que venga el juez, observó un vecino.

—¿Y si se muere mientras viene ese señor?...

La puerta no opuso resistencia.

Un vecino forzado hizo saltar pronto la cerradura.

Doña Mariquita entró.

—¡Un médico! exclamó, ¡que venga un médico!

La madre estaba muerta, pero el hijo vivia.

Vino el médico, acudieron los vecinos todos, y el juzgado. El juez dispuso que el cadáver fuese llevado al hospital, y el recién nacido á la Inclusa, supuesto que no se sabía que tuviese pariente alguno.

—Señor, dijo Doña Mariquita, ¿á la Inclusa ha de ir ese angelito?...

—A no ser que haya quien se encargue de él.

—Yo de buena gana haría esa obra de caridad, dijo una señora muy bien acomodada y sin hijos, pero no puedo.

—Yo tampoco, añadió el dueño de la casa, viudo verde con mucho dinero, porque un hombre solo... El mundo es murmurador, y puede que me colgara algun milagro que yo no he hecho.

—¡Pobre criatura! exclamó una solterona más fea que un mico, que tenía 10.000 reales de orfandad, y se gastaba la mitad en dulces para dos perros rateros que la acompañaban hasta á misa.

El hijo del fusilado no tenía quien le quisiera.

Doña Mariquita iba y venía, hablaba á este y al otro, pedía favor y caridad para el recién nacido, pero sin resultado.

—Señora, dijo el juez, esta criatura no puede estar aquí más tiempo, y es preciso llevarla á la Inclusa.

—Señor, exclamó la de Carranque, yo tengo cuatro hijos pequeños, y mi marido no tiene más que seis mil reales de sueldo, pero, sea lo que Dios quiera... desde ahora tengo cinco hijos. Venga el niño.

Todos aplaudieron aquel rasgo de caridad, de que

ninguno habia sido capaz, y el juez, conmovido, entregó, con las formalidades legales, á Doña Mariquita, el huérfano recién nacido.

Carranque volvió de la oficina, y halló á su mujer con el niño en brazos, muy abrigadito con un pañuelo, tanto que no se le veía la cara.

—Hijo, le dijo Mariquita, hoy has de dispensar si no está hecha aún la sopa.

—Bueno, mujer; ahora la harás.

—Antes tengo que decirte la novedad.

—¿Qué ha ocurrido?... ¿Han colocado á tu padre? Esa sí que seria novedad.

—No es eso. Tengo un regalo para tí.

—Vaya, me habrás hecho la corbata que me tenias prometida. Sácala, sácala.

—Es mejor que eso.

—Cáspita, ¿qué será?... No me lo digas, á ver si acierto. ¿Has encontrado algun medio de seguir en la comedia la escena que ha de ir despues de la de los palos?...

—¿Qué tontería!

—¿Es que me han ascendido, y te han traído la credencial á casa para sorprenderme cuando volviera?...

—Buen regalo seria ese, pero no hay tal cosa. No lo adivinarás nunca, y te lo voy á decir. Es que mientras tú estabas tan descuidado en tu obligacion, yo he tenido un chico.

—¡Ave María Purísima! No puede ser.

—Míralo.

Y Doña Mariquita descubrió el rostro del angelito.

—Pero mujer, esto es demasiado. Este chico espontáneo y extemporáneo no lo reconozco, no lo puedo reconocer.

—Yo lo he reconocido, y tú lo reconocerás como yo.

—Te digo que no. Pero esa es una broma tuya.

—No es broma; este niño es nuestro, y esta tarde hay que bautizarlo.

—Mira, para que veas si soy condescendiente, te concederé que sea tuyo, pero mío, lo niego.

—Es tuyo como mío, porque tú no te negarás á completar la obra de caridad que ha hecho tu mujer.

—Pero, ¡por María Santísima! traer á casa un chico ajeno, teniendo nosotros ya cuatro...

Doña Mariquita refirió á su esposo lo ocurrido; éste quiso persuadirla de que era imposible que ellos pudieran atender á otro hijo, cuando tan fácil era que tuvieran otro cualquier día; pero doña Mariquita defendió á la criatura con tan dulces y tiernas razones, que Carranque no pudo resistir. Y el hijo del fusilado ocupó el quinto lugar en el escalafón de los de doña Mariquita.

VII

Diez años sirvió al Estado el Sr. Carranque sin lograr más sueldo que el de 6.000 rs. Doña Mariquita hizo con los 60.000 rs. del sueldo de diez años, mucho más que hubiera hecho otra mujer económica y hacendosa con cuádruple cantidad, pero ya no podía más, ya no hallaba medio de cubrir las más apremiantes necesidades, porque han de saber Vds. que ya tenía seis hijos propios, y uno á quien por propio amaba, el de la viuda del carabinero.

Doña Mariquita empezaba á preocuparse de su situación, y decia:

—Ahora sí que, como dice siempre mi padre, voy á ver lo que es bueno.

Pero Dios no podía dejar sin auxilio á la que tan bien sabia cumplir sus deberes, á la que con tanto esmero y maternal solicitud educaba á sus hijos, á la que con tan noble caridad habia dado abrigo en su seno al pobre huérfano.

Aquel personaje que era ministro cuando doña Mariquita fué á pedir algun sueldo para su marido, acababa de subir al poder.

Doña Mariquita, al saber su elevacion, cobró esperanza, confiando en que pronto cobraria más paga.

Y una mañana, tomó un papel y escribió lo siguiente:

«Excmo. señor: Mil y mil enhorabuenas doy á V. E. por su nueva elevacion al poder, que cuando V. E. vuelve, señal es de que le agrada y le halaga esa posicion, y es natural que le halague, ocupándola V. E. con el fin de hacer bien y servir lealmente al país. Pero basta de plácemes; no crea V. E. que esta es interesada adulacion, y arroje con enojo este papel.

»V. E. no se acordará acaso de mí. Yo soy *Mariquita*, la atrevida que hace diez años se hizo anunciar con ese nombre á V. E. y logró de su compasivo corazon que á su marido se le señalaran 6.000 rs. de sueldo. A V. E. debo toda mi felicidad, porque con esos 6.000 rs. llevo criados á estas horas siete hijos, nacidos en estos diez años que V. E. ha pasado ausente del poder. Mi marido, D. Arturo Carranque, sigue en el mismo destino, y cuando en diez años no ha sido despedido, puede suponer V. E. si serán útiles y necesarios los servicios que presta. Hágame V. E. la merced de enterarse é informarse de quién es mi marido, y luego, si V. E. hace algo por él, por mí y por nuestros siete hijos, le quedará muy

agradecida su afectísima S. S. Q. B. S. M.—*María Salido.*»

El ministro recordó, leyendo esta carta, á la donosa jóven que con tanta gracia le pidió diez años ántes que señalara sueldo al meritorio, y llamó á Carranque, despues de enterarse de los buenos servicios que prestaba en su cargo.

Carranque acudió lleno de dudas y confusiones á presencia del ministro.

—¿V. es Carranque?... le preguntó el ministro, que, siendo bellísima persona, de nobles y generosos sentimientos, tenia, sin embargo, apariencia de hombre brusco, desabrido y duro.

—Yo... señor... V. E. me honra... contestó confuso el marido de Doña Mariquita.

—¿Conque V. es Carranque?... repitió el ministro.

—Sí, señor, por muchos años.

—Recordará V. que yo fui quien le señaló á V. sueldo hace diez años.

—Sí, señor, V. E. tuvo esa buena idea, y todos los dias le rezo á V. E...

—¿Qué dice V.?... preguntó el ministro, no pudiendo contener la risa.

—Perdone V. E., digo que rezo por V. E. para que Dios le dé mucha salud.

—Gracias, hombre. Me he enterado de los servicios de V., y me han dicho que en estos diez años no ha adelantado V. un paso.

—No, señor, sigo en el mismo *estatalucol*.

—*Statu quo* se dice.

—Señor ministro, no soy muy fuerte en *el frances*.

El ministro se sonrió.

—Me han dicho que es V. famoso padre.

—No, señor, no tengo más que seis hijos.

—¿Seis... ó siete?

—Sí, señor, siete; pero el uno no es mio.

—¿No?

—No, señor, ni de mi mujer tampoco. Mi mujer se empeñó en que lo recogiéramos.

—¡Ah! ¿Conque su mujer de V. ha recogido ese niño por hacer una obra de caridad?...

—Sí, señor.

—Tiene V. una mujer excelente.

—Es favor...

—Por ella merece V. que se le atienda. Hoy daré las órdenes para que se le aumente á V. en dos mil reales su sueldo.

—¡Ah! ¡señor!... ¿Cómo podremos pagar?...

—Sirviendo bien su empleo es como se hará usted digno de ser atendido.

—En eso descuide V. E.

—Y dé V. expresiones á Mariquita.

—De parte de V. E. serán dadas.

—Dígale V. que ya ve que no la he olvidado.

Carranque salió muy contento del despacho del ministro.

Pero cuando, terminadas las horas de oficina, fué á su casa, iba pensativo y preocupado.

—¿Qué traes? le preguntó su mujer.

—Nada, que el ministro me ha llamado.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Te interesa mucho?

—Ya lo creo.

—Pues, nada, me ha subido el sueldo á ocho mil reales.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡qué alegría! Ya lo decia yo... Si es muy bueno.

—¿Conque es muy bueno?... ¿Y tú lo decias?...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa? ¿qué tienes?

—Nada, nada. Vamos á comer.

—Nunca te he visto tan sombrío.

—¿Sombrio?... ¡Cá!... ¿Conque ahora que tengo ocho mil reales de sueldo?... ¡Digo!... ahora sí que vamos á saber lo que es bueno, como dice tu padre.

—Ya lo creo que nos vienen muy bien, porque, hijo, con los seis mil yo no podia ya; me volvía loca pensando cómo economizar.

—Bueno, bueno, me alegro de que te alegres... ¡Vaya si me quiere á mí ese ministro! La otra vez me sacó de meritorio, y ahora me saca de los seis mil reales. Parece que me ha sacado de pila.

—¿Y no agradeces tan gran beneficio?

—Sí, sí; pero... en fin, vamos á comer.

—Me llenas de asombro con tus reticencias.

—Pues, nada, no te asombres. Como dice tu padre, ahora sí que veo lo que es bueno... ¡ocho mil reales de sueldo!... ¡Dos mil reales más que ántes!...

Ya comprende el lector: por una singular aberracion, el bueno de Carranque estaba celoso. La frase del ministro:—*Dé V. expresiones á Mariquita*,—le ha-

bia chocado mucho, y como el pobre no habia sido por la naturaleza dotado de gran inteligencia, empezó á pensar, fundado en aquella frase, los mayores desatinos con la terquedad de los tontos de capirote. Y en seguida forjó en su limitado entendimiento una disparatada historia en menoscabo de la honra de su mujer.

—Atemos cabos, se decia. Yo era meritorio, nadie se acordaba de mí, nadie me hacia caso; me casé, y á los dos meses me encontré con 6.000 reales como llovidos del cielo, por gracia de ese mismo ministro. Cayó este señor, y nadie se volvió á acordar de mí, ni me movió de mi destino; pero un día me dejan cesante, y el siguiente mi mujer me despierta con el oficio de mi reposicion. Vuelvo á ser olvidado; pero vuelve este ministro, y el cuarto dia de su entrada, me llama, me anuncia que tengo en adelante 8.000 reales, y me da expresiones para Mariquita. Ni siquiera dijo *Doña Mariquita*, sino *Mariquita* solamente, lo cual demuestra conocimiento antiguo, confianza, franqueza, intimidad. No hay duda; como dicen en las comedias, la venda cae de mis ojos. Aquí hay misterio, y misterio profundo. A ese ministro debo mi primer sueldo, á su influencia debo que mi cesantía quedase sin efecto, y á él le debo este aumento de sueldo, ya que no de categoría. Carranque, mucho ojo. ¿Querias encontrar argumento para escribir una comedia?... ¡Terrible seria que ese argumento lo encontraras en tu casa!... Disimulo, prudencia, observacion: esto importa. Yo lo descubriré todo, yo

lo sabré todo, y, por Dios, que si han creído que soy un Juan Lanas, se equivocan.

Y de este modo empezó á atormentarse aquel majadero que tantos beneficios debía á su honradísima esposa, tipo el más perfecto de la virtud y de la abnegación.

VIII

Un hombre que tiene talento hace muchísimas tonterías impropias de su buen juicio, cuando le da por ser celoso sin fundamento alguno; pero si el celoso es un tonto, las necedades que hace son superlativas.

Carranque tenía que ser necesariamente, como tan poco avisado que era, un celoso de lo más tonto, ridículo é insufrible que se puede imaginar.

Su carácter se hizo muy desigual: unos días estaba afable, contento; otros apenas dirigía la palabra á su mujer, ó se complacía en dirigirla groseras reticencias ó ultrajes, á veces: al principio Mariquita lo tomó á risa, pero luego comenzó á sentirse ofendida en su dignidad y á sufrir verdadero tormento. Y no valían con el alucinado Carranque razones y argu-

mentos incontestables, porque en su mollera no entraban con facilidad más que desatinos garrafales.

Doña Mariquita, con humildad excesiva, puesto que no siendo culpable descendía á discutir con quien la injuriaba, hacíale las más sensatas reflexiones, pero Carranque, si, impresionado por las incontestables razones de su mujer, parecia convencido, pronto volvía á su tema y á martirizar á la madre de sus hijos.

Otra mujer, viendo desconocidos sus sacrificios, olvidada su vida consagrada al trabajo y á la abnegacion, puesta en tela de juicio su virtud, pura de toda mancha, tan gravemente injuriada por su mismo esposo, habria perdido la calma, y, por lo ménos, hubiera despreciado profundamente á su ofensor.

Doña Mariquita, en aquella inesperada prueba, manifestó una calma, una resignacion heróicas, y lo mismo atendió, cuidó y respetó al injusto esposo. Un bien tenia la buena mujer, y el marido se lo arrebató con sus sandias injurias: el buen humor: doña Mariquita perdió su natural encantadora alegría.

Su padre habia advertido el cambio que en ella se verificó, y ya estaba enterado de la ridícula manía de su yerno.

—Oye, dijo un dia á su hija, ¿no se le han pasado á ese los celos?

—No, señor, sigue con su manía.

—Yo se la voy á quitar.

—¿Cómo?...

—Eso no se pregunta: de un garrotazo.

—Se librará V. muy bien.

—¡Calle! ¿no quieres que corrija á tu marido?

—No, señor.

—Pues yo lo haré sin que tú quieras.

—Repito que no. V. tiene autoridad sobre mí, porque es V. mi padre, y yo gustosísima se la reconozco...

—Si hubieras reconocido mi autoridad, no te habrías casado con ese sandio.

—Ya me casé, y no tiene remedio; pero V. no tiene autoridad ninguna sobre él, y no debe mezclarse en este asunto. Déjele usted con su manía, que él acabará por curarse de ella.

—Despues que te mate á disgustos.

—No tema V., tengo una fuerza poderosa contra él, y aunque sea injusto y grosero, no me abatirá ni me hará olvidar mis deberes. Tengo mis hijos, que son mi vida entera, mi felicidad.

—Ahora estarás ya arrepentida de haberme desobedecido.

—De haber desobedecido á V. ya me arrepentí, y V. me perdonó, pero de haberme casado no estoy arrepentida, no, señor. Siento que mi marido haya dado en semejante absurdo, lo siento más por él que por mí, porque él es indudable que sufrirá también; pero arrepentirme de ser su mujer, eso no.

—Pero ¿dónde diablos has aprendido esas ideas?... porque tu madre era todo lo contrario que tú; ella se alegraba de que yo rabiara; y tanto se alegraba que me hizo rabiar mientras vivió.

—No hable V. así de mi madre, que está en la gloria.

—Y yo tambien.

—¡Padre!

—¿Qué quieres?... Tengo un genio más agrio que el vinagre más fino, pero no es mia la culpa. Tu madre, los jefes que tuve en mi carrera, todo el mundo, en fin, me ha hecho ser así. Yo era, cuando jóven, un infeliz, una paloma sin hiel; pero las injusticias, los desengaños, las felonías de las gentes con quienes he tenido que tratar, me han convertido en un basilisco, y yo mismo estoy asombrado de no haber triturado á alguno para desfogar la cólera que rebosa en mí, y me parece que el que la va á pagar va á ser tu marido.

—No hará V. eso, porque entónces no me volveria usted á ver.

—¡Puede que estés enamorada de ese calabaza!

—Yo no estoy enamorada más que de mis hijos; pero es el padre de estos, y quiero su vida, su tranquilidad, su ventura, y haria cualquier sacrificio por quitarle esa idea extravagante que le mortifica y me atormenta.

—Todo lo que hagas por él es como lavar la cara al borrico.

—No importa, mi deber es hacerlo.

—Vaya, me voy á las Córtes, que no te quiero oír.

—¿Prefiere V. oír á los diputados?...

—¿Crees que me voy á divertir?

—Cuando va V., hallará entretenimiento, á lo ménos.

—¡Bonito entretenimiento! Lo que hago allí es rabiarse, oyendo hablar á algunos pájaros, cuya vida y milagros sé perfectamente, y siempre los he tenido por unos grandísimos embusteros: á veces no me puedo contener, y digo desde la tribuna:—*¡Calle usted, hablador!*—ó suelto la carcajada... y ya me han echado de allí en tres ocasiones, con apercibimiento de mayor castigo si reincidia.

—Un día le van á llevar á V. preso.

—Me alegraré.

—¡Jesús! ¡qué genio!... Siempre rabiando por todo.

—Siempre: no he hecho otra cosa desde que me casé. Vaya, me voy ántes de que vuelva tu marido, puesto que no quieres que le arrime unos cuantos pescozones.

—¡Ay! no, señor.

—Le quitas lo que más falta le hace, oponiéndote á que se los dé.

Y poco despues entraba el marido, grave, ceji-junto, aparentando una cómica dignidad, y se sentaba á comer, y no miraba á su mujer, y daba golpecitos en la mesa con el cuchillo, y al chico mayor le largaba un bofetón porque se reía al ver á su padre con la cara tan apretada, y comía de prisa, y en comiendo tomaba el sombrero y se marchaba. ¡Si estaría preocupado, que tenía ya olvidada su afición á la *Historia de la Inquisición!*

A la media hora volvía en actitud reservada y trascendental, daba una vuelta por la casa, miraba á su mujer y á los chicos, á ver si sorprendía algun gesto de sorpresa ó turbacion, y despues salia otra vez majestuosamente. Un dia dijo á su mujer que no vendria á casa por la noche, porque tenia que velar á un compañero que tenia un tífus terrible, y se pasó gran parte de la noche, embozado hasta los ojos, viendo quién salia y quién entraba, y á las tres de la madrugada llamó con grandes golpes en la puerta, y alborotó á toda la vecindad, y no se murió de una pulmonía á consecuencia de haber hecho tantas horas centinela en la calle, porque Dios no quiso ser severo con un tonto, y tuvo compasion de la mujer inocente.

Carranque no tenia amigos ántes de ser celoso; como gustaba de estar cerca de su mujer siempre, no le sobraba tiempo que dedicar á los amigos, pero ahora, como no estaba en casa, frecuentaba los cafés, y hacia amistades que nunca le habian hecho maldita la falta. Uno de sus amigos era aquel Gonzalez, compañero de oficina, y autor dramático, que habia logrado se le representase una comedia en el Circo. Gonzalez era un jóven muy listo, muy listo, pero demasiado listo. Vivía en el más completo desorden, y era por extremo aficionado al juego y á la disipacion. Vanagloriábase de ser irresistible para las mujeres, y se jactaba, como D. Juan Tenorio, de no perdonar viuda, casada ni doncella.

Y en semejante hombre depositó el majadero ma-

rido su confianza, y á él fué á quien habló de las sospechas que tenia de que su mujer le hubiera sido infiel, y el travieso amigo, que se reia grandemente de Carranque, alentó sus dudas y aumentó sus sospechas con diabólica intencion.

Y el necio creyó más al falso amigo, que á la mujer honrada y virtuosa. Así son muchos hombres.

Carranque llevó á Gonzalez á su casa, le presentó á Mariquita como su mejor amigo, y se ofendió mucho de que ella mirase á Gonzalez con indiferencia primero, con desden luego que conoció la buena mujer la falsa amistad del calavera y la indignidad de su marido.

Distraido ya, con su flamante amigo, el Sr. Carranque, tuvo necesidad de algun dinero, para corresponder á la galantería de Gonzalez, que muchas veces le habia convidado á café y copa, y empezó á escatimar á su mujer lo más preciso. Ya no le daba la paga íntegra, sino que se reservaba cierta cantidad para sus gastos, porque un hombre debe quedar bien en todas partes, y no se queda bien en ninguna no llevando dinero.

Doña Mariquita calló, y procuró atenerse á lo que le daba su marido, y despidió á la criada, y se impuso mayor trabajo, é hizo prodigios de habilidad en el cosido y zurcido de las ropas de sus hijos para hacerlas durar indefinidamente; y entre tanto el marido, cada vez peor aconsejado por el traidor Gonzalez, cada vez más aficionado al café, y más entusiasta del talento y la picardía de su amigo, se divertia

grandemente, iba al teatro con billetes que el otro tenía abundantes, bromeaba con las coristas de la Zarzuela, y se quedaba arrobado, absorto, contemplando á una bailarina de última fila, cuya suerte le interesaba profundamente, porque la *artista* sólo ganaba seis reales diarios, por intrigas de otras, y porque su esclarecida virtud le impedía aceptar los favores más que interesados de poderosas influencias teatrales.

El majadero iba camino de convertirse en infame. Admiraba la modestia y la virtud de la bailarina de seis reales, y olvidaba la de su bendita mujer, la de la heroica y sufrida madre de sus hijos.

IX

El tonto que se extravía de sus deberes es lo mismo que un caballo de coche de alquiler, que se desboca una vez, despues de mucho tiempo de andar á paso de tortuga, insensible á los palos del cochero. No hay quien lo contenga hasta que se estrella.

Carranque tomó el gusto al café, á los vestuarios de las bailarinas, al baile de Capellanes y á la casa

de doña Marcela, antigua patrona de Gonzalez, que cansada de *lidiar* con los huéspedes, y con un capitalito modesto, puso una *casita decente* de juego, sin otra mira que sacar tres ó cuatro duros diarios, sin hacer daño á nadie, porque, eso sí, ya se podia ir á casa de doña Marcela, que allí no entraban más que personas conocidas, y se jugaba *legalmente* desde una pesetilla en adelante; es decir, que era el juego al alcance de todas las fortunas. Como decia la dueña de la casa, era una reunion de confianza, donde no habia necesidad de presentarse *vestido*, y se pasaba el rato en amistosa compañía, ya apuntando á un *as* que tuviera buena pinta, ya departiendo con las hijas de un brigadier, ó con la viuda jóven de un agente de negocios que se habia pegado un tiro, ó se oia cantar canciones de zarzuela á las dos sobrinas de doña Marcela, que habian estado un año matriculadas en el Conservatorio, y no ganaron el premio por intrigas de los profesores, ó se deleitaba el ánimo oyendo cantar romanzas de *Il furioso* y de *Beatrice* á un caballero alto, muy gordo, con una barba hasta los piés, que habia sido en el teatro Real cuarto bajo profundo, y que era capaz de jugarse los calcetines.

Gonzalez era allí el gallito. A doña Marcela la llamaba *mamá*, y le pedia dinero frecuentemente; á la viuda del suicida le hacia versos endecasílabos; á las sobrinas de la dueña de la casa les llevaba comedias y novelas para que se instruyeran, y al bajo cantante le traia entusiasmado con la idea de ajustarle de director de escena en la Zarzuela en la pró-

xima temporada. Gonzalez llevó á Carranque, y éste fué, por consiguiente, perfectamente recibido por todas aquellas dignas personas, y apuntó su medio duro á una *sota*, y como por una singular coincidencia sucede siempre al que juega por primera vez, ganó, ganó unos doce ó catorce duros, por lo que todos le felicitaron, hasta los que los habian perdido, y particularmente doña Marcela, que tenia una gran satisfaccion en que las personas que la honraban quedasen contentas de las honestas distracciones de su casa. Carranque salió contentísimo, y se asombraba de haber estado tantos años retraido de la sociedad, porque si en tantos años hubiese ganado todas las noches doce ó catorce duros, ¿quién le hubiera tosido á él?... Nadie; él sí que hubiera tosido á todo el mundo.

Ya no mortificaba con sus celos á la sin par doña Maríquita, porque como él se distraía siempre que hallaba ocasion, pensaba poco en su pobre mujer. No estaba en casa más que á las horas de comer y dormir, excepto cuando no estaba á esas horas, porque comia en la fonda con Gonzalez, ó pasaba gran parte de la noche en casa de doña Marcela, y si uno ú otro ó los dos habian ganado algo, era de rigor cenar en los andaluces de la calle de Sevilla, que ya estaba el hombre cansado de comer garbanzos, y fideos y escarola, y gustaba de administrarse unos langostinos bien sabrosos, ó los ricos calamares en salsa, ó los riñoncitos con tomate, ó las chuletas de ternera con mucha mostaza, y por remate unos boquerones y la

racion del legítimo queso de Gruyere, todo acompañado de rico Valdepeñas ó fina manzanilla.

Carranque habia sacado los piés del plato, y hasta se habia hecho progresista, y en la oficina, donde ántes no hablaba una palabra, se despachaba á su gusto contra el gobierno, que le parecia poco liberal, y era ya vocal honorario de la junta de salvacion y defensa formada en la calle de Silva para cuando se armara la gorda, y sorprendió á su mujer con la novedad que todos los dias le echaban por debajo de la puerta el número de *La Iberia*.

—Cuando vengan los míos, pensaba, no seré yo ménos que gobernador de provincia.

Carranque seguía siendo necesario en su oficina; á no ser por esto, su intemperancia política le habria valido una justa cesantía. El director habló al ministro de la actitud política del empleado, y el ministro le llamó; Carranque acudió, pero no respetuoso y comedido como la otra vez, sino descarado y arrogante.

—Le llamo á V., le dijo S. E., para advertirle que no gusto de que los empleados hablen de política.

—Cada uno tiene sus ideas, contestó Carranque.

—En hora buena, pero en la oficina no se debe hacer más que trabajar, y no me parece conveniente que los empleados murmuren de las personas encargadas del gobierno. Ya está V. advertido.

—Muchas gracias.

—Por consideracion á su mujer de V. no he querido que sea V. declarado cesante.

En este punto el gran majadero recordó sus ya dormidos celos.

—¿Y qué tiene V. E. que ver con mi mujer?...

—¡Hombre! nada; sé que es una excelente señora.

—¿Le parece á V. E. excelente?...

—Sí, señor, muy buena y digna de respeto.

—Y yo, ¿qué le parezco á V. E.?...

—Hombre, á esa pregunta debo contestar, que me parece V. un majadero.

Y le volvió la espalda.

Carranque salió furioso, y quiso presentar su dimision, mas los compañeros le disuadieron de semejante intento, tomándose por él un interes que no merecia. Pero desahogó la cólera en su casa, injuriando á su mujer, denostándola y maltratándola gravemente de palabra, y de obra la iba á maltratar, cuando, viendo entrar Doña Mariquita á su padre, corrió á abrazarse á su marido, y á librarle del tremendo palo que D. Pedro Salido descargó sobre él, bien que no le tocó á Carranque, sino á su hija.

—Nada, no ha sido nada, exclamó doña Mariquita, casi sonriendo y llevándose la mano á la cabeza.

D. Pedro quedó aterrado; aunque de carácter tan arisco, amaba á su hija.

Carranque alborotó mucho.

Y Doña Mariquita, herida en la cabeza, hizo esfuerzos sobrehumanos para aplacar á su padre, para disculpar á su marido, para evitar las consecuencias de aquella escena. Y luego que pudo hacer

salir á su padre, se acercó á su marido y le dijo:

—Tú eres injusto conmigo, eres duro y cruel, has perdido el amor que me tuviste, olvidas que soy la madre de tus hijos, no amas á estos, apenas nos das para comer... No me quejo; eres mi marido, te debo obediencia y respeto. Mi padre te ha ofendido, te ha levantado la mano... yo no lo he podido evitar, pero, por dicha, he recibido el golpe que iba dirigido á tí. Tú harías lo mismo que él, si vieras maltratar á tu hija. El es demasiado fiero para conocer su falta, pero yo que contigo debo ser humilde, te pido perdón...

Y el Sr. Carranque, en lugar de abrazar á su mujer y pedirla perdón, pues él solo era allí el verdadero culpado, la rechazó y se marchó.

El hijo mayor de Carranque habia presenciado la escena, y corrió á su madre viendo que de la cabeza le salía sangre.

—Hijo mío, le dijo la pobre, cuidado con que digas á nadie lo que has visto.

—Papá te ha pegado...

—Tu padre tenia razón, hijo mío. Cuidado con decir de tu padre, ni ahora ni nunca, nada que no sea en su honor y en su defensa.

X

El lector agradecerá que le haga gracia de la descripción de la vida disipada en que siguió Carranque, pero no omitiré que hizo á su mujer el mayor agravio que un esposo puede hacer á una esposa honrada y virtuosa: tuvo una querida.

Gastaba con esta sus ganancias del juego y su paga, y doña Mariquita trabajaba para dar de comer á sus hijos, y los educaba, que no tuvieron otro maestro para aprender á leer y escribir, y cuando le preguntaban por su padre, les decia:

—Hijos míos, si no está aquí es porque no puede, porque está trabajando para nosotros. Y no porque no le veais aquí frecuentemente debeis amarle menos; al contrario, debeis amarle más y más cada dia, y cuando viene un momento, demostrarle vuestro amor besándole la mano, acariciándole, para que él os quiera y encuentre agradables los momentos que esté en casa.

Así pagaba la excelente mujer los agravios de su marido.

Otro ministro menos benévolo y tolerante que el

que recibió la visita de doña Mariquita, dejó cesante á Carranque, el cual, como habia descuidado ya sus deberes de empleado, se habia hecho mucho ménos necesario en su destino.

Pero ¿qué le importaba la cesantía?... Pronto iba á triunfar la conjuracion fraguada por su partido, y él seria lo que quisiera, porque estaba metido en el ajo, y mucho más metido despues de perder el destino. Y era el hombre tan avisado tambien para conspirar, que un dia que llevaba cartas muy interesantes referentes á la conspiracion, encontró á un acreedor, y para probarle que pronto tendria con qué pagarle, le enseñó las cartas que llevaba y le dió detalles preciosos acerca de los manejos de los que por entónces trataban de salvar al país, que, con tantos salvadores como ha tenido y tiene, cada vez está el pobre más arruinado y perdido. El resultado fué que al dia siguiente el gobierno cazó á muchos de los conspiradores, y entre ellos al mismísimo Carranque, quien fué llevado á la cárcel y encerrado como si fuera un hombre temible, y no lo era poco, en efecto, porque un majadero es capaz de producir los mayores desastres. Y ejemplos hay en España muchos y recientes de esta gran verdad.

Cuando Carranque estuvo en chirona no se le ocurrió enviar la noticia á la mujer con quien sostenia culpables relaciones; acudió á la mujer propia, que, solicita, se dispuso á asistirle en lo posible, llevándole la comida todos los dias á la cárcel, y corriendo á ver á todas las personas influyentes, para

pedir la libertad de su marido, y al cabo de algunos meses la consiguió.

Pero Carranque habia tomado el gusto á la política, y holgábase mucho de haber estado en el Saladero, porque este era un gran mérito, que valia mucho más que la ciencia y los servicios al país, y hacia medrar con mayor facilidad que el estudio y los sacrificios por el bien general. Esta es la triste verdad; todo el que presume de hombre político necesita, para adquirir verdadera importancia, que le soplen en la cárcel, por supuesto cuando sabe que la cosa no ha de pasar de cierto tiempo de encierro, que cuando va de veras y se corre peligro de perder la piel, entónces procura cada cual ponerse en franquía, dejando en las astas del toro á los aficionados que salen á armarla por unos reales, ó por unos vasos de vino, ó por pura comezon de disparar tiros, que tambien hay de estos revolucionarios desinteresados, que siempre les está pidiendo el cuerpo jaranita, y en teniendo ocasion allá van, sin pensar siquiera en si luego han de ser ó no recompensados.

Pero le sucedió á Carranque lo que era de esperar; los jefes de la conspiracion no se fiaron ya de él, habiendo sabido que por una imprudencia suya se habia malogrado la intentona. El hombre no halló acogida en ninguna parte, y se vió en muy precaria situacion.

La individua por quien habia abandonado á su mujer, era ménos aficionada que él á la política, y se marchó á Paris con un apuesto y bizarro gimnasta

del Circo ecuestre, que era entusiasta de las españolas y quiso llevarse una muestra al extranjero.

Carranque volvió á su casa, mohino y alicaído; que allí encontraba amor, consideracion y respeto, y su mujer le cuidaba, y sus hijos, enseñados por su madre, le acariciaban y le entretenían mostrándole lo que sabían ya.

Pero Carranque tenía muchos amigos, que los había conocido en cafés y billares, en los centros de conspiración, en las casas de juego y en la Puerta del Sol, en la acera de frente al Ministerio, que es el casino de los cesantes; y un día uno de estos amigos le llamó aparte, y le dijo:

—Hombre, me va V. á hacer un favor.

—Con mucho gusto.

—Yo no puedo ir en este momento á cobrar esta letra, porque estoy citado ahora mismo con el general X... que ya sabe V. que es el que va á dar el golpe.

—¡Hombre! ¿y cuándo?

—Acaso mañana. Esta letra la han de pagar á la una en punto, y va á dar. Hágame V. el favor de ir á cobrarla, y vuelva V. aquí mismo, que yo no tardaré. Y se gana V. un duro.

Carranque tomó la letra de 20.000 rs., y se fué con ella á casa del banquero, á cuyo cargo venía el documento.

El que le había dado el encargo echó por otro lado muy de prisa, y cuando Carranque entró en la casa del banquero, en la calle de Atocha, él estaba ya acechando desde un portal de enfrente.

Pasó un rato; de casa del banquero salió un joven, y poco despues volvió y detras venian dos guardias.

El que acechaba salió de su escondite, y muy apresurado se metió por la calle de las Urósas, diciendo:

—Lo han conocido. ¡Qué mala suerte! ¡Bien hice en darle la letra á ese tonto!...

Cuando Carranque presentó la letra al cajero, este la miró y remiró, y le dijo:

—Siéntese V. un momento.

Luego sacó unas cartas, consultó un libro grande, miró al portador, y salió de la caja, diciéndole:

—Espere V. un momento, que voy á buscar lo que me falta.

Y envió á un dependiente á buscar á los guardias.

Carranque los vió llegar, y comprendió que allí habia algo muy grave para él, se turbó, y se puso lívido.

—Esta letra es falsa, le dijo el cajero.

—No es mia, murmuró Carranque; un conocido me encargó cobrarla.

—Eso se lo dirá V. al juez.

—Señor, que soy un padre de familia.

—Siento mucho lo que V. va á sufrir y lo que sufrirá su familia, pero V. ha venido aquí á cometer un robo.

—Protesto que yo no tenia conocimiento.

—Es inútil que dé V. explicaciones. He cumplido

con mi deber, aunque me duele. La justicia oirá á V., y le devolverá su fama, si es inocente.

Y Carranque volvió á la cárcel, acusado de un delito feísimo y sin poder probar su inocencia, porque no sabia siquiera el nombre del que se llamaba su amigo, que le habia entregado la letra.

Por entónces se habian cometido muchas estafas por medio de letras falsas, y se habia levantado gran clamor en la prensa, pidiendo severidad para los estafadores que fueren habidos.

Todo venia á empeorar la situacion del acusado, que se veia en aquel negro trance por tonto.

Doña Mariquita recibió este rudo golpe, y hubiera muerto de vergüenza si no hubiese visto junto á ella los siete hijos infelices, que no tenian más amparo que ella. Corrió á ver á su marido, cuando estuvo en comunicacion, y al verle ruboroso, avergonzado, le dijo:

—Delante de mí no te avergüences; yo no vengo á juzgarte, que vengo á darte consuelo y esperanza. Nada te pregunto sobre la causa por que te hallas en este sitio.

Carranque refirió á su mujer lo sucedido, y ella le creyó.

Y el pobre tonto vertió lágrimas de agradecimiento al ver que cuando nadie creia en su inocencia, cuando todos le juzgaban criminal, su mujer, á la que habia tratado tan inicüamente, á quien habia ultrajado, humillado y escarnecido, creia las palabras de su boca, y le estrechaba la mano, diciéndole:

—Valor, esposo mio, Dios nos envia esta prueba. Valor; no temas por tus hijos miéntras yo aliente, y confia en que Dios hará que se reconozca tu inocencia.

Doña Mariquita no pudo convencer á los jueces, por más esfuerzos que hizo.

Habia una prueba de la culpabilidad de Carranque; habia tambien presunciones de que fuera inocente; pero aquella prueba era más fuerte que estas, y Carranque fué sentenciado á ocho años de prision, en primera y segunda instancia.

El preso apeló nuevamente de la sentencia, pero su apelacion no sirvió más que para que se confirmara definitivamente la condena.

Ya no habia esperanza; sólo siendo hallado el verdadero criminal y confesando éste su delito, podia salvarse Carranque de la afrenta que habia caido sobre él.

XI

Una madrugada, el carcelero despertó á Carranque, diciéndole:

—Vamos, arriba, que va V. de viaje.

—¿Qué es esto?... ¿qué pasa?... preguntó el preso todo asustado.

—¡Hombre! no es para tanto, repuso el guardian, no le van á V. á sacar al palo... Es que va V. de viaje, ahí cerquita, á Valencia, y en buena compañía, y con tropa armada para que no le suceda á usted nada en el camino.

—¡Dios mío!... ¿Y no puedo despedirme de mi mujer?...

—Si me deja V. una carta, y algo para el mandadero, se le llevará la carta.

—Por necio me sucede á mí todo esto, por fiarme de amigos.

Carranque bajó al patio; allí fué atado con un gran criminal que iba á ser su compañero de viaje.

El era allí el único que llevaba levita: los presos que iban destinados al mismo presidio, recibieronle

con gran algazara; todos eran criminales reincidentes.

—¡Oiga! ¡un señorito! exclamó el que iba á ser su pareja. Me alegro yo de que tambien vayan los señoritos á presidio. Lo malo es que van pocos.

—Este no habrá tenido dinero, y por eso va...

—¡Y llora el *chavó*!...

—Se conoce que es novato.

—No tengas *cuidiao*, hombre, que yo he estado ya tres veces de pupilo en Ceuta, y he salido otras tantas. Ahora dicen que voy por diez años á Valencia. ¡Por diez años!... aunque parece que voy á estar diez años, lo que es la Nochebuena que viene he de ir yo al Prado como un caballero, con mi pandereta...

—¡Vaya un mozo de chapa, que llora como un chiquillo!

—Oye, conmigo no vengas tan *astigío*, exclamó el compañero, que á mí no me gustan los llorones, y te sacudo una *coz* que te rompo una pata. Y mira que lo que ofrezco lo doy, no siendo dinero, y por ser hombre de palabra, hago este viaje, porque le prometí al Tuerto, en la Ribera de Curtidores, despacharle de una corta, y le despaché... ¡Alza, gaché! alégrate, que vamos á buena tierra.

El alcaide de la cárcel entregó los doce presos destinados al mismo punto, al sargento de la Guardia civil, encargado de su custodia, y escoltados por seis guardias salieron á la calle, cuando la aurora empezaba á disipar las sombras de la noche.

En el momento de salir los presos, una mujer, que estaba sentada en una piedra, enfrente de la puerta de la cárcel, corrió hacia los sentenciados, y sin que lo pudieran impedir los guardias, se abrazó estrechamente á Carranque.

Muchos dias habia ido en vano á esperarle, no sabiendo el señalado para su salida.

El sargento se acercó mal humorado, y dijo á la mujer:

—¡Eh! buena mujer, basta.

—¡Por Dios! exclamó Mariquita con acento tan doloroso, que el sargento se sintió conmovido, que es mi marido, que es el padre de mis hijos, y es inocente.

Carranque no podia articular palabra.

—Toma, le dijo Mariquita, diez duros que he reunido. No he podido más: toma dos camisas, un escapulario de la Virgen del Cármen, y este medallon con pelo de tus hijos. ¡Valor, esposo mio!... Confía en mí, tus hijos serán buenos... ¡Adios!... Adios, mi esposo, mi compañero. Tu mujer no se avergüenza de tí. Tu mujer sabe que eres inocente. Tu mujer te librará de la infamia, ya que no puede librarte de las penalidades que vas á sufrir como un criminal. Adios, otra vez. Dios nos proteja. Reza, acuérdate de tus hijos.

—Señora, dijo el sargento, yo bien quisiera que hablara V. con su marido todo el dia, pero no puedo consentirlo más. Mi consigna no es ser sensible en estos casos. Vamos, en marcha.

Doña Mariquita besó á su marido y se arrancó de sus brazos.

—Cumpla V. su deber, señor sargento, y Dios le pague la caridad con que nos ha tratado.

—¡Voto á brios!... ¡que me den á mí siempre estas comisiones! murmuró el militar procurando dominar su emocion.

La cuerda de presos se puso en marcha.

—¡Perdóname, esposa mia! gritó Carranque con angustiosa voz á su mujer.

—¡Adios!... ¡adios, esposo mio!

Los mismos miserables que acompañaban á Carranque en el triste viaje, se sintieron impresionados por la escena que acababan de presenciar. Todos guardaron silencio durante largo rato, y sólo se oía el acompasado andar de los guardias y los sollozos del infeliz marido de doña Mariquita.

Esta siguió mucho tiempo á los viajeros, y anduvo cerca de dos leguas. Ya no podía más.

—¡Adios, esposo mio! gritó corriendo á abrazarle por última vez.

—¡Alto! exclamó el sargento. Descansemos aquí un poco, y así podrá esta buena mujer despedirse de su marido.

—¡Bendito sea quien tiene tan buen corazon! dijo doña Mariquita besando la mano del valiente y generoso soldado.

Doña Mariquita consoló y alentó á su marido, le aseguró que nadie sabría su desgracia, que sus hijos la ignorarían siempre, hasta que pudiera rehabilitar-

se haciendo ver claramente su inocencia, y derramó en el corazon del infeliz condenado tan benéfico bálsamo de amor, de fe en Dios, de esperanza en su justicia, que Carranque se sintió muy consolado, todo lo consolado que podia en aquella desesperada situacion.

Abrazáronse por última vez los esposos, y siguieron los presos y sus guardias, y la desolada doña Mariquita quedó allí mirando á su marido hasta que dieron todos la vuelta del camino, y desaparecieron.

.....
Doña Mariquita volvió á su casa, y sus hijos la vieron con su amorosa sonrisa de siempre, en tanto que su pobre corazon sufría horrible, inacabable dolor.

Solamente el padre de Mariquita sabia el infortunio de que eran víctimas esta y su marido, y el viejo, ante aquella desgracia, se conmovió profundamente, y determinó ir á vivir con su hija y sus nietos y ayudarlos con lo poco que podia.

Doña Mariquita vendió lo que tenia en la casa que valia algo, y sólo permitió á su padre que pagara los cien reales que costaba la casa; ella trabajaria.

Y trabajó con tanto ardor, con tanta habilidad, que pudo considerar completamente asegurado el trabajo para mucho tiempo. Si Dios le concedia el bien de la salud, no se morirían sus hijos de hambre.

Antes de amanecer se levantaba á trabajar, y solamente dejaba el trabajo para cuidar de sus hijos,

disponerles la comida y enseñarles buenas máximas religiosas. A la una de la noche su cuerpo cedía á la fatiga, sus párpados se cerraban, y muchas veces sobre la misma labor dormitaba dos ó tres horas.

Y esta vida pudo soportarla un año y otro año, por el amor de sus hijos, porque el afán de cumplir sus deberes le daba fuerzas sobrenaturales.

A sus hijos les hablaba todos los días de su padre; deciales que era el mejor de los padres, que ni un momento debían olvidarle, y tales encomios les hacía del ausente, que los chicos veneraban, adoraban á su padre, y suspiraban por verle, y se aplicaban con ahínco para que su padre los viera, al volver, estudiosos, aprovechados y útiles.

—El os premiará, les decía su madre; cuando vuelva de donde está, os premiará con su amor, y, si Dios oye mis súplicas, os dará un bien que es el más digno de estimación.

—¿Y dónde está nuestro padre?... preguntaba alguno de los hijos de Carranque.

—Está donde Dios ha querido; básteos saber que piensa mucho en vosotros, que por vosotros suspira, y que volverá para no separarse ya nunca de vosotros. Roguemos á Dios para que le dé salud y nos le traiga pronto con honra á nuestro lado.

XII

Pasaron seis años. Doña Mariquita hizo muchas gestiones para que se revisara la causa de Carranque, pero no pudo lograrlo.

Uno de los varios ministros de Gracia y Justicia que hubo en aquel espacio de tiempo, dijo á doña Mariquita, condolido de su situacion, que hiciera una exposicion á la reina, pidiendo el indulto, y le dió su palabra de resolverla favorablemente.

—Señor, contestó dignamente, indulto significa perdon, y el perdon supone falta cometida; mi marido es inocente: cometió una ligereza, fiándose de un falso amigo, y creyendo de buena fé que la letra que iba á cobrar para entregar luego su importe á aquel, era legítima. No hay crimen en mi marido, señor, no puedo hacerle la ofensa de pedir perdon para él. Si toda la vida hubiera de estar en presidio, y un indulto le pudiese librar, no lo pediria. Cúmplase la voluntad de Dios.

Pero un dia, doña Mariquita supo con indecible

placer una noticia, [que le pareció había de influir mucho en favor de su marido.

Aquel ministro que le ascendió de meritorio á empleado de planta, había sido nombrado para el ministerio de Gracia y Justicia.

Doña Mariquita acudió á él, pero el ministro, que recordaba muy bien á Carranque, y la última entrevista que tuvo con él, compadeciendo mucho el infortunio de la atribulada esposa, no creyó en la inocencia del sentenciado, y, como su antecesor, ofreció únicamente el indulto del resto del tiempo que le faltaba de condena.

Este indulto no era la honra que la excelente mujer quería para su marido y para sus hijos.

Y escribió á Carranque.

«Me ofrecen indultarte, pero yo rechazo ese indulto. Cumple tu condena y vuelve luego á ver si encuentras al infame que te perdió, y al cual sólo tú conoces. Solamente en la Providencia podemos esperar; si la Providencia no te hace descubrir á ese miserable, humillemos la frente, acatemos sus designios y aceptemos con humildad la inmerecida deshonra.»

Bien hacia la amante madre en confiar en la Providencia. En medio de su dolor, doña Mariquita estaba tranquila, satisfecha de sí, cada vez más animada y fuerte para el trabajo, porque en sus hijos hallaba la recompensa de sus sacrificios. Bien hubiera querido que todos siguieran una carrera brillante, pero las circunstancias en que se hallaba lo impedían. Únicamente á uno de los dos mayores, que era muy

despierto y estudioso, le dedicó á las letras; ya cursaba en la Universidad en las cátedras de derecho.

—Puede, pensaba la madre, que algun dia logre el hijo rehabilitar la fama de su padre.

Esta era la idea constante de la dignísima mujer.

El otro hijo, al mismo tiempo nacido, ya ganaba siete reales en una casa de comercio, y los otros aprendian decorosos oficios.

Y nunca pudieron sospechar que su padre estaba en presidio. Doña Mariquita hizo de modo que todo lo pudieran sospechar ménos la verdad.

XIII

Como siempre sucede en España, seguia conspirándose para derribar al gobierno. Esta es la ocupacion constante de los políticos cuando no están ocupados en saborear el presupuesto. Pero el gobierno se propuso ser muy enérgico, y habiendo cogido á muchos conspiradores, quiso descargar sobre ellos el peso de la ley, y cuando los tribunales los condenaron se manifestó decidido á que la ley se cumpliera, y se hizo el sordo á todos los clamores de la prensa y de los diputados que apadrinaban á los perturba-

dores del orden que habian caído en poder de la autoridad. Unos fueron á Filipinas y otros á Fernando Póo, sin que les valiera su amor á la libertad.

En Valencia habia un buque de la Armada destinado á recoger una buena tanda de revolucionarios, destinados luego á grandes empresas y altos puestos cuando triunfara su partido.

Y á Valencia fué dirigiendo el gobierno á los enemigos del reposo público—que así llama siempre el gobierno á los que le hacen la oposicion,—y mientras se reunia el número suficiente para llenar el buque, hacian escala en el presidio, en sitio separado del que ocupaban los presos por delitos comunes.

Una noche entraron en el presidio veinticuatro conspiradores que acababan de llegar en un tren especial, que hasta esta distincion les otorgaba el gobierno. Apenas habian traspasado la verja de la puerta de la primera galería y penetrado en esta, cuando un presidiario se abalanzó á uno de los recién llegados, y cogiéndole por el cuello le derribó en tierra, exclamando:

—¡Al fin!... ¡Ya te tengo, miserable!

Acudieron los empleados del presidio, é hicieron al presidiario soltar la presa y le sujetaron.

El comandante del presidio se dirigió al agresor.

—Carranque, le dijo, ¿qué es esto? ¿qué ha hecho usted?...

—Señor comandante, contestó el presidiario, cástigueme V., enciérreme, mándeme dar cien palos, pero ¡por Dios! óigame V. Este hombre que acaba de

entrar, es el miserable por quien yo estoy en presidio. No sabia su nombre y no lo he podido revelar, y fui sentenciado porque todo se conjuró contra mí. ¡Bendito sea Dios! yo he sufrido ya la pena que me impusieron, pero mi honra quedará rehabilitada. Este hombre, señor comandante, es un falsificador.

—¿Qué dice V.? preguntó al conspirador el comandante.

—Que ese hombre está loco, respondió; yo no le he conocido nunca; yo soy un deportado político. Todos los que venimos aquí somos hombres de honor.

—No se habla aquí de los demas, dijo el comandante, sino de V.

—Pues yo no conozco á ese miserable.

—Bien, á mí no me toca averiguar la verdad. Carranque, ¿está V. dispuesto á sostener delante del juez lo que acaba de decir?...

—Sí, señor, ahora mismo, delante del juez, delante de todo el mundo.

—Está bien.

Los deportados fueron llevados á la sala que les estaba destinada, y el comandante mandó encerrar en un calabozo, por aquella noche, á Carranque, para castigar la falta que habia cometido maltratando al flamante personaje político.

Y dió parte de lo ocurrido al juez.

Ya sabia el comandante la historia del infortunio del pobre presidiario, y casi estaba convencido de su inocencia, por lo cual le habia distinguido dándole

un cargo en el presidio, y evitándole trabajos penosos.

La mañana siguiente, el juez pasó á tomar declaracion á Carranque y al deportado, y en vista de la del primero, pidió antecedentes á Madrid acerca del segundo, y el resultado de todo fué que el que intentaba pasar por hombre político quedó detenido hasta que se esclarecieran los hechos sobre que versaba la acusacion de Carranque, sostenida con extraordinaria energía por éste, que en tan largos años de padecimientos habia recobrado el sentimiento de la dignidad, y queria honrar á sus hijos, aunque le costase la vida.

Inmensa fué la alegría de doña Mariquita cuando supo que su marido habia encontrado á quien causó su perdicion, pero nada notaron sus hijos. Como habia disimulado el agudísimo dolor de su corazon tantos años, disimuló su alegría. No se atrevia á hablar á sus hijos de aquel suceso hasta estar segura de que su marido volvía libre de toda mancha.

Abrióse la causa nuevamente, y aunque el deportado se obstinó en negar el hecho, no pudo probar que la letra del documento falso no era la suya, que se vió en otros papeles y en otras letras falsas de la misma época. Pero todas estas pruebas duraron más de un año, el último de la condena de Carranque.

Y en aquel año la desdichada madre sufrió mucho mayor tormento, en la confusion de temores, dudas y esperanzas que la enloquecian.

Al fin la Providencia completó su obra y premió

los afanes de la incomparable madre, Carranque fué rehabilitado, y el verdadero criminal, despojado ya de su carácter prestado de hombre político, ocupó dignamente un lugar en el mismo presidio donde tantos años habia penado su víctima.

XVI

—Mañana llega vuestro padre, dijo doña Mariquita á sus hijos el dia anterior al en que iban á terminar sus penas. Vuestro padre no trae riquezas, pero trae para vosotros otra cosa que vale más que las mayores riquezas del mundo, os trae honra. Muchas veces me habeis preguntado en dónde estaba vuestro padre: os he mentido, y os ruego me perdoneis la mentira, que la mentira siempre es una falta. Vuestro padre vuelve de presidio.

—¡De presidio!... exclamaron los dos hijos mayores.

—Sí, hijos míos; dos años estuvo en la cárcel de Madrid, y más de ocho ha estado en el presidio de Valencia.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué vergüenza! exclamó el estudiante de leyes.

—No, hijo mio, vergüenza, no. Tu padre era inocente.

—¿Pues esa condena?...

—La justicia de los hombres no es infalible como la de Dios. Vuestro padre tuvo la desgracia de fiarse de un desconocido, que era un criminal; este cometió el crimen, comprometió á vuestro padre y huyó. Vuestro padre fué condenado, porque contra él solo existía una prueba, que pareció irrefutable, de culpabilidad; pero al fin Dios ha hecho que el criminal verdadero vaya á ponerse en presencia del inocente, y todo se ha descubierto. Vuestro padre vuelve rehabilitado en su buena fama; su nombre está limpio de la infamia.

—¡Loado sea Dios!

—Sí; loado sea. Vuestro padre vuelve honrado, y ya no se ha de separar nunca de sus hijos. A vosotros os encuentra á todos en camino de ser útiles á la sociedad, hijos sumisos y respetuosos, inteligentes, aplicados al estudio y al trabajo. ¿Qué mayor beneficio nos podría haber otorgado la Divina Providencia?

—¡Oh madre! ¡qué buena es V.! exclamó el futuro jurisconsulto, y ¡cuánto me honro de ser su hijo!

—¡Hijo mio! repuso doña Mariquita abrazándole y besándole con la mayor efusion, todos mis sacrificios, todos mis dolores están recompensados con esas dulces palabras que acabas de pronunciar. Tú serás honra de nuestra casa y gloria de tu madre.

El día siguiente llegó Carranque á su casa.

Habia envejecido veinte años en presidio.

Sus hijos le abrazaron y se arrodillaron para besarle las manos.

—No, hijos míos, no, dijo el conmovido padre; no os arrodilleis delante de mí; ante vuestra madre debemos arrodillarnos todos, que es una santa. Yo, hijos míos, no he sido criminal, pero por haber olvidado mis deberes de esposo y padre, por haber buscado fuera de mi casa la felicidad que tenia en ella, me he visto en la mayor desgracia en que puede verse un hombre; he estado ocho años en presidio. Pero no, no debo decir que la mía ha sido la mayor desgracia, porque la mayor es ser criminal. Hijos míos, bendecid á vuestra madre, porque á ella le debéis la salud, la honradez, los buenos y religiosos sentimientos, el amor al estudio, todo, en fin. Vuestro padre nada ha hecho por vosotros; sin ella estaríais completamente perdidos; sin ella, acaso un día iríais á ese sitio de horrores de donde yo salgo. Ved lo que cuestan las malas compañías, las malas amistades, el olvido del hogar y de la familia. He perdido los mejores años de mi vida, os he condenado á la pobreza, he acibarado la existencia de la nobilísima compañera que me dió el cielo. María, perdona al esposo arrepentido. Hijos, perdonad al padre que tan poco ha hecho por vosotros, y concededle un lugar en vuestra casa.

Desde hoy yo trabajaré, yo seré, ya que Dios me ha evitado ser un criminal infame, un hombre de bien

Doña Mariquita y sus hijos lloraban de alegría.

—¡Ah! ¡qué feliz soy! exclamó aquella; ya he olvidado todas mis penas, todos mis afanes, todos mis sufrimientos, que tantas veces creí no poder soportar, ofendiendo á Dios, que da á las madres fuerzas poderosas é incontrastables para sufrir por sus hijos. Ahora sí que me parece que no las voy á tener para tanta ventura.

XIV

Sólo falta decir, que el bueno de Carranque fué colocado otra vez en un modesto destino; que D. Pedro Salido, el cesante de sales, murió tranquilamente, curado ya de su mal humor crónico; que los hijos de doña Mariquita siguen siendo muy buenos, gracias á la buena educacion que les dió su madre, y que todos están muy contentos con su honrada pobreza.

Gonzalez, aquel amigo de Carranque y compañero suyo de oficina, era un hombre de mucho ingenio, y podia haber brillado en la escena, como lo hacia presumir su primera produccion, pero encenagado

en el vicio, perdió la inteligencia y la dignidad, y ahora, hecho un perdido, anda por ahí, por las calles, esperando que pase una persona conocida á quien pedir una peseta ó dos reales. Su aspecto indica claramente que le quedan pocos años de vida. Pudo haber dado honra á las letras, honrándose él al mismo tiempo, pero la disipacion y los vicios le han hecho ser un ente miserable que ni siquiera inspira compasion.

V

LA CANTARINA

I

Así la llamaban.

Era alta, delgada, pálida y muy bella. Su belleza era triste como la del crepúsculo; sus ojos, grandes y rasgados, eran negros como la noche, y en su mirada habia tanto sentimiento, tanto dolor, que era fácil comprender que aquella mujer habia sufrido mucho. Pero todavía no se la puedo presentar al lector.

Un dia se hallaba Gomez meditabundo y cabizbajo, sentado detras del mostrador, mirando con tristeza, y diré que casi con ira, el artístico grupo de botellas de rom, marrasquino y noyó que se elevaba

en uno de los ángulos del mostrador. Gomez era el poco venturoso dueño de un café, no muy elegante ni muy aseado que se diga, situado en una bulliciosa, aunque extraviada calle de Madrid, en el barrio de Lavapies. En su oficio de camarero habia hecho algunos ahorrillos, y puesto un establecimiento en aquel sitio, deseoso de moralizar y elevar á la gente del barrio, alejándola de las tabernas y acercándola al café, que siempre es más decente, aunque tambien en el café se emborracha uno cuando quiere, y se arma cada belen que no hay más que ver.

Al principio, no le fué mal á Gomez; tenia bastante parroquia, y por las noches se reunia allí un monton de *señoras* y otro de *caballeros*, que hacian mucho gasto de rom y marrasquino, con gran contento del amo, que ganaba en cada botella una barbaridad, como quiera que aquello ni era rom ni marrasquino, sino bala rasa aderezada con alguna composicion que le daba cierto saborcillo y cierto colorido. Los sábados era el negocio redondo, porque los trabajadores habian cobrado y podian administrarse el café y la copa, y convidar á alguna moza á tostada con mucha manteca, y en esto ya no ganaba tanto el bueno de Gomez, porque ninguna *señora* se contentaba con ménos de un cuarteron de manteca bien extendida en el medio panecillo largo; pero, luego que conoció la aficion de sus favorecedoras, lo dispuso de modo que tambien ganaba en las tostadas, porque hizo provision de una singular manteca de Flandes, que si no era sebo [pintado, creo yo que los más renom-

brados químicos de Europa no hubieran adivinado lo que era, y el mismísimo Liebig, cuya propia carne creen algunos que se vende en botes de libra y media libra, se habría visto muy apurado al redactar su informe, después de hacer el análisis de aquella manteca.

Pero un día vió Gomez que enfrente de su casa, pintores y papelistas se ocupaban en arreglar y adecentar una tienda que hasta entónces habia estado desalquilada, y en verdad que la pusieron muy maja, forrada la parte interior de papel, en que estaba representada toda la campaña de Africa, y las puertas pintadas de verde con unos adornos encarnados del mejor gusto; el día siguiente al en que se terminó la obra, otro pintor puso la escalera, preparó los avíos, y después de señalar dos rayas á lo largo de la muestra, empezó á pintar gallardamente una C, y luego una A, y pintadas estas letras se fué á comer.

Y entre tanto Gomez, desde la puerta de su acreditado café, discurría sobre qué sería lo que iba á decir al público la muestra de la tienda vecina.

—Será alguna carpintería, pensaba Gomez, ó alguna carbonería; pero para carbonería no hubieran puesto ese papel tan majo; sin duda será una *carnería*, porque para eso sí que es propio el papel que representa una batalla, puesto que en las batallas se hace por lo regular una carnicería. Está visto, eso es.

A las dos horas volvió el pintor, abrió la escalera, se encaramó, y pintó una que podia ser I, ó tambien podia ser parte de una B, ó de una E, ó de una L ó F.

—¡Ah! vamos, pensó el cafetero, será una *cabrería*. Me alegro, porque así la tengo cerca...

Pero cuál fué su asombro cuando vió que, terminada la letra, era una F, si no perfecta, bastante visible.

—¡Demonio! exclamó Gomez, no me falta más sino que me ponga ahora una E.—Y es claro, no puede ser otra cosa, á no ser que la tienda sea una *cofrería* y se haya equivocado el pintor poniendo A en lugar de O. Tambien puede ser; cualquiera se equivoca. Yo mismo firmo muchas veces Gomez con J.

Pero el pintor puso la tremenda E, y luego se bajó de la escalera para ver desde la acera de enfrente el efecto que hacia su obra.

Gomez, al verle á su lado, le preguntó:

—Aunque sea mal preguntado, ¿no se ha equivocado V.?...

—No, señor... digo, me parece, contestó el pintor, temiendo que faltara algun acento, porque en esto no era muy fuerte.

—¿Es café?...

—Sí, señor, *Café y villar del Federal*; eso es lo que voy á poner.

Gomez quedó aterrado. Un café enfrente del suyo, era un acontecimiento trascendental para él.

A los cuatro dias se abrió el café nuevo, y para celebrar el suceso, toda la primera noche estuvo tocando dentro una murga, miéntras en la calle bailaban al son de aquella toda clase de *porcas* las chiquillas del barrio, y en el establecimiento se servia

*de gráti*s el café á cuantos entraban atraídos por la espléndida iluminacion de petróleo, y por la propiedad con que estaban pintados en la pared moros y cristianos sacudiéndose tremendos linternazos.

Gomez vió aquella noche su concurrencia muy mermada, y no podia ser de otro modo, porque el vecino daba *de gráti*s, como él mismo decia, el género, y el ilustrado público no habia de despreciar tan estimable obsequio. Pero sucedió que la noche siguiente, Gomez oyó unas grandes voces, cuyo eco resonaba terrible, imponente y amenazador en su vacío establecimiento; salió á la puerta y se enteró de quién era la persona que voceaba de tan extraña manera.

Era una cantarina *flamenca*, no por haber nacido en Flandes, sino porque cantaba cierto género de coplas picarescas, á las que ha dado el pueblo ese nombre. La concurrencia era extraordinaria dentro y fuera del café, y de cuando en cuando sonaban prolongados aplausos, y entre los aplausos se oia cada vez más fuerte y poderosa la voz, el vozarron, mejor dicho, de la *flamenca*, que debia tener un pulmon *flamenco* tambien.

—Perdido soy, se dijo Gomez volviendo á su desierto café en un estado lastimoso de abatimiento.

Las noches siguientes oyó tambien á la *flamenca*, y en su café no entraba nadie, y en cuatro dias no habia tenido que renovar la leche y el café de las cafeteras, y las botellas estaban allí sobre el mostrador, mostrando los vívidos colores de los diferen-

tes esquisitos licores, que venian á ser un mismo aguardiente, y de los dos mozos que habia conservado, despidiendo á cuatro más, el uno pasaba todo el dia deletreando *La Correspondencia*, y el otro, ménos aficionado á la literatura, se estaba en la puerta diciendo chicleos á las buenas mozas que pasaban, y asustando con la servilleta á los perros que se acercaban con intencion de entrar en el café; que han de saber Vds. que hay perros que, como muchos hombres, son muy aficionados al café, y entran en todos los que ven abiertos y dan una vuelta husmeando, porque siempre encuentran en el suelo algun terron de azúcar, algun pedazo de tostada ó algun charquito nada limpio de café y leche, ó un pedazo de bizcocho mojado y pisoteado. Y estos perros conocen á los mozos, y los temen, y en viendo que uno los mira meten el rabo entre piernas y á escape tendido salen del café para ir á otro, del que tambien saldrán huyendo, amenazados con notoria crueldad.

Estaba, pues, Gomez vencido por su competidor, y no tenia más recurso que abandonar aquella industria y dedicarse á otra, ó introducir en su establecimiento tales mejoras y tan notables novedades, que el público desertase del café enemigo y llenara su casa, como la habia llenado ántes, honrándola grandemente. Pensó Gomez ajustar un jugador de manos, pero estos juegos ya están vulgarizados en la plaza pública; una compañía de zarzuela ó de drama heróico hubieran hecho su fortuna, pero no tenia donde poner el escenario; un violinista y un ban-

durrista serian oídos con gusto, pero no podían llamar tanto la atención como la *flamenca* del vecino, mujer de trapío, hermosa estampa, escotada hasta el estómago, con unos brazos tremendos, muy abonada para bromear en los *entremedios*, como ella decía, con los consumidores; que de este aceptaba una copa, de aquel un cigarro puro escogido, y del otro un pedazo de *ensaimá*, y siempre estaba de buen humor, y contaba con muchísima gracia sus aventuras de soltera, de casada y de viuda, con detalles que hacían reír mucho á los parroquianos á quienes honraba con su confianza, y le daban en el barrio una fama imperecedera.

—Yo necesito, decía Gomez en su interminable soliloquio detras del mostrador, una *cantarina*, pero una *cantarina* que eche la pata á la de enfrente, añadía bárbaramente, bien que á Gomez no se le podía pedir que supiera mucho de propiedad de lenguaje. ¿Y dónde encuentro esa *cantarina*?... Por arruinar al *Federal*—por este nombre era conocido el empresario de la *flamenca*—sería yo capaz de traer aquí á la Patti, si quisiera venir. Y nada, no hay remedio: ó encuentro una *cantarina de punta*, ó tengo que volver á ser camarero.

II

—¿Es V. el dueño del café?... preguntó á Gomez una mujer pobremente vestida y con el velo echado, que acababa de entrar en el café, y se habia acercado al mostrador, sin que Gomez la viera.

—Perdone V., por Dios, murmuró este creyendo que le pedia limosna la mujer.

—No vengo á pedir limosna.

—¿Pues qué?...

—Vengo á preguntar á V. si necesita una cantante.

—No, señora, una *cantarina* es la que me hace mucha falta.

—Es lo mismo; yo canto.

—¿V. canta?...

—Sí, señor, y si me admite V. no le pesará. Yo tengo pocas pretensiones, con ganar para mantenerme y á una hija que tengo.

—Pero ántes seria preciso que yo supiera...

—¿Si canto bien?... Cantaré una noche, y si no gusto, no haremos el ajuste.

Era tan dulce el acento de la mujer, que Gomez la oia encantado.

—Yo no canto como esa señora que canta en el café de enfrente, pero creo que no disgustaré.

—Vamos, V. cantará por lo fino.

—Cantaré lo mejor que pueda, pero debo advertir á V., que cantaré oculta, que no quiero que se me vea.

—¿Y cómo ha de ser eso?...

—Basta con poner un bastidor delante del piano.

—Pero el pianista la verá á V.

—Tocaré el piano yo misma.

—Pero, V... parece una señora.

—No le importe á V. quién yo sea. Soy una desgraciada; no encuentro donde ganar el sustento de mi hija...

—¿Es V. viuda?...

—Sí, señor.

—Pues lo pensaré; vuelva V. mañana.

—Volveré.

Gomez no sabia qué hacer; si la *cantarina* no era de *punta*, no conseguiria vencer al terrible rival, y aquella mujer no tenia trazas de ser una artista de la fuerza y los pulmones de la *flamenca*, pero tambien podia ser que cantase bien por lo fino...

—Y en fin, ¡qué diablos! se dijo, más perdido de lo que estoy no puedo estar. Tomaré á la *cantarina*, y salga pez ó salga rana.

El dia siguiente se presentó la enlutada.

—Y vamos á ver, le dijo Gomez, ¿cuánto quiere V. ganar?

—Lo que V. quiera.

—Le daré á V. doce reales, si gusta á los parroquianos.

—Bien: no moriremos de hambre mi hija y yo.

Dos dias despues, ya estaba afinado el piano y dispuesto un bastidor de tres lados que impedia ver á la *cantarina*. Esta acudió á la hora señalada por Gomez, y empezó á cantar. Pronto entraron algunas personas que estuvieron mucho tiempo en el café; sin duda les gustaba oír aquella voz tan dulce y simpática, Gomez interrogaba á los dos camareros acerca del efecto que notaban.

—Bien, le decian; la *cantarina* gusta; allí abajo ha dicho un parroquiano que tiene una voz de *triple*, que no ha oido otra como ella.

Los parroquianos del café del Federal tambien acudieron á oír á la nueva *cantarina*, y hubo entre ellos gran discusion acerca del mérito de la artista; los más íntimos de la *flamenca* sostenian que no valia tres pitos la voz de la incógnita rival, al paso que otros más imparciales y desapasionados aseguraban que su canto no era tan *flamenco* como el de la otra, pero que no por eso debian dejar de reconocer que cantaba de una manera que llegaba al alma. Y más de una cuestion hubo por este motivo, y se dieron y se recibieron algunos palos, equitativamente repartidos entre los íntimos de la *flamenca* y los conmovidos por la pura y argentina voz de la desconocida *cantarina*.

La fama de esta cundió por Madrid, y Gomez em-

pezó á ver en su café una concurrencia completamente nueva en aquel barrio. A las nueve de la noche, hora de empezar la música, llenábase el establecimiento de caballeros de buena apariencia, que pedían café ó te, y regularmente no lo tomaban, aunque lo pagaban, lo cual por un lado ofendía el orgullo de industrial del bueno de Gomez, y por otro le proporcionaba no corta ganancia, pues es claro que lo que no se tomaba servía luego para otros parroquianos ménos escrupulosos.

Todo el mundo oía absorto aquella delicada voz, tan llena de encanto y sentimiento, y al terminar cada una de las piezas, saludaban á la cantante atornadores aplausos, y pedían algunos con insistencia que se presentase para conocerla, pero Gomez iba de mesa en mesa calmando á los entusiastas y diciéndoles que tenía ajustada la *cantarina* con la condicion precisa de que no se la habia de ver, en lo cual nada perdía el público, porque «es más fea que un mico, decia Gomez; si la vieran Vds. perderian la ilusion:» con lo cual quedaban satisfechos los aficionados.

Gomez veía llenarse el cajon de duros y pesetas, y no cabia en sí de gozo. A fuer de hombre agradecido, subió de tres á cinco pesetas el sueldo de la cantarina, y quiso hacer con ella un convenio por dos años, á fin de que no se la quitara otro cafetero más rumboso; pero la artista se negó, asegurándole que no cantaria en ninguna otra parte.

Y entre tanto la *flamenca* de enfrente veía cada noche disminuir el número de sus oyentes, y por

más voces que daba á lo *flamenco*, llegó á verse favorecida únicamente por los diez ó doce amigos más constantes en su entusiasmo, los cuales, si favorecían mucho á la *donna*, no favorecían ni pizca al *Federal*, dueño del café, pues eran de los que no tomaban más que la silla y algun que otro vaso de agua, y si acaso tomaban algo, todavía era más en perjuicio del dueño, porque no solían pagar con mucha puntualidad que se diga.

Una noche, el *Federal* se acercó al corro de los abonados á la *cantarina flamenca*, y les dijo:

—Caballeros, yo tenia que hablar con Vds., aunque Vds. me dispensen.

—Diga V. lo que le ocurre.

—Si en algo podemos servirle...

—Ya saben Vds. la novedad que hay.

—Sí, señor; *La Igualdad* lo trae, que Castelar ha *preunciado* un discurso hasta allí.

—No es eso, no es cosa de política. Quiero decir que aquí ya no viene nadie.

—Sí, poca gente viene, pero es buena. Digo, me parece que de nosotros no tendrá V. nada que decir.

—El motivo, ya saben Vds. cuál es... La *cantarina* de enfrente, como se *ocurta*, y nadie sabe quién es... en fin, ha picado la curiosidad de la gente... y la gente es novelera... y luego, como ha dado en venir á oirla la aristocracia, que todas las noches vienen en coche una porcion de marqueses y *condeses*...

—No prosiga V., que ya sé á dónde va V. á parar...

—Pues entónces... yo quiero ver cómo se pone remedio á esto, y sin ofender á nadie, pongo por caso, se cierra ese café, revienta el amo, ó se llevan los demonios á la *cantarina*.

—Quiere decir que lo mejor es *tronarle* el café, armarle una noche una *culebra*, ó cosa así.

—Yo no quiero que nadie *padezca* por mí, pero el caso es que he perdido la parroquia, y que no se hacen arriba de veinte reales diarios, y dias de diez y hasta de dos pesetas, y esto mereceria yo una albarda, como ustedes conocen, si lo consintiera, porque á republicano neto no me gana nadie, y quiero por lo consiguiente libertad, igualdad, fraternidad y liquidacion social, y anarquía universal, federal, regional y cantonal, pero con el conque de que á mí no me han de venir, como es notorio, á quitarme la parroquia y dejarme de esta conformidad.

—Tiene V. razon.

—Yo no puedo despedir á mi *cantarina*, porque saben Vds. lo que media, y cerrar el café, cuando hace dos meses que lo abrí, no me parece que está en el orden, y seria una vergüenza que desapareciese del barrio el único café que hay del partido.

—Bueno; pues no tenga V. cuidado, que vamos á pensar lo que se ha de hacer.

—Y se hará lo que se pueda.

—Yo lo *agradezgo*, y saben Vds. que pueden mandar con franqueza.

—Gracias; que nos traigan café... ¡Eh! ¿qué os parece? ¿tomaremos café?...

—Y unas copas.

—El amo nos hará el favor de tomar con nosotros...

—Sí, señores, y esta noche aquí no pagan ustedes... — Es verdad que las demas noches tampoco, añadió para sí el *Federal*.

Y los íntimos de la *cantarina* tomaron café y repetidas copas, y la *flamenca* tomó tambien su vaso de noyó y marrasquino, y luego les cantó unas coplas federales nuevamente compuestas por un diputado republicano, que á fe que eran picantes, sabrosas y patrióticas.

—Vean Vds., dijo el *Federal* cuando hubo terminado la *flamenca*, y la gente no viene á oír esas coplas, y va enfrente á oír cantar las lamentaciones de Jeremías, aunque me esté mal el decirlo, una música que no sabe á nada, ni tiene ningun aquel, ni mérito ninguno.

—Ya verá V. cómo todo se arregla.

—En Vds. confío, que no me dejarán mal, siendo del partido.

III

—¿A dónde vas esta noche, esposo mio? decía Laura, la elegante Laura, á su marido, el elegante Adolfo Diaz, el hombre más á la moda en Madrid.

—Hija mia, voy á Lavapiés.

—¡Jesús!

—A oír á una cantante, que es notabilísima, según me han dicho.

—¿De veras?

—Sí; canta en un cafetín, y todo Madrid va á oírla.

—¡Ay! pues yo quiero ir.

—¡Mujer! á un café de Lavapiés, ¿cómo has de ir tú?

—Pues quiero; así como estoy me echo un manto de la doncella, y vamos allá los dos esta noche como dos amantes...

—No puedo consentir.

—Pues yo no puedo dejar de ir, y si no me acompañas me voy con la doncella.

—No, eso no; pero no es prudente que vayas allí, donde supongo que habrá un público poco escogido.

—¿No dices que va todo Madrid?... ¿O es que te

estorba tu mujer?... ¿Seguirás todavía tus aventuras de calavera?

—Ya no me opongo á que vengas.

—¡Ay! ¡qué gusto!...

Un cuarto de hora despues, los felices esposos, Laura y Adolfo, se dirigian, á pié, hácia el barrio de Lavapiés. Laura se apoyaba amorosamente en el brazo de su marido, y los transeúntes que los veían pasar imaginaban que eran dos amantes deseosos de soledad y de evitar encuentros de gente conocida.

—¡Qué tortolitos! exclamaba viéndolos una mujer que vendia á *cuarto* rosas en la esquina de la calle del Calvario.

—¡Contrabando! decia una moza de rumbo, que estaba esperando á la puerta de la taberna á su cuyo.

Y Laura se reia como una loca.

La pareja llegó al café, y tomó asiento delante de un velador, enfrente del bastidor que ocultaba el piano.

El café estaba lleno de una abigarrada concurrencia, en la que la gente del bronce se hallaba en mayoría.

—¡Jesus! dijo Laura á su marido, tenias razon en que yo no debia venir... tengo miedo.

Y en aquel momento empezó á cantar la incógnita cantarina con un acento tan dulce, tan melancólico, que todos escucharon en silencio, con la mayor atencion, fascinados por aquel sonido lleno de encanto y poesía.

—¡Dios mio! dijo Laura, esa mujer no canta...

llora... y tambien lloran las teclas de ese piano. ¡Qué dulce voz!... ¡qué tristeza tan encantadora!

Y la cantarina cantaba :

Yo le amaba, yo le amaba ,

y le di mi corazon,

y en sus manos el perjuro

sin piedad lo desgarró.

¡ Ay, amor!

¡Sólo amor á la muerte

¡ay! tengo yo!

—Vámonos, Laura, vámonos, exclamó todo turbado el elegante Adolfo.

—No, por Dios, contestó la bella esposa, quiero oir esa voz que me llega al corazon. Espera, déjame gozar y sentir al mismo tiempo. ¡Oh! quisiera ver á la mujer que canta. Será sin duda una desgraciada. Su voz denuncia que sufre horriblemente...

Adolfo estaba inquieto, violento.

Y la cantarina siguió :

Es el llanto mi consuelo,

y mi amigo es el dolor...

¡Cómo vivo sin el alma,

que el perjuro se llevó?...!

¡Ay, amor!

¡Sólo amor á la muerte

¡ay! tengo yo!

El estribillo de la triste cancion debia repetirlo, pero de repente se detuvo la cantante sin acabar la frase, y luego se oyó así como un quejido... El público murmuró, notando que la cancion no habia

concluido; Gomez fué á enterarse de lo que pasaba detras del bastidor.

Y se oyó que decia:

—Cante V., señora, que si no me va V. á perder.

—No puedo, murmuró una voz débil, temblorosa, no puedo más...

Pero otra escena distrajo la atencion general.

Al rededor de un velador, cerca del sitio donde estaba el piano, se hallaban los *intimos* de la *flamenca* de enfrente, los mismos que habian prometido interesarse por la suerte del *café del Federal*, y acababan de empezar á reñir, dando voces y amenazándose. La gente se levantó, algunos quisieron poner paz entre los fingidos combatientes, estos enarbolaron los garrotes, derribaron dos quinqués, y con navajas rompieron el bastidor que habia delante del piano.

Laura, al comenzar la reyerta, se habia guarecido junto al bastidor, que cayó hecho pedazos, y entónces se vió detras del piano, sobre la tarima donde este se hallaba, á una mujer alta, pálida como un cadáver, que estrechaba en sus brazos á una niña de dos años, dormidita junto á su seno.

Detras, acurrucada á espaldas de la silla de la *cantarina*, estaba Laura llena de miedo.

—¡Julia! exclamó el apuesto Adolfo, sin poderse contener al ver á la infeliz cantante.

Esta miró á Adolfo, cayó sobre la silla, y abriendo los brazos, dejó caer á la niña; pero Laura pudo recoger á la pobre criatura, que á no ser por ella habria caido sobre el suelo.

Todo esto pasó en ménos tiempo del que empleo en referirlo.

El tumulto, por fortuna, cesó instantáneamente, porque cada consumidor procuró escapar más que á paso de donde se repartían palos.

El propósito de los íntimos de la *flamenca* estaba cumplido. Habían armado un escándalo, ocasionado el destrozo de gran parte de los efectos del café enemigo, y sobre todo habían asustado á la gente y á la *cantarina* por lo fino.

Laura era buena y compasiva, y al ver á la triste cantante privada de sentido, se interesó doblemente en remediar el infortunio que debía indudablemente pesar sobre aquella mujer.

—Es preciso, Adolfo, dijo á su marido, que hagamos algo por esta mujer. Está yerta.

—Se hará lo que se pueda, pero ahora vamos á casa... Te llevaré y volveré, contestó Adolfo, cada vez más turbado y procurando en vano disimular el estado de su espíritu.

—No, de ningún modo; aquí habrá quien vaya á buscar nuestro coche. Yo no la abandono, ni á esta pobre niña.

Julia, que ya sabemos que este era el nombre de la cantante, no volvió en sí.

Un mozo fué á buscar el coche de Laura, pero había una dificultad, que allí nadie sabía dónde vivía la *cantarina*.

—La llevaremos á nuestra casa, dijo Laura.

—¡Por Dios, eso es imposible! exclamó Adolfo.

—Adolfo, estoy resuelta; esta infeliz necesita muchos cuidados. Déjame hacer esta obra de caridad.

—Pero es que...

—Es que yo me empeño; aunque será nuestra, la casa en que vivimos es aún de mi madre; yo llevo á esta pobre á casa de mi madre, y ya verás cómo la cuida.

Y no hubo remedio: la cantante fué llevada al coche en brazos de los dos mozos, y Laura sostenia en sus brazos á la infeliz niña, diciéndole á su marido:

—¡Cuánto querría yo á una niña como esta!...

Y Gomez, ¿qué hizo?

Gomez comprendió á quién debia aquel escándalo, y fué al café del *Federal* y la emprendió con éste, y hubo tambien gran alboroto en el establecimiento, de cuyas resultas fueron llevados á la prevencion los dos airados rivales, y la *cantarina flamenca* á la cárcel, porque, sin respeto á la autoridad, sacudió dos bofetadas á un guardia y le quitó la espada, y blandiéndola amenazaba á otros dos y al inspector, que parecia propiamente, en tan gallarda actitud, la figura de la república, que pintan en las cajas de fósforos.

IV

La *cantarina* que Laura llevó á su casa, contra la voluntad de su marido, estaba muy enferma, tan enferma, que aquella noche, cuando dejó sin concluir la frase de la cancion, fué porque de su boca salió sangre, y no era la primera vez que le sucedia. La infeliz estaba herida de muerte.

Hija de una honrada familia de Sevilla, quedó huérfana, pobre, sola y enamorada de un hombre que le habia prometido hacerla su esposa. La inocente confió en la palabra de aquel hombre, pero éste vino á Madrid, despertóse en él la ambicion, y no se cuidó ya de cumplir la palabra empeñada. En Madrid se casó con otra mujer, bella, virtuosa y rica, que ignoraba la infamia que habia cometido el que le daba su nombre.

Cansada de esperar, la pobre jóven seducida, con una niña, que era su vida, quiso venir á Madrid á buscar al seductor, al padre de su hija. Supo que se habia casado con otra.

La desventurada se encontró sin recursos, tra-

bajó para mantener á su hija, resistió dignamente á los que le ofrecían lujo y opulencia, y sufrió las mayores amarguras. Llegó tiempo en que no halló trabajo; debia algunas cantidades, no iba á tener casa, tendria que abandonar su hija á la caridad y morir... **Entónces** se le ocurrió cantar en un café, para pagar lo que debia y mantenerse. Lo demas ya lo sabe el lector.

En las habitaciones de la madre de Laura fué instalada la desdichada Julia, y asistida por las dos con amorosa y caritativa solicitud.

El dia siguiente al del trueno de los dos cafés, Laura habló con Julia, la tranquilizó, le mostró á la niña, para la que habia dispuesto una camita junto al lecho de la enferma, y derramó en su corazon consuelo y esperanza. Pero no la habia para la infeliz, segun declaró el médico de la casa.

Por la noche empezó á delirar la enferma, y Laura la oyó murmurar:

—Sí... Adolfo era... él me ha visto en el café... él

era... el padre de mi hija... el que me abandonó. Yo le perdono, le perdono.

Laura lo comprendió todo; recordó la turbacion de su marido en el café, su afan por salir apénas habian entrado, su oposicion á que la enferma fuese llevada á su casa.

Cuatro dias vivió la pobre *cantarina*; en la noche del cuarto dia, apoyada la cabeza en el pecho de Laura, y teniendo en sus brazos á su hija, decia á su cariñosa enfermera:

—Mi hija no tiene padre, señora, buena señora, hermana mia... Me sedujo y me abandonó, pero ya e he dicho al confesor que le perdono, que le perdono de todo corazon. Mi hija queda sin padre, buena señora; sea V. su madre.

—¡Oh! sí, lo seré; lo juro ante Dios.

—Gracias, buena señora; y á él, si alguna vez le hallara V., dígame que le perdono. V. no sabe quién es... Pero en mi vestido debe haber algunas cartas tuyas, y por ellas sabrá V. quién es el padre de mi hija. Yo le perdono, le perdono.

Calló la enferma, abrazó más estrechamente á la niña, rezó mucho, y luego acercó su boca á la de su hija para imprimir en ella un beso, y en aquel beso exhaló el último suspiro.

VI

Adolfo no habia salido de su cuarto en aquellos dias más que lo preciso, y estaba muy preocupado.

El quinto dia su mujer llamó muy temprano en la puerta del cuarto de su marido.

Este estaba vestido y despierto.

—Adolfo, dijo Laura entrando con la huerfanita en sus brazos, vengo á presentarte nuestra hija. Ya no tiene más madre que yo. Ruega á Dios por la madre sin ventura que anoche ha muerto en nuestra casa, y ruégale tambien que perdone á su matador. Yo no sé quién es, añadió Laura aparentando no advertir la turbacion de su marido, pero es preciso que haga mucho bien en el mundo para que Dios le perdone la infamia que cometió con la madre de esta inocente criatura.

—¡Qué buena eres, Laura! murmuró Adolfo avergonzado.

—Ahora es cuando voy á ser muy buena, porque ya soy madre. Da un beso á mi hija.

Adolfo besó á la niña, que le alargaba los bracitos y le sonreía.

—¿Serás su padre?...

—¡Oh! sí, exclamó Adolfo.

—No esperaba yo ménos de ti. Voy á disponer que esa pobre madre, esa hermana mia, sea enterrada decorosamente. Tú, entre tanto, reza, reza por la muerta y por su matador.

VII

¿Tiene curiosidad el lector por saber qué fin tuvo la terrible competencia entre Gomez y el *Federal*?...

Téngala ó no, no me cuesta nada decirle que Gomez y el *Federal* resolvieron hacer la paz, y formar estrecha alianza. Reunieron sus capitales, y abrieron otro café, que lleva el honroso título de *Café de la Libertad*, amalgamando así las ideas políticas de uno y otro, porque si bien Gomez no es *federal* como su compañero, es un *radical* de los buenos. En el nuevo establecimiento les va grandemente: no tienen á la *flamenca* de *cantarina*, porque ya no media lo que mediaba entre esta y el *federal*, pero tie-

nen *lotería*, en la que ellos ganan todas las noches sin apuntar, pues de cada carton cobran dos cuartos, y ya están pensando en comprar de bienes nacionales un terreno para hacer una casa, y poner abajo un café y *restaurant* político, donde servir banquetes á los partidos liberales, y aún á los reaccionarios, porque una cosa es el negocio, y otra cosa es la política, bien que si se va á ver, la política no es más que otro negocio.

FIN.

DOS PALABRAS AL LECTOR

Al terminar el cuento anterior veo que he llegado al término del tomo y aún no he escrito todo lo que yo quiero escribir de LAS MADRES.

Si el público es tan benévolo conmigo ahora como otras veces, en otro volumen continuaré LAS MADRES. Nada escribo con tanto amor, con tanto deseo de agradar al lector.

No sé si este libro tiene algun valor, pero yo le quiero más que á ningun otro de los muchos que llevo escritos—que siempre lo malo abunda, --porque escribiendo este libro me acuerdo tanto de mi madre...

¡Cuánto hubiera ella amado este libro!

C. FRONTAURA.

Enero 19, 1873.

INDICE.

	Páginas.
I. Cármen.....	7
II. Las Madres abandonadas.....	115
III. La Señora María.. ..	127
IV. Doña Mariquita.....	183
V. La Cantarina.....	265
Dos palabras al lector.....	291

Este volúmen se publica con notable retraso, pues debía haber salido á luz en principios de este mes de Enero. Dispensen los señores suscritores una falta cuya responsabilidad es principalmente del autor, ocupado á la vez en diversos trabajos literarios, y tengan seguridad de que no volverá á ocurrir en la publicación de los CUENTOS DE SALON este retraso.

LIBRO DE ANUNCIOS

El tipo para la impresion y pago de los anuncios será *una página*; ésta se dividirá, para los que quieran reducir el anuncio y que les cueste ménos, en página, media página, tercio de página, cuarto de página y octavo de página, como se verá en la tarifa de precios.

Todo el que inserte un anuncio en el LIBRO de los CUENTOS DE SALON tendrá derecho á recibir GRATIS el tomo ó tomos donde se insertare aquél.

Los anuncios se recibirán en la Administracion, plaza de Matute, 2, hasta el dia 20 de cada mes, para que puedan imprimirse en el tomo que se ha de repartir en los últimos dias del mismo. Se admiten *clichés*, teniendo en cuenta el lugar que han de ocupar.

TARIFA DE PRECIOS.

	Un mes.	Dos meses.	Tres meses	Semestre.	Año.
	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.
Una página.....	100	180	260	500	900
Media página.....	60	100	140	260	500
Tercio de página....	40	70	100	180	320
Cuarto de página. ...	30	50	80	140	240
Octavo de página....	20	30	40	70	120

LECCIONES DE MUNDO

Y

LECCIONES FAMILIARES

POR

D. TEODORO GUERRERO.

A los suscritores de los *Cuentos de salon*, *Los Niños* y *El Cascabel*, que pidan ejemplares de los dos libros juntos, se les dará á PESETA el tomo en toda España.

Pedidos: á la Administracion, plaza de Matute, 2, ó al autor, calle de San Andres, 1, principal. Madrid.

JARABE PECTORAL CUBANO

PREPARADO EN LA HABANA

POR EL DOCTOR LE-RIVEREND

SEGUN FORMULA DEL DOCTOR GANDUL

Este Jarabe depurativo de la sangre tiene un poder cicatrizante incontestable, y calma muy pronto la tos por rebelde que sea. Esta propiedad es de una importancia inapreciable, sobre todo en la tisis pulmonar cuando viene acompañada de este incómodo síntoma, que no deja descanso á los pacientes.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, unido á las Píldoras de YODOFORMO FERRADAS, es una poderosísima medicacion para curar la hemotisis, catarrós crónicos y agudos, tisis pulmonar y laríngea incipiente, y en general todas las enfermedades del pecho.

Se vende en Madrid, en la farmacia del Dr. Ble-sa; y en todas las boticas de la Isla de Cuba.

JOAQUIN LINARES, ÓPTICO

Carretas, 3, Madrid

Instrumentos de geodesia, artículos para delineacion y campaña, gafas, lentes, gemelos de teatro y anteojos de larga vista. Barómetros y termómetros. Aparatos de fisica y química. Gabinetes completos de fisica é historia natural. Correspondencia con las principales fábricas extranjeras. Se hacen envíos á todos los puntos de la Península y ultramar.

PREPARADOS ESPECIALES

DEL DOCTOR DON TOMÁS PADRÓ.

Tintura-Padró para teñir instantáneamente el pelo sin manchar el cutis, ni atacar la sustancia capilar, la más barata y la más fácil de aplicar por ser la operación sencilla..

¡Transformación sorprendente!

¡Éxito seguro!—Una caja, 18 rs.

Tricófero para restablecer, conservar y embellecer el cabello, extirpar la caspa y las costras, precaver la calvicie, curar las enfermedades de la piel y lavar la cabeza en pocos minutos.

Este preparado no debe faltar en el tocador de ninguna persona que desee conservar la cabeza limpia.—Un frasco 6 rs.

Depilatorio imperial para quitar en seis minutos el vello de las partes pilosas sin consecuencia alguna, pues que en su composición no entra ninguna sustancia cáustica. El vello llega á desaparecer por completo despues de repetidas depilaciones.—Un bote 10 rs.

El mejor de los pectorales, legítima Pasta de jaramago.—La brevedad con que cura la tos seca y húmeda, la coqueluche, la ronquera seca ó con extincion casi completa de la voz, el mal de garganta y demás afecciones de los órganos respiratorios, le ha hecho alcanzar un renombre merecido.

Los oradores la usan ántes de tomar la palabra, ó así que cansados de perorar se les debilita la voz.—Una caja 4 rs.

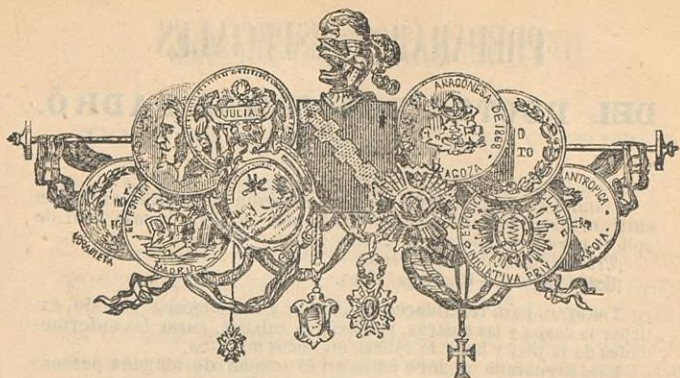
Pastillas de leche de burra.—Estas pastillas se usan como alimento y medicamento, contra la tos reciente y crónica, los catarros crónicos y envejecidos, las afecciones de los pulmones en todos sus periodos, las alteraciones de las vías respiratorias, las inflamaciones bronquiales y de la garganta, la consuncion lenta, la fiebre aguda y lenta, la ronquera, las indisposiciones catarrales ocasionadas por los cambios atmosféricos, y contra los desarreglos del estómago.

La leche de burra tiene suma importancia en la tereapéutica, y es tanto su consumo en el día, ya como alimento, ya como medicamento, que ha llamado nuestra atención al averiguar si sería posible en casos dados administrarla en una densidad determinada, reduciéndola á pastillas ó en su estado natural.—Una caja 4 rs.

Pastillas de azufre.—Estas pastillas curan todas las afecciones cutáneas, como la sarna, las herpes, la tos herpética, y las enfermedades que dimanar de la sangre.—USO.—De cuatro á seis pastillas diarias.—Caja 4 rs.

BARCELONA.—Farmacia de la Sra. Viuda de T. Padró.

MADRID.—Farmacias de Ulzurrun, Sanchez-Ocaña, Moreno Miquel, Simon, Yust, R. Hernandez, etc.



GRAN FOTOGRAFÍA DE E. JULIÁ

Madrid, calle del Príncipe, 27, contiguo al teatro.

CASA EN PARIS

50 FAUBOURG SAINT-DENIS, CON FÁBRICA ESPECIAL DE APARATOS Y ÚTILES PARA FOTÓGRAFOS.

Diez y siete años de ser siempre el primero en presentar toda novedad útil; once premios obtenidos con sus obras, y las dos exposiciones que de ellas tiene abiertas al público en su propio local, son su garantía.

Sin rival en retratos de niños.

Los inimitables que presenta de tamaño natural, los hace de la persona, ó de otro retrato de cualquier clase y tamaño; en fotografía ó al óleo; basta remitir uno desde provincias.

Quien conserve cliché en esta casa, ó se retrate en adelante, podrá obtener con uno solo, todos los tamaños y las seis distintas clases de retratos que se usan.

A los fotógrafos se les hará de un cliché deteriorado otros nuevos perfectos y en varios tamaños, y se ampliarán los suyos.

Representando las mejores fábricas de Europa, vende márcos y todo objeto de gusto para colocar retratos, y cuantos útiles son necesarios al fotógrafo, en laboratorio, galería ó muestrario.

Retratos de honibres notables en todas las clases de la sociedad.

NOTA. Ha hecho una modificación en los precios de varios trabajos en consecuencia de sus últimos adelantos.

DROGUERÍA

MEDICINAL Y PARA LAS ARTES

DE EUSEBIO TORNERO

Plaza de Guipúzcoa, 6, San Sebastian.

Fundada en el memorable año 1868.

Surtido general para la medicina, la industria y las artes.—Productos químicos y naturales.—Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras —Pinturas, barnices, brochas y esponjas.—Fuchsinas, añil y demas artículos tintóreos.—Thé negro y verde de varias clases, etc., etc.

VENTA POR MAYOR Y MENOR

Superioridad y pureza en todos los productos.

Renovacion constante facilitada por extensas relaciones en los puntos productores y con las principales fábricas del reino y del extranjero.

Depósito especial del afamado *Almidon de arroz* de S. Berger y compañía, de Londres, premiado en varias exposiciones; de la verdadera *Agua de Colonia* de D. Juan Maria Farina, pl. Juliers, núm. 4, Cologne; del *Extracto de carne de Liebig*; del *Papel Rigollot* para sinapismos, etc., etc.

Para los pormenores pídase el *Catálogo*.

SOCIEDAD VINÍCOLA DE ESPAÑA

MADRID

Calle de Preciados, número 6, bajo.

Vinos y licores extranjeros y del reino, de los mejores y más especiales que se conocen. Se reciben pedidos en dicho depósito y se llevan a domicilio. Se recomienda el vino de los Grandes de España.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

NO MÁS CABELLO BLANCO

POMADA REGENERADORA.

Unica composicion que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparacion ni mancha.

Depósito en todas las capitales de España; y en Madrid, Plaza de Celenque, núm. 1, entresuelo; Puerta del Sol, núm. 3, portería; Concepcion Jerónima, 18; calle de Atocha, 87.

ROB DEPURATIVO DE GANDUL.

Es el mejor de cuantos medicamentos se conocen para purificar la sangre, como lo comprueban los experimentos comparativos hechos en los hospitales y práctica civil por los más acreditados facultativos de la Habana y de orden de la Inspeccion de Estudios de las islas de Cuba y Puerto-Rico; y habiendo salido triunfante en todas las pruebas, esta ilustre corporacion no pudo ménos de conceder á su antor privilegio exclusivo, y lo propio aconteció en la Academia Nacional de Medicina y Cirugía de Cádiz.

Las curas prodigiosas efectuadas en diez y siete años que cuenta del dominio público, son la mejor garantía que podemos ofrecer al público. Sin grandes y pomposos anuncios, de los que se sirve el charlatanismo, bastará preguntar á los miles de ejemplos vivos que circulan por la isla para que respondan entusiasmados elogiando sus virtudes, y podemos presentar testimonios de ininidad de personas que despues de haber tomado inútilmente la Zarzaparrilla de Bristol, la de Townsend y el Rob de Lafecteur, no han logrado curarse sino con el ROB DE GANDUL. Esta es la causa de la gran boga que ha adquirido, no sólo en la isla de Cuba, sino en Puerto-Rico, en España y el Pacífico, para donde son muchos los pedidos.

Sirve para curar las úlceras de todas clases, herpes y todas las enfermedades de la piel, y las que provengan de impureza de la sangre por malos humores adquiridos ó heredados.

Se vende en todas las boticas de la isla de Cuba.—En Madrid, farmacia del Dr. Blesa, que sirve los pedidos que se le hagan de provincias y el extranjero.

EL INSEPARABLE PARA 1873

Calendario general que á mas de ininidad de noticias útiles, contiene una completísima GUIA DEL BAÑISTA y otra de FERRO-CARRILES.

Precio: CUATRO REALES

Administracion: Plaza de los Ministerios, 2, Madrid.

COSAS DEL AÑO 1872

UN TOMO DE 432 PAGINAS

Contiene la reseña completa del año, todos los reales decretos del mismo, los discursos y documentos más importantes del Gobierno y los partidos, reseña de las insurrecciones carlista y republicana, movimiento literario del año, necrología completísima, y gran copia de noticias útiles y curiosas.

Libro de consulta para toda clase de personas.

Precio, 5 pesetas en toda España.

Dirigir los pedidos á la Administracion de *El Cas-
cabel, Los Niños, y Cuentos de salon*, plaza de Matute, 2.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA

Se han publicado seis tomos, y se está concluyendo el sétimo.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid, 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

Se regala á los suscritores el

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1873.

Es la publicacion más elegante, más útil y mas artística.

ELTA ALPINO

DE REIN UN. TITEL V. MELIANOS

1888

Die erste Auflage dieses Buches ist im Jahre 1888 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die zweite Auflage ist im Jahre 1889 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die dritte Auflage ist im Jahre 1890 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die vierte Auflage ist im Jahre 1891 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die fünfte Auflage ist im Jahre 1892 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die sechste Auflage ist im Jahre 1893 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die siebte Auflage ist im Jahre 1894 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die achte Auflage ist im Jahre 1895 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die neunte Auflage ist im Jahre 1896 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die zehnte Auflage ist im Jahre 1897 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die elfte Auflage ist im Jahre 1898 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die zwölfte Auflage ist im Jahre 1899 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die dreizehnte Auflage ist im Jahre 1900 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die vierzehnte Auflage ist im Jahre 1901 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die fünfzehnte Auflage ist im Jahre 1902 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die sechzehnte Auflage ist im Jahre 1903 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die siebzehnte Auflage ist im Jahre 1904 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die achtzehnte Auflage ist im Jahre 1905 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die neunzehnte Auflage ist im Jahre 1906 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die zwanzigste Auflage ist im Jahre 1907 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

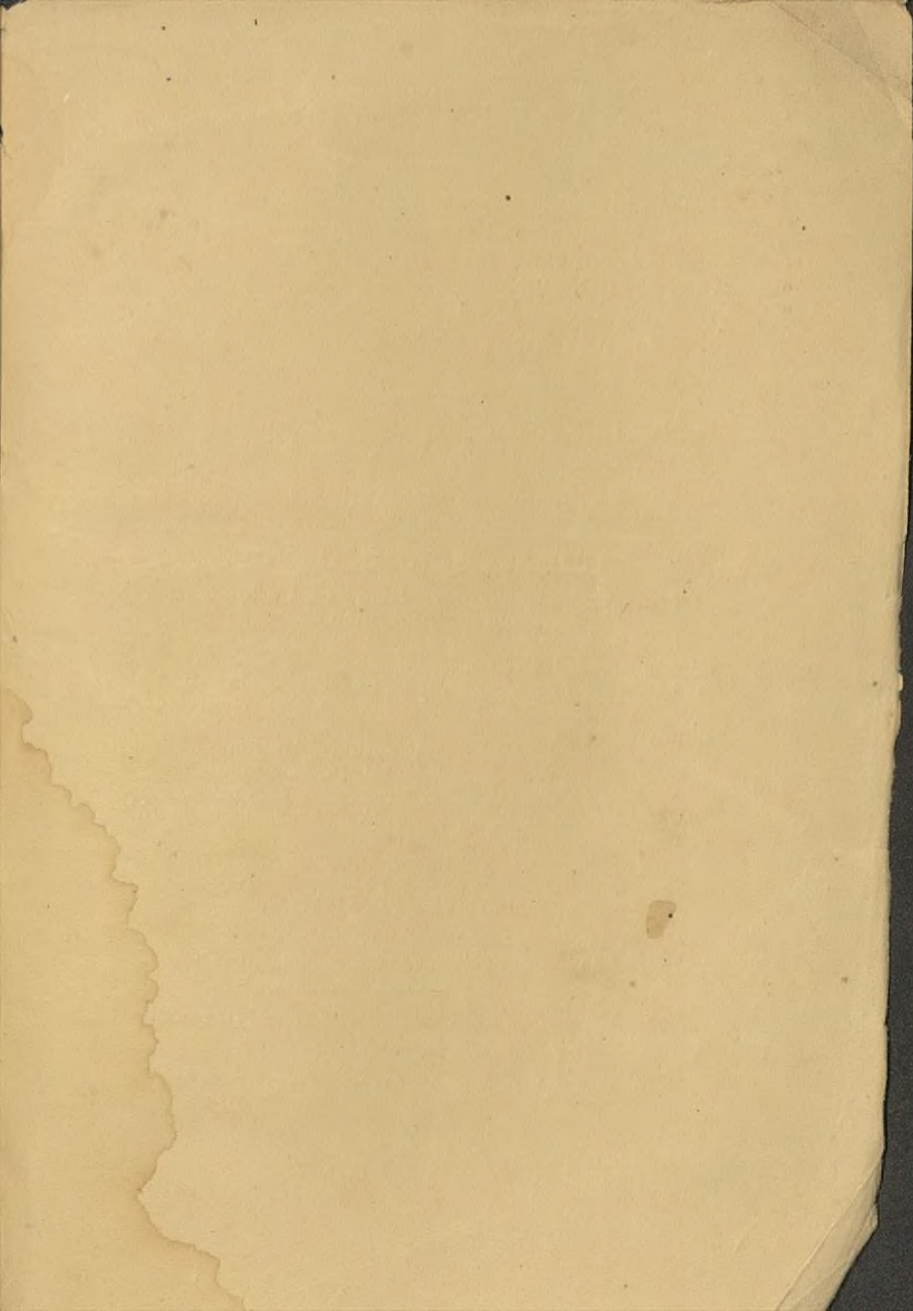
Die einundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1908 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die zweiundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1909 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die dreiundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1910 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die vierundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1911 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die fünfundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1912 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die sechsundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1913 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die siebenundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1914 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die achtundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1915 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.

Die neunundzwanzigste Auflage ist im Jahre 1916 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht. Die dreißigste Auflage ist im Jahre 1917 erschienen. Es ist ein Werk, das die Aufmerksamkeit der Leser auf sich zieht.



ATENCION

Con el presente tomo concluye el año 1872, y como detras viene 1873, los señores que quieran seguir recibiendo los tomos de CUENTOS DE SALON deberán renovar su suscripcion, remitiendo el importe en libranzas del Giro mutuo ó en sellos á la administracion en Madrid, Plaza de Matute, 2.

La edicion de la novela UNA PERLA EN EL FANGO, de Guerrero, se ha agotado y se está reimprimiendo para atender á los pedidos que de ese libro se hacen. Sirva de aviso.

CUENTOS PUBLICADOS.

Una perla en el fango, por Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa y Una historia de lágrimas, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El Velloccino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Madrid por dentro, por Guerrero. Dos tomos.

El hijo del sacristan, por Frontaura. Dos tomos.

La manzana de la discordia y El sueño de la felicidad, por Guerrero. Un tomo.

Las madres, por Frontaura. Un tomo.

ADVERTENCIA.

El que compre seis tomos de la coleccion de los *Cuentos* recibirá de regalo un ejemplar del *Almanaque de salon*.

En Febrero se publicará el tomo trece, que contendrá la duodécima edicion de la novela

ANATOMÍA DEL CORAZON

por

TEODORO GUERRERO